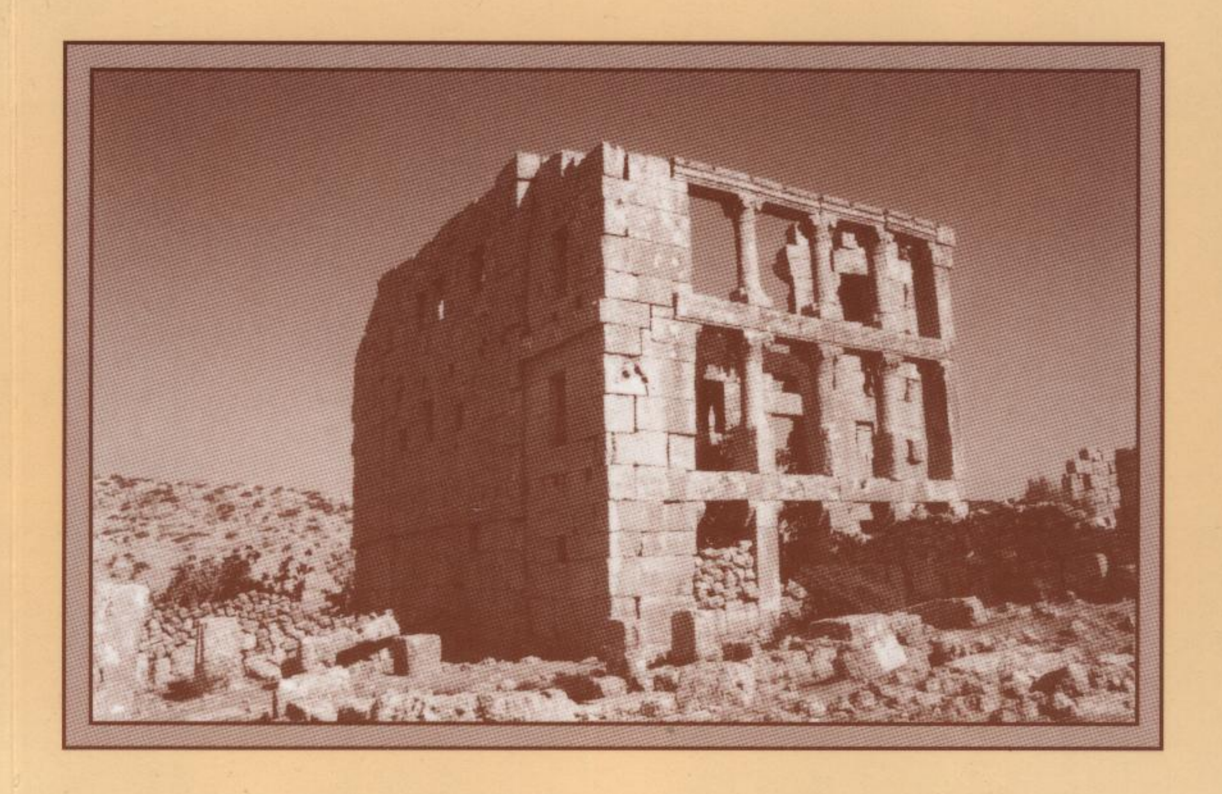
ESTUDIOS ORIENTALES

7

PROCOPIO DE CESAREA

LOS EDIFICIOS



Traducción, introducción y notas de

Miguel Periago Lorente

ESTUDIOS ORIENTALES

PROCOPIO DE CESAREA

LOS EDIFICIOS

Traducción, introducción y notas de
Miguel Periago Lorente

ESTUDIOS ORIENTALES 7

PROCOPIO DE CESAREA

LOS EDIFICIOS

MURCIA
2003

ESTUDIOS ORIENTALES
Cuadernos Monográficos de Historia del Próximo Oriente Antiguo

Universidad de Murcia, Instituto del Próximo Oriente Antiguo,
Área de Historia Antigua, 2005
ISSN: 1577-3523
ISBN: 84-931372-4-3
Depósito Legal: MU-1124-2005
Edición de: Compobell, S.L. Murcia

INTRODUCCIÓN

I. DATOS BIOGRÁFICOS SOBRE PROCOPIO

Nace Procopio en la ciudad palestina de Cesarea[1], entre los años 490 y 507 de nuestra era, por lo que puede decirse que su nacimiento tiene lugar en torno al año 500, y muere probablemente entre el año 560 y el año 562, lo más tarde, tres años antes que el emperador Justiniano, que vivió hasta el año 565. De familia acomodada[2], recibió una esmerada educación, y al parecer frecuentó la escuela retórica de Evángelo[3]. Entre los años 527 y 540, aparece primeramente como consejero (πρόβουλος/*consiliarius*) del general Belisario y, más tarde, como asesor personal de su confianza (πρόεδρος / *assessor*).

Pero ciertamente Procopio pasó a la posteridad por su condición de historiador que atestiguó fehacientemente en su obra capital *Historia de las guerras,* en ocho libros. A ella hace referencia Procopio en varias ocasiones en *Los edificios,* como se verá oportunamente, cuando alude a lugares o hechos que guardan relación con aquella obra. Al margen de sus rasgos personales de estilo, que más adelante se analizarán, en *Los edificios* al menos se define como un escritor áulico, palaciego y sumamente adulador[4], pero no parece que obtuviera grandes beneficios de

1 Que había sido con anterioridad un importante centro de estudios cristianos, en el siglo III, y fue también la patria de un famoso historiador de la Iglesia, Eusebio.

2 Según J. HAURY (*Zur Beurteilung des Geschichtschreiber Procopius von Caesarea, Progr., München, 1896, págs. 14 y sigs.)* su padre fue procónsul de Palestina en el año 536.

3 Natural y residente en Cesarea, donde también había un colegio de abogados en ejercicio, del que sin duda Procopio sacó provecho en su formación de jurista.

4 Habría que hablar, en cierto modo, de tres Procopios distintos, de acuerdo con cada una de sus obras, como se verá más adelante. Porque, si en *Los edificios* se muestra adulador, en su *Historia secreta* (o *Anecdota*) resulta mordaz e hipercrítico con Belisario, Justiniano, e incluso con la emperatriz Teodora, y en la *Historia de las guerras,* sin llegar a los extremos de la anterior, censura la administración civil y militar de Justiniano y el rigor para con los pueblos conquistados, sin renunciar a su patriotismo, con lo que evidencia una actitud de imparcialidad que le honra. En efecto, el tono panegirista de *Los edificios* ha sido resaltado, entre otros, por AVERIL CAMERON, en su artículo «The scepticism of Procopius», *History* 15, 1966, pág. 465, y por B. RUBIN, en su obra *Das Zeitalter Justinians* I, Berlín 1960, pág. 174, al entender que son escasísimas las críticas en esta obra, y que siendo la última escrita por el autor es la más oficialista. Exactamente, asegura que «las frases que describen la figura imperial oficial fluyen fáciles

ello, aunque se tiene la certeza de que recibió, de parte del emperador, la distinción de *illustris*[5]. Porque el Procopio que aparece como prefecto de Constantinopla[6] (*praefectus urbi*), en el año 562, debe tratarse sin duda de otra persona, aunque hay quien piensa que pudo habérsele otorgado este cargo en reconocimiento a la publicación de *Los edificios*[7], que tuvo lugar entre los años 559 y 560. No mucho más se sabe sobre su vida. Se puede añadir que, desde el año 527, como se ha mencionado anteriormente, ejerció de consejero del general Belisario, cuando éste emprendió la campaña contra los persas. También lo acompañó en las operaciones militares que aquél llevó a cabo contra los vándalos en Africa, en el año 533, e igualmente lo siguió en la campaña de Italia contra los ostrogodos. Al parecer, después de la toma de Ravena (año 540) regresó a Constantinopla; al menos, describió minuciosamente la terrible epidemia que asoló la ciudad[8]. La falta de detalles concretos en la última fase de la campaña de Italia, que finalizó en el año 552 con la caída del reino ostrogodo, nos hace pensar que no asistió a ella. Hasta el fin de sus días, en el 560-562, se supone que debió de residir en Constantinopla, aunque nada hay seguro sobre los últimos años de su vida.

II. SUS OBRAS

Su obra principal, como ya hemos visto, es la *Historia de las guerras*[9]*,* que narra, en ocho libros, las campañas que llevó a cabo el ejército romanobizantino[10], al mando del general Beli-

---

de su pluma». Al margen de estas consideraciones, la autora que acabamos de citar, AVERIIL CAMERON, en su obra *Procopius and the Sixth Century*, Duckworth 1984, pág. 4, plantea que el estudio de las obras de Procopio se debe abordar conjuntamente, dándole «más peso a las obras menores», esto es, a la *Historia secreta* y a *Los edificos,* ya que la *Historia de las guerras* tiene entidad por sí sola por su consideración de obra clásica. Ello nos podría dar a conocer un Procopio «más homogéneo y más bizantino». En consecuencia, analiza la obra de Procopio empezando por la *Historia secreta;* sigue con *Los edificios* y concluye con *La historia de las guerras.*

5 Vid. Léxico *Suda,* Prokopios.

6 Cf. TEÓFANES HOMOLOGETES (I , pág. 238, 10 y 239, 7, de la edic. de C. De Boor, en dos vols., Leipzig, 1883-85; reimpr. Hildesheim, 1963), monje e historiador bizantino, que vivió entre los años 760 y 818, y escribió una especie de historia general, *Chronographia,* que narra los hechos acaecidos desde el advenimiento de Diocleciano (año 284, d. C.) a la deposición de Miguel I Rangave (813). El propio Teófanes se basó en Procopio, entre otros historiadores que le precedieron.

7 Vid. art. «Prokopios von Kaisareia» en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der klassichen Altertumswissenschaft,* XXIII 1, col. 300 (comprende el artículo de la col. 273 a la 599.) El art. se ha publicado por su autor, BERTHOLD RUBIN, como obra independiente en Stuttgart, 1954.

8 *Historia de las guerras,* II, XXII, 9 e ***H****istoria secreta,* XVIII 44.

9 Exactamente, en griego, Ὑπὲρ τῶν πολέμων λόγοι, esto es, *Libros sobre las guerras*.

10 Aunque se trate de un hecho conocido, no está de más resaltar que el Imperio romano de oriente y el Imperio romano de occidente son denominaciones que responden a una única realidad. En la práctica, con la *tertrarquía* administrativa establecida por Diocleciano a su llegada al poder, en el 284, se pretendía asegurar la unidad del Imperio en todas sus áreas. El imperialismo romano estaba tan arraigado que, a pesar de la fragmentación del occidente en reinos bárbaros (Francia, España y Norte de África), no se rompe ni el sentido de dependencia entre las dos áreas del Imperio, oriental y occidental, ni el sentimiento común de la tradición romana. ni tampoco el reconocimiento del emperador reinante, en el occidente, aunque fuera más simbólico que real. Teodosio (379-395) había dividido el Imeprio entre sus hijos Arcadio (oriente) y Honorio (occidente). Arcadio, ante la amenaza de las invasiones bárbaras, traslada la corte de Roma a Ravena. Con el tiempo, tras diversas vicisitudes, se produce en occidente la división en reinos, como acabamos de exponer, pero ni siquiera cuando, en el 476, se sublevó el ejército en Italia y nombró rey a Odoacro (caudillo de los hérulos, pueblo germano que servía en el ejército romano), se desligó el occidente de Bizancio; antes bien, se envió un escrito a Bizancio, a petición del propio Odoacro, por el que se proponía que la sede del Imperio (cuya capitalidad ya había establecido Constantino, en el 324, en Bizancio, cuando restablece la unidad territorial) se trasladara de Roma a Constantinopla, solicitándose el título de patricio para el nuevo rey, a lo que accedió el emperador reinante Zenón. Pos-

sario, contra los persas (libros I y II), contra los vándalos en el norte de África (libros III y IV), contra los godos o, mejor dicho, los ostrogodos (libros V-VII), cuando éstos irrumpieron en Italia desde los Balcanes. Precisamente el libro VII termina con la ofensiva contra los esclavenos[11] en los Balcanes, en el año 551. El libro VIII, por su parte, es una especie de historia (y, la vez, geografía) universal del Imperio por la variedad de escenarios en que tienen lugar los hechos que describe, porque, por así decir, viene a ser una continuación, a modo de complemento, de los tres frentes de combate que se mencionan en los siete libros precedentes. Éstos se publicaron en el 551; el octavo en el 553. No parece, por otra parte, que el orden de los libros represente el orden en que fueron escritos.

Como historiador, en esta obra pretende ser imparcial y a veces incluso hasta crítico con el emperador Justiniano y con el general Belisario. Se evidencia, además, su deseo por asemejarse a los grandes escritores de la antigüedad, principalmente Heródoto y Tucídides[12]. También se ha querido ver la influencia de otros historiadores clásicos como Jenofonte, Diodoro y Arriano.

Su obra que lleva por título *Anekdota* o *Historia secreta* (también *Historia arcana*; ’Ανέκδοτα, en griego, sólo aparece en el *Léxico Suda*[13]) pudo haber sido escrita hacia el año 550 (pero no se publicó en vida del emperador), y en ella la crítica al sistema que aparece en la *Historia de las guerras* se transforma claramente en una áspera censura de los soberanos Justiniano y Teodora así como de Belisario y su esposa Antonina, a la vez que de otros personajes civiles y militares, llegando a considerarlos como seres abyectos, capaces de las

---

teriormente, en el 493, también Teodorico, proclamado rey de Italia, solicita el reconocimiento del emperador Anastasio. Este sentimiento de unidad e indivisibilidad del Imperio romano lo suscriben varios historiadores modernos, en especial J.B. BURY, en sus obras *A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395-800),* Londres 1889, 2 vols., y *A History of the Eastern Roman Empire from the Fall of the Irene to the Accension of Basil I (802-1267)*, Londres 1912. Por el contrario, otro historiador, ya clásico, de la historia y civilización bizantinas, A. A. VASILIEV, en su obra *Historia del Imperio bizantino I* , Barcelona 1946, pág. 177, a propósito de la reconstrucción de la unidad, por parte de Justiniano, del Imperio romano, dice expresamente: «La brecha abierta entre Oriente y Occidente era ya tan grande en el siglo VI, que la sola idea de reunir ambas regiones constituía ya un anacronismo. No podía existir una unión efectiva». Toda esta apretada explicación viene a cuento para señalar, en la obra de Procopio, no ya el carácter *romanobizantino* del ejército de Bizancio, sino el arraigo del espíritu universal de Roma que, si en parte se había perdido, el emperador Justiniano intenta recuperar y Procopio resaltar, cuando habla, en varias ocasiones, como oportunamente notaremos, del «ejército romano», de la «frontera del Imperio romano», de los «romanos», simplemente, al referirse a hechos que tienen lugar en cualquier área de lo que fue el antiguo Imperio.

11 Nombre con el que Procopio designa a los «eslavos», pueblos bárbaros que amenazaban la frontera norte del Imperio. A lo largo de la presente obra, mantendremos esta denominación, cada vez que aparezcan, tanto en la Introducción y Notas como en el texto de *Los edificios*. En A. A. VASILIEV, (vid. n. a., *Ibidem*, pág. 174) se interpreta erróneamente el nombre que les da Procopio y se les llama «eslavones».

12 El hecho fue ya subrayado, en el siglo pasado, por H. BRAUN, a propósito de Tucídides, en *Procopius Caesariensis quatenus imitatus sit Thucydidem,* dissert., Erlangen, 1885, y también por este mismo autor, con relación a Heródoto, en *Die Nachahmung Herodots durch Prokop, Progr.*, Nuremberg, 1894.

13 Se ha pensado, por parte de algún estudioso de Procopio, como D. COMPARETTI, que *Anecdota,* como título del libro, viene a significar algo así como «Proemio», y se basa en testimonios de Cicerón, Clemente de Alejandría y Diodoro: D. COMPARETTI - BASSI, *Le Inedite. Fonti per la storia d'Italia* 61, Roma, 1928, pág. 202 (hay una edición póstuma con traducción y notas críticas de 1948). Esta obra de Procopio, aunque la cita el Léxico *Suda*, en el siglo X, y Nicéforo Calisto, en el siglo XIV, asegura haberla visto en la Bibliteca de Santa Sofía de Constantinopla, no fue conocida realmente en Occidente hasta el siglo XVII, gracias al erudito Nicolás Alemanni que la descubrió en la Biblioteca Vaticana en 1623.

mayores maldades[14]. El criterio equilibrado e imparcial que se evidencia en su *Historia de las guerras*, comparado con la feroz crítica que exhibe en la *Historia secreta*, ha hecho pensar que no se trata de un mismo autor[15]. Porque, p. e., en el cap. XVIII de esta obra, Justiniano es presentado por Procopio como «un demonio de forma humana» o como «el príncipe de los demonios» (τῶν δαιμονίων βασιλεύς) en XXII 26. Este espíritu abierto, sincero e hipercrítico da pie también a que se piense que la obra quizás fue escrita para no ser publicada. En todo caso, también parece que *el autor intenta ofrecer un suplemento de su obra histórica y decir la verdad por haberse visto obligado a callar*[16].

En cuanto a la obra que aquí nos ocupa, *Los edificios*[17], describe todas las edificaciones y restauraciones que se llevaron a cabo en el reinado del emperador Justiniano, desde Constantinopla hasta la frontera oriental del Imperio y, por occidente, hasta Ceuta. Pero siempre se enriquece la narración con los pertinentes comentarios, al respecto, geográficos, históricos, políticos, administrativos, religiosos, etc. Ya se ha apuntado el tono altamente laudatorio, hacia el emperador, que exhibe Procopio en esta obra, en contraste con el tono crítico, aunque correcto, de la *Historia de las guerras*, y la agria censura que emplea en la *Historia secreta*.

Dado que la obra pudo publicarse entre los años 559 y 560, en ella se recogen todos los edificios que se construyeron o restauraron hasta el año 558. Se divide en seis libros dedicados a distintas regiones del Imperio y, a causa de los pocos datos que aparecen en el libro V y VI, puede ser que éstos quedaran incompletos[18].

III. LOS EDIFICIOS

Se piensa que con esta obra Procopio quiso reconcialiarse con el emperador, dada la dureza de juicio que había mostrado en la *Historia secreta* , pero también hay quien considera que *Los edificios* ocultan, en algún momento, una gran ironía a la vez que una encubierta censura[19], a

14 El ya citado estudioso de Procopio, desde el siglo diecinueve, J. HAURY ha intentado explicar («Prokop und der Kaiser Justinian» *Byz. Ztsschr*, XXXVII, 1937, pág. 1 y sgs.) el odio de Procopio contra el emperador Justiniano por los celos que tenía de Juan de Lido a causa del panegírico que éste dirige al emperador con motivo de su victoria en la ciudad de Dara (en su obra *De magistratibus rei publicae romanae,* III 28, editada y traducida en tiempos recientes por A. J. BANDY, *Ioannes Lydus on Powers or the Magistracies of the Roman State. Introduction, Critical text, Translation, Commentary and Indices,* Philadelphia, 1983).

15 Para C. D. GORDON, «Procopius and Justinian's financial policies», *Phoenix* 13, 1959, pág. 23, está fuera de duda que se trata de una obra de Procopio y que los hechos se presentan en ella con rigor, aunque ciertamente sea difícil comprobar «los detalles de los escándalos que conciernen a las vidas privadas» de los personajes que se critican. Para J. B. BURY, *A History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian (A.D. 395- 565)* 2 vols., Londres 1923 (la 1ª edic. data de 1889), II, 428, resulta sorprendente que el tono elogioso hacia el emperador que se respira en la obra provenga del mismo autor de la *Historia de las guerras,* sin tener en cuenta incluso la actitud de censura de Procopio en la *Historia secreta.*

16 Procopio di Cesarea, *Storia Inedita,* Introd., traduc. y notas de Federico Ceruti, Milán 1977, págs. 18-23.

17 En griego, Περὶ τῶν κτισμάτων.

18 G. DOWNEY, uno de los más importantes estudiosos de Procopio (y, en especial, de su obra *Los edificios*), supone, en su artículo «The composition of Procopius, De aedificis», *Transactions and Proceedings of the Amnerican Philological Association* LXXVIII, 1947, pág. 176, que en *Los edificios* se distingen dos redacciones y ambas parecen incompletas. Por su parte, J. A. S. EVANS, «Justinian and the historian Procopius» *Greece and Rome,* XVII, Oxford 1970, pág. 223*,* supone también que esta obra de Procopio está inacabada, y lo fundamenta, textualmente, con estas palabras: «Quizá el emperador perdió interés, y Procopio abandonó la obra».

19 En especial, el ya citado J. HAURY en *Procopiana, Progr.* Augsburgo, 1891, pág. 31.

pesar de que la obra abunde en elogios y alabanzas al emperador, al que parece que Procopio no conoció hasta el año 550, al menos[20].

A) Rasgos específicos de la obra

Es sabido, por haberlo manifestado el propio Procopio (p.e., *Historia secreta,* XVIII 38), que el proyecto de redacción de *Los edificios* tiene lugar hacia el año 545, y que también en la propia obra (I, III, 1) se manifiesta que, en cierto modo, es un encargo del emperador (propiamente, «deseo»).

De la larga sucesión de construcciones y reconstrucciones que se llevaron a cabo en el reinado de Justiniano queda excluida Italia, quizá por los hechos de armas tan continuados que allí tuvieron lugar, y que se destacaron como tema preferente. Y al respecto, se cree que Procopio omitió este hecho deliberadamente[21].

Al margen de las construcciones y reconstrucciones que se describen en la obra, se debe manifestar también, como ya se ha apuntado, la descripción minuciosa de los accidentes geográficos donde tienen lugar los hechos que presenta. Tales como altísimos montes, curso de un río, islas, golfos, corrientes marinas, etc. Por otra parte, también se ahonda en costumbres y hábitos de vida de pueblos extraños que aparecen en el relato. Igualmente, cuando lo requiere la ocasión, se ofrece la perspectiva histórica para la correcta comprensión de un hecho.

B) Propósito del autor

Convendría, previamente, precisar algunos aspectos sobre la religiosidad de Procopio y su concepción sobre la intervención de una fuerza superior (el destino o Dios) en el acontecer de los hechos.

Se ha supuesto cierta ambigüedad en la filiación cristiana de Procopio por la posible ironía que se desprende en una alusión suya sobre la naturaleza de Dios. El hecho lo ha resaltado J.A.S. EVANS[22], a propósito de una referencia al respecto en la *Historia secreta.* En cualquier caso, este autor (*ibidem)* supone que Procopio mantiene una fachada de ortodoxia cristiana que supo conservar dignamente, se supone, cuando es nombrado *assesor* de Belisario en el año 527, el mismo en que Justiniano sube al poder[23]. En principio, la actitud de Procopio ante la ortodoxia cristiana no podía ser de otra manera. Tenía que estar acorde con la firme postura del emperador Justiniano que se erigió en defensor de la universalidad de la fe cristiana, cuando la primera ley de su Código, que recogía el Decreto de los emperadores Valentiniano II, Graciano y Teodosio II, promulgado en Tesalónica en el año 380, proclamaba el establecimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio. En definitiva la opinión, al respecto, está un tanto dividida: para algunos, es un auténtico pagano camuflado, una especie de criptoconverso; para otros se

---

20 Vid. n. anterior, *ibid*., pág. 29.

21 Cf. PAULY-WISSOWA, *loc. cit.,* col. 575. La realidad es que importantes edificios de Italia del reinado de Justiniano, como las basílicas de San Vital y de San Apolinar in Clase, ambas en Ravena, se silencian. El hecho lo resalta, entre otros, J. A. S. EVANS (v. *supra* n. 18, *Ibidem,* pág. 219).

22 «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea». *Greek, Roman and Byzantine Studies.* Durham, N.C., Duke University, 1971, págs. 81-100.

23 Aunque parece que, de hecho, Justiniano tuvo una participación activa en los asuntos de gobierno durante el reinado de su tío el emperador Justino (518-527).

trata un agnóstico. El hecho ha merecido la atención de varios críticos que han consagrado importantes trabajos a la fe cristiana, paganismo, agnosticismo o escepticismo de Procopio[24]. La realidad es que la época en que vive Procopio abunda en desviaciones de la ortodoxia cristiana. La existencia de herejías, tal como hoy lo entendemos, hace que la principal preocupación del emperador Justiniano sea la de acabar principalmente con los arrianos, nestorianos, monofisitas, etc. De ahí que sus primeras disposiciones tengan como objetivo eliminar esas manifestaciones heréticas. *Para Justiniano todos aquellos que no profesan la fe ortodoxa son sus enemigos y son considerados herejes*[25].

Si se hace esta digresión sobre la fe cristiana, o no, de Procopio es porque la ambigüedad de que hemos hablado se detecta en la *Historia de las guerras* y en la *Historia secreta* solamente, pues el tono laudatorio que se evidencia en los *Edificios* no le permite adentrarse en temas teológicos que se expresen como opiniones personales heterodoxas. Por otra parte, como ya se ha apuntado, esta obra fue un encargo del emperador, por lo que es difícil que se pueda encontrar en ella no ya una actitud herética o agnóstica abierta, sino una ambigüedad en materia de fe. Es más, para cualquiera que leyera solamente esta obra de Procopio, no dudaría en calificarlo de un acendrado creyente en la fe de Cristo, en los santos de la Iglesia, en la Virgen María, y en la providencia divina que inspiró todos los actos del emperador Justiniano. Dios, en efecto, es el que guía todos las acciones del emperador y el que le inspira todas sus soluciones en las situaciones difíciles, si bien cuando surgen problemas en la construcción de Santa Sofía, hay un titubeo, que se puede achacar a recurso literario, porque manifiesta no saber de dónde podía el emperador conseguir sus conocimientos técnicos, pero acaba suponiendo, lógicamente, que de Dios. Igualmente, Procopio no ya sólo nos presenta a Justiniano como un defensor de la fe de Cristo, sino como un evangelizador de los pueblos que viven en el error del paganismo, como se desprende, por ejemplo, cuando, al referirse a los bárbaros gadavitanos (vecinos de Leptis Magna, que Justiniano acababa de reconstruir), relata (*Edif.,* VI,IV) que el emperador logró

---

24 G. DOWNEY, «Paganism and Christianity in Procopius», *Church History* 18, 1949, págs. 89-102 y A. CAMERON, en su ya citado art., (*supra*. n. 4) «The Skepticism of Procopius», *History* 15 , 1966, págs. 464-82. J.A.S. EVANS (v. n. 22., *loc. cit*., pág. 83) aduce el testimonio de los que piensan que la ambigüedad que pueda observarse en Procopio se debe a su ascendencia judía de Cesarea, o de Siria, o incluso a su posible origen samaritano. Por su parte, B. RUBIN, en el ya citado artic. «Prokopios von Kaisarea», col. 273 y sigs. de la R.E., PAULY-WISSOWA, lo define como un escéptico, como un frío observador del cristianismo. El hecho lo recalca también este mismo autor en su ya citada obra (v. n. 4) *Das Zeitalter Justinians* I. Berlín, 1960, donde piensa que Procopio es un agnóstico y, en concreto, que habla y actúa con una reserva personal y «parece anticipar, como diplomático, la *reservatio mentalis* de los jesuitas» (pág. 215). En fin, las opiniones, al respecto, están muy divididas. Por citar un ejemplo más, M. A. ELFERINK sigue la línea de B. RUBIN, al calificar a Procopio de «agnóstico y fatalista» en «TYXH et Dieu chez Procope de Césarée» *Acta Classica* X 1967, pág. 133.

25 R. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Las estructuras ideológicas del código de Justiniano,* Universidad de Murcia, 1997. Importante obra que, aparte de los temas jurídicos y administrativos, aborda en profundidad las cuestiones religiosas y la organización eclesial del reinado de Justiniano. En las págs. 61 y sigs. nos presenta un amplio panorama de las herejías que tienen vigencia en el reinado de Justiniano. Y se pone de manifiesto que la eliminación de los herejes y del paganismo, juntamente con la restauración del antiguo esplendor del Imperio romano, son las dos grandes preocupaciones del emperador Justiniano como actuaciones prioritarias de su política interior y exterior. Curiosamente, por otra parte, resulta evidente que la emperatriz Teodora apoyó, o al menos protegió, a los perseguidos monofisitas, sobre todo a Severo de Antioquía (que ya lo había sido por el emperador Anastasio), defendiéndolo ante Justiniano. Los monofisitas sólo admitían la naturaleza divina de Cristo, mientras que la ortodoxia cristiana, que se proclamó en el concilio de Calcedonia, en el 451, definió dos naturalezas y una sola persona en Jesucristo. Véase también A.H.M. JONES, *The Later Roman Empire 284- 602* I, Oxford 1973, págs. 270-271 y Av. CAMERON, *Op. Cit., supra,* n. 4, *Procopius and the sixth...,* págs. 125-126.

que se convirtieran con entusiasmo al cristianismo, siendo así que hasta la fecha practicaban «el ateismo griego» (*sic*).

Hay también en Procopio una referencia a la τύχη, el destino, como efecto y motor de los acontecimientos. El hecho está documentado en los grandes historiadores clásicos como Tucídides y Polibio, aunque en concreto, en Procopio, la τύχη interviene en las acciones individuales de las personas. Así aparece en la *Historia de las guerras* y en la *Historia secreta*, donde su acción funesta se manifiesta en la cooperación con Justiniano y Teodora para destruir el imperio, y es causante también, a juicio de Procopio, de que el emperador se convierta en el «príncipe de los demonios», como ya hemos mencionado. En definitiva, se trata de un arcaismo que asume Procopio, y con la equivalencia a destino, suerte o desgracia, queda resumida en una especie de atributo divino, una especie de manifestación del poder divino que gobierna el universo sin representación antropomórfica al uso clásico; *actúa así sobre los acontecimientos humanos, predeterminándolos arbitrariamente. Según esta visión, la existencia del hombre se halla a merced de una «fuerza ciega» que le impide controlar el resultado de su propia actuación*[26]. La referencia, de todos modos, en *Los edificios* es constante a Dios, como inspirador de las mejores acciones del emperador, como ya hemos apuntado y oportunamente se señalará en los pasajes en que aparezca. El poder omnímodo de Dios, para quien nada es imposible, lo expresa Procopio con estas palabras: «Porque nosotros, como lo ajustamos todo al poder humano, creemos que muchas cosas se acaban en la imposibilidad, pero para Dios, de todas las cosas, ninguna puede ser difícil ni imposible» (*Edif.* V, VI).

Por todo lo dicho, podemos concluir que el propósito de Procopio, al escribir esta obra, *Los edificios,* no es otro que elogiar la labor del emperador como creador y restaurador de edificios, así como resaltar la intervención de Dios en todas las decisiones del emperador que tuvieron un feliz resultado. En menor medida, por supuesto, también para Procopio la emperatriz Teodora es merecedora de alabanzas por su labor piadosa y benefactora.

C) Análisis del contenido de la obra

Antes de entrar en el análisis del contenido de la obra, libro a libro y capítulo a capítulo, convendría precisar algo más sobre la temática específica de la obra, en lo que respecta a las construcciones y restauraciones. En efecto, aparte de iglesias, monasterios, templos en general, hospederías para menesterosos, refugios para mujeres descarriadas y palacios, nos encontramos en repetidas ocasiones con el levantamiento o restauración de recintos defensivos (περίβολοι) cambio del curso de un río, para aliviar la escasez de agua de una ciudad, o bien, para eliminar el riesgo de avenidas; construcción, o restauración, de puentes que permitan vadear cómodamente un río, ya que los existentes son de mala calidad y no aguantan los embates de un río embravecido por las crecidas; inclusión, dentro de un recinto defensivo, de un monte próximo a una ciudad, desde el que se puede atacar impunemente a la población; construcción o restauración de fortalezas en zonas conflictivas del Imperio; levantamiento de líneas defensivas en las fronteras con pueblos belicosos; ensanchamiento, o nuevo trazado, de caminos a través de accidentadas

26 RITA MARÍN CONESA, «Determinismo y contingencia en la obra historiográfica de Procopio cesariense: la significación de ΤΎΧΗ y ΘΕΌΣ», en *Homenaje al profesor Yelo Templado,* pág. 146, Universidad de Murcia. Murcia 1995. Se confrontan esos dos términos griegos, para intentar descubrir en Procopio un sentido a su historia teleológico y determinista.

orografías que permitan fácilmente el paso de carros y carretas; construcción de diques marinos y cómodos fondeaderos para las naves, etc.

Comprende el libro I la relación de los edificios de Constantinopla, iniciando la serie con el más famoso de ellos, la iglesia de Santa Sofía. Comienza con un largo proemio (donde se ve la influencia de Diodoro, I 1, 5), con el que, humildemente, pretende conseguir la *captatio beneuolentiae* del lector, a la vez que ensalza las virtudes del emperador que engrandeció el Imperio romano al anexionarle nuevos pueblos.– Hay observaciones sobre Temístocles y Ciro, que recibió su educación de Jenofonte de Atenas, y una alusión a Homero, cuando aduce que Justiniano «es bondadoso como un padre » (Od. II 47).– Alude también al complot y sublevación de Nika que, entre otros desafueros, causó el incendio de la iglesia de Santa Sofía y puso en peligro la estabilidad del Imperio. De esta difícil prueba salió triunfante el emperador, mostrando luego generosidad con los vencidos.– Pero, sin reparar en gastos y sacrificios, el emperador se aplicó inmediatamente a la tarea de restaurar la iglesia incendiada y para ello se procuró los mejores constructores de la época, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto.– Para Procopio es Dios el causante de que el emperador se rodee de los mejores arquitectos.– La iglesia de Santa Sofía se describe como una inmensa y bella mole que, como un barco, se destaca entre todos los edificios de Constantinopla.– Se describe también la belleza de su interior, así como detalles técnicos de su trazado.– Se especifican minuciosamente sus bóvedas y airosas cúpulas.– Se insiste en la lujosa techumbre del templo, recubierta de oro; igualmente lujoso resulta el altar con sus cuarenta mil libras de plata.– Se insiste en la belleza del templo, en su variedad cromática, en sus pórticos y galerías, y todo ello, naturalmente, es obra de Dios.– Uno de los soportes de las bóvedas cede y pone en peligro la estabilidad de toda la estructura. Antemio e Isidoro se asustan, y el emperador toma cartas en el asunto y da las medidas salvadoras que, naturalmente, se las inspiró Dios porque él no era técnico, asevera Procopio (la observación puede considerarse irónica). Hasta aquí el largo capítulo I.

Comienza el capítulo II con la minuciosa descripción de la llamada plaza de Augusto, frente al senado, donde se encuentra una enorme columna rematada con la estatua ecuestre del emperador Justriniano, con el atuendo de Aquiles, según Procopio.– Contigua a Santa Sofía, se encontraba la iglesia de Santa Irene que también había sido incendiada en la revuelta. Con el mismo entusiasmo la reconstruyó el emperador.– También restauró el emperador una hospedería para indigentes que se hallaba entre las dos iglesias y que, por supuesto, no se había salvado del incendio; construyó también otras dos de nueva planta con la colaboración de la emperatriz Teodora.– El capítulo III está consagrado a la descripción de los templos que se levantaron en honor de la Madre de Dios. También se menciona la construcción de un santuario en honor de Santa Ana y de otro en honor de la mártir Zoe; igualmente, la reconstrucción de un santuario, existente en Bizancio, del arcángel San Miguel.– Se inicia el capítulo IV con la referencia a la construcción de dos templos, consagrados el uno al apóstol Pedro y, el otro, al apóstol Pablo; también se menciona la construcción del un templo a los santos Sergio y Baco y, frente a éste, construyó otro (no se menciona a quién está consagrado), con lo que se formó un singular conjunto.– Rehace totalmente, dado su estado ruinoso, un templo que existía en Bizancio consagrado a los apóstoles.– Concluye el capítulo con la construcción o rehabilitación de varios templos de santos o mártires.– Da comienzo el capítulo V con la descripción del bello entorno del mar, en el golfo de Bizancio, resaltando el encanto de los dos mares que entremezclan sus aguas, al este de la ciudad, el Egeo y el Ponto Euxino.– Se describe también la belleza de tres brazos de mar que penetran hacia la ciudad a modo de canales, circundándola y comunicándose

entre sí.– Se insiste en la belleza del golfo, cuyo perímetro comprende una longitud de más de cuarenta estadios y, en todos sus puntos, sirve de fondeadero a las naves.– En las márgenes del golfo (cap. VI), se describen los templos que se repararon y se levantaron de nueva planta, destacándose la reconstrucción del templo de los santos Cosme y Damián, en el extremo del golfo; el emperador puso especial empeño en ello por haberle sanado aquéllos de una grave enfermedad.– Se inicia el cap. VII con el recordatorio de la construcción de la iglesia en honor de la mártir Irene, para poner de relieve que en los trabajos de excavación aparecieron los restos de unos cuarenta santos varones en una especie de cofre o arcón; se trataba de los restos de unos hombres piadosos, soldados romanos de la duodécima legión que habían servido en Melitene, ciudad de Armenia. Al contacto con el arcón que contenía los restos, el emperador se libró de una dolencia que padecía en la rodilla.– Se menciona (cap. VIII) la existencia de dos templos, consagrados al arcángel San Miguel, en uno de los brazos de mar, según se accede al Ponto Euxino, en cada una de las orillas, uno frente al otro. Ambos se encontraban muy deteriorados y los reconstruye el emperador totalmente, tras haberlos derribado hasta sus cimientos.– También se mencionan los templos que levantó, no lejos de éstos, en honor de Juan el Bautista y de la Madre de Dios.– Da comienzo el cap. IX con la transformación de un antiguo palacio, en el mismo brazo de mar que se ha mencionado, pero a la derecha, según se entra en el Ponto Euxino, en un monasterio (al que denominaron *Arrepentimiento)* para mujeres que ejercían la prostitución, obligadas por una especie de asociación de rufianes; a la liberación de estas mujeres colaboró también la emperatriz Teodora.– Todavía, en la costa de este brazo de mar o estrecho, sobre un promontorio, restauró el deteriorado santuario que allí había en honor del mártir Pantelemón e igualmente un refugio para indigentes lo mejoró sensiblemente.– En esta parte próxima al Ponto Euxino reconstruyó y edificó otros templos consagrados a mártires y santos.– Acaba con ello la enumeración de todos los edificios de Bizancio y estima el autor una ardua tarea el relacionar todos los edificios que llevó a cabo el emperador en el Imperio romano.– Comienza el cap. X con la declaración de Procopio de que quedan expuestos todos los edificios religiosos de Constantinopla, y no insiste en la descripción de la restauración de los edificios incendiados en la revuelta, porque asegura haberlo hecho ya en *La historia sobre las guerras*.– No obstante, se mencionan algunos edificios como *La puerta de bronce* o *La mansión de Ares*.– Se describe también como arquitectura civil de Bizancio el llamado mercado de Augusto y el Senado y, no lejos de ese mercado, se detalla la suntuosidad y lujo del palacio de Justiniano.– Las pinturas y mosaicos de la residencia del emperador representan las victorias que para él ha conseguido su general Belisario.– En el cap. XI sigue la enumeración de los edificios públicos no religiosos de Bizancio, empezando por el baño publico llamado Arcadianas; la zona donde se encuentra, junto al mar, en una especie de parque, es de una gran belleza, con columnas y estatuas; entre ellas, una de la emperatriz Teodora que la ciudad le dedicó en agradecimiento.– Soluciona el emperador la escasez de agua de Bizancio, sobre todo en la época estival, mediante la excavación de un foso , por la parte de mediodía, en un patio del pórtico imperial, con lo que acondicionó un depósito en el que se almacenaba el agua sobrante de otras estaciones.– Se menciona también la construcción de dos nuevos palacios y de un abrigado puerto, levantando una barrera artificial en el agua.– Muy cerca del mar construyó dos hospicios para las gentes con necesidades que, por cualquier motivo, acudían a Constantinopla.

En el libro II, se propone enumerar todas las fortalezas con que consolidó las fronteras del Imperio romano, empezando en este primer capítulo por la frontera persa.– Amurallamiento de la ciudad de Dara y circunstancias que lo motivaron; abundantes detalles sobre los trabajos

de fortificación que se llevaron a cabo.– Se describe (cap. II) la construcción de un depósito de agua entre el recinto defensivo de la ciudad y una fortificación exterior, aproximando a la ciudad el agua de un río que pasaba cerca de ella, a unas dos millas, mediante la construcción de un canal.– Pero al discurrir por un terreno llano, ante un asedio de fuerzas enemigas, éstas podían hacer acopio de agua cómodamente.– Un soldado tiene una visión providencial: señala un lugar en el interior del recinto donde, asegura, manaría agua potable en abundancia; se efectúa la excavación, pero surgen unas lluvias repentinas que provocan una fuerte crecida del río con rotura de defensas e inundación de la ciudad. Busca el río una salida subterránea y, posteriormente, desde la ciudad controlan el curso del río, con lo que evitan que los enemigos puedan aprovisionarse de agua en caso de verse asediada la ciudad.– También (cap. III) por inspiración divina, con la cooperación de Crises, constructor oriundo de Alejandría, resolvió el problema de las crecidas del río en la ciudad de Dara.– Se describen minuciosamente las obras que se emprenden en el cauce del río, para evitar que sus avenidas causen perjuicio a la ciudad.– Un canal abastece a la ciudad de agua; también se construyen en Dara dos templos y un acuartelamiento para la tropa.– Se menciona, en el cap. IV, la existencia del territorio de Robdio, perteneciente al Imperio romano, pero ubicado dentro del territorio persa.– Se describe también la existencia de una fortaleza persa, Sisauranonte, distante dos días de marcha de Dara, que el emperador había destruido, tras derrotar y apresar a un grupo de jinetes persas, y, por tanto, la zona estaba desguarnecida y carente de valor para los romanos.– Fortifica Robdio y construye dos cisternas, para que tuvieran un lugar donde acogerse unos colonos que trabajaban las tierras del llamado Campo y pagaban, por ello, un tributo al rey persa.– Se reconstruyen todas las fortalezas existentes desde la ciudad de Dara hasta la de Amida.– Se alude a la construcción de la Fortaleza de los Emperadores, en la cumbre de un monte altísimo, a fin de proteger a los aldeanos que viven en la falda de éste.– Fortificó también el emperador las plazas próximas a la ciudad de Amida, con lo que Mesopotamia quedó inaccesible al Imperio persa.– Medidas para aprovisionar de agua la fortaleza de Baras.– Se inicia el cap. V con fortificación de Teodosiópolis, el punto más avanzado del Imperio Romano, junto al río Aborras.– Refuerzo del recinto defensivo y defensas exteriores de Constantina, añadiéndoles unas torres; igualmente, se dotó de agua a la población, trayéndola mediante una conducción de una fuente próxima.– Se describe, en el cap. VI, la reconstrucción de una fortaleza, en la desembocadura del río Aborras en el Éufrates, llamada Circesio, que se había construido en la época del emperador Diocleciano; Dios le inspira la reparación de la torre más deteriorada.– Se reconstruyen también los baños públicos de esta plaza fuerte de Circesio.– A continuación, reconstruyó la fortaleza de Anucas y las plazas fuertes próximas a Teodosiópolis, en especial las dos fortalezas llamadas Tanurio, la grande y la pequeña.– El cap. VII da comienzo con la reparación de las fortificaciones de Edesa y el encauzamiento del río, de nombre Escirto, que junto a ella discurre, y del que se aprovisionan de agua, pero del que también sufrían sus embates cuando experimentaba crecidas a causa de las lluvias.– Introdujo el río en la ciudad, canalizándolo adecuadamente, para que no dañara a la población.– Restauró sólidamente los recintos defensivos y las defensas exteriores de Carras, Calínico y Batnas.– Se inicia el cap. VIII con la descripción del territorio que se conoce por el nombre de Eufratesia (margen derecha del río Éufrates), y la fortaleza deteriorada que reconstruyó Justiniano.– A cinco millas de este territorio, reparó y repobló la plaza denominada Zenobia.– Fluye el río junto a ésta y le causa problemas cuando su caudal aumenta por las lluvias.– Solucionó el emperador este inconveniente a la vez que agrandó el recinto defensivo, incluyendo en él una colina desde la que podían atacar los bárbaros.– También dotó a la ciudad de baños públicos.– En el cap. IX

se describe, todavía en el territorio de Eufratesia, la reconstrucción de la fortaleza de Sura y el reforzamiento de las defensas del templo de San Sergio.– Fortificó, igualmente, todas las plazas que se encuentran en los confines de Eufratesia, dedicándole especial atención a la denominada Hemerio.– Reforzó el recinto defensivo de Hierápolis, que es, por su importancia, la primera ciudad de la zona.– Tiene lugar, en el cap. X, la reconstrucción de las ciudades que había conquistado el persa Cosroes, en especial Antioquía (denominada Teópolis en la época de Justiniano), acercando lo más posible la ciudad al río Orontes, tras canalizarlo adecuadamente.– Rectificó también su perímetro defensivo y levantó un dique, con una compuerta para regular las aguas, en un barranco que anegaba la ciudad, cuando se producían lluvias torrenciales.– De hecho, reconstruyó la ciudad entera, porque la habían incendiado los enemigos, cuando la conquistaron, dejándola mejor de lo que había estado anteriormente.– Construyó también un templo a la Madre de Dios y al Arcángel San Miguel y viviendas para las clases más desfavorecidas.– Se menciona, en el cap. XI, la reconstrucción de las defensas de la ciudad de Calcis y la de la plaza fuerte llamada Ciro, en Siria.– También aprovisionó de agua a esta ciudad, mediante una conducción que trazó desde una fuente próxima a la población.– Fortificó el resto de plazas de Siria y, en la Fenicia libanesa, fortificó la importante plaza de Palmira.

En el libro III se propone el autor enumerar (cap. I) todos los edificios del territorio contiguo a los persas, esto es, Armenia.– Amplios antecedentes históricos sobre el territorio, estableciendo la distinción entre la Gran Armenia y el resto de Armenia, así como las rivalidades internas y la intervención de persas y romanos.– Empieza el cap. II con la descripción de las plazas de Armenia situadas en la región llamada Sofanene, siendo la primera en ser nombrada la de Martirópolis, situada junto al río Ninfio, que es frontera con la nación persa.– Se recuerda la invasión del territorio, en la época del emperador Anastasio, por parte del rey persa Cambades y la toma de Martirópolis sin ofrecer resistencia.– Justiniano reforzó las defensas de la ciudad que eran insuficientes.– Se menciona, en el cap. III, la existencia de una especie de desfiladero, también en Sofanene, que es paso obligado para moverse de un punto a otro, dentro del territorio romano o para dirigirse al territorio persa, o viceversa; se denomina Clisuras.– En la llamada Astianina, construyó de nueva planta la fortaleza de Citarizonte.– Se alude a un extenso territorio fronterizo, Corzane, cuyos habitantes mantienen buenas relaciones tanto con persas como con romanos.– Para hacerse con su control, el emperador Justiniano transformó en fortaleza la ciudad de Artalesonte.– Se inicia el cap. IV con la fortificación del resto de Armenia, empezando por la ciudad de Satala.– En el territorio llamado Osroene, restauró una fortaleza, llamada Colonia, que había sido construida por Pompeyo.– Repara y construye varias fortalezas en la zona, y en especial levanta un fuerte en el llamado *Germani Fossatum*.– También restauró y construyó edificios religiosos: en Teodosiópolis levantó un templo a la Madre de Dios; en Nicópolis, el monasterio denominado de los cuarenta y cinco santos y, próximo a Teodosiópolis, restauró el monasterio de los cuarenta mártires.– Fortificación de la populosa ciudad de Melitene.– Comprende el cap. V la relación de las obras que llevó a cabo el emperador en la Gran Armenia.– Detalles e historia sobre la fundación de Teodosiópolis.– Se describe pormenorizadamente la fortificación de esta ciudad.– Digresión y antecedentes sobre los zanos, vecinos de los armenios (cap. VI).– Justiniano los derrota, somete y cristianiza.– Hizo accesible la región de Zanica, para que se relacionaran con el resto de los hombres y no volvieran a sus ancestrales costumbres.– Igualmente, construyó allí fuertes con guarniciones de soldados.– En la encrucijada del territorio zano, romano y armenio, construyó el fuerte de Horononte y, no lejos de éste, reconstruyó el de Cartón y otros varios.– Da comienzo el cap. VII con la descripción del territorio que viene a

continuación en la ribera del Ponto Euxino.– Se describe, primeramente, la ciudad de Trapezunte (Trebisonda), a la que le solucionó el emperador su problema de escasez de agua con el trazado de un acueducto.– Restauró los templos de la zona y fortificó la ciudad de Riceo.– En Lazica, fundó la fortaleza de Losorio y la famosa ciudad de Petra.– Restauró la plaza de Sebastopol, en la orilla opuesta, que anteriormente había sido derruida por los propios romanos.– Sigue, a continuación, la relación de las construcciones en el Quersoneso y en el Bósforo, empezando por la plaza de Alusto, fortaleza del Bósforo que antiguamente había sido un dominio de los hunos.– Se describe el territorio llamado Dori, donde residen los godos que no acompañaron a Teodorico a Italia; son pacíficos y aliados de los romanos.– Fortificó adecuadamente la ciudad de Anquíalo, en la costa tracia.

Empieza el libro V (cap. I) con el propósito de enumerar todas las edificaciones que el emperador llevó a cabo en Europa, para lo que se declara incapaz, ya que las realizaciones del emperador son muy superiores a lo que de ellas pueda decirse.– Larga digresión para justificar la necesidad de fortificar el territorio fronterizo ante la amenaza de tanta tribu bárbara.– Breve descripción geográfica del mar Adrático, Calabria y el río Istro (Danubio).– Se hace especial hincapié en la patria del emperador, Taurisio, en la Dardania europea, cerca de la fortaleza de Bederiana.– Fortificó aquella ciudad, pasando a llamarse Tetrapirgia, y cerca de ella fundó otra, esplendorosa, que recibió el nombre, en su honor, de Justiniana Prima, llegando a convertirse en capital de provincia y en sede del arzobispado de los ilirios.– Fortificó también en Dardania la fortaleza de Ulpiana, y le añadió tales mejoras urbanísticas que pasó también a denominarse Secunda Justiniana.– Próxima a ésta edificó Justinópolis, en honor de su tío, y restauró varias fortalezas derruidas.– A continuación, edificó líneas defensivas en ésta y diversas fortificaciones en el río Istro.– Igualmente, fortificó las granjas de la zona contigua al Istro, para que, desde ellas, los colonos pudieran defenderse de los ataques enemigos; esto tuvo lugar también en el llamado antiguo y nuevo Epiro.– Se restauran diversas ciudades, entre ellas Eurea, cuya población trasladó a una isla que había enfrente, tras construir una ciudad en ella desde sus cimientos.– Da comienzo el cap. II con el paso a Grecia, destacándose la fortificación del histórico paso de las Termópilas.– Se fortificaron también otros pasos y las faldas de los montes que limitaban con las costas.– Tras las Termópilas, fortificó otras ciudades, en especial Heraclea.– Corinto, Atenas, Platea y la región de Beocia fueron fortificadas también.– Igualmente, reforzó el istmo y todo el Peloponeso.– Empieza el cap. III con la descripción en Tesalia de la ciudad de Dioclecianópolis, que trasladó también a una isla que había en una laguna próxima.– Restauró igualmente otras ciudades de Tesalia, entre ellas Tebas.– Se menciona el monte Pelión, el río Penio que nace en aquél y la ciudad de Larisa, en medio de una rica comarca, cuyos habitantes vivían en perpetuo desasosiego, por la falta de defensas donde guarecerse ante un ataque.– Para solucionarlo el emperador fortifica Larisa y Cesarea, otra ciudad de la comarca.– No muy lejos del lugar se levantan unos montes altísimos donde combatieron los Centauros y los Lápitas.– Centaurópolis se llama el lugar, y también lo fortificó el emperador.– Se describe, a continuación, la isla de Eubea, la ciudad de Calcis y el estrecho de Euripo.– Fortificó el acceso a la isla, por ofrecer peligro desde siempre, reforzando las defensas de la ciudad de Palene .– Construyó una fortaleza en la desembocadura del río Requio, para defender la comarca de Tesalónica.– Se inicia el cap. IV con las fortalezas construidas o restauradas en el nuevo y antiguo Epiro.– A continuación, las edificaciones de Macedonia, Tesalia y Dardania.– Y en otras ciudades y regiones.– Se concluye el cap. V con el amurallamiento de todo el interior de Iliria y se pasa a describir la fortificación de la orilla del río Istro y la circunstancia de que anteriores emperadores habían fortificado también

con pequeños fortines la margen izquierda del Danubio para que la región no se despoblara.– Menciónase la invasión de Atila en la región, en tiempos pasados.– Todo lo que se había derruido lo reconstruyó el emperador Justiniano.– Seguimiento del recorrido del Danubio.– Reedificación de la ciudad de Viminacio.– A partir de esta ciudad (Cap.VI), se mencionan varias fortalezas que reconstruyó, en su mayoría, el emperador en ambas márgenes del río; algunas de la época del emperador Trajano.– De este emperador fue obra la construcción de la plaza de Pontes, de la que da el autor una amplia explicación histórica.– Continúa con la mención de varias fortalezas que reconstruyó.– Fortificó también poblaciones que se hallaban alejadas de la orilla del río.– Sigue la fortificación de la región de Iliria.– Da comienzo el cap. VII con la descripción de las obras que el emperador llevó a cabo en la costa de Tracia.– Reconstruyó varias fortalezas y fundó la ciudad de Teodorópolis, en honor de la emperatriz Teodora.– Reconstrucción de la fortaleza de Dafne, fundada por Constantino.– Se encamina, a continuación, el autor a la descripción de las construcciones llevadas a cabo en Escitia, la mayoría de ellas, reconstrucciones.– Se inicia el cap. VIII con la descripción de las ciudades de Tracia, en especial de Bizancio.– En concreto, describe los alrededores de Bizancio, empezando por la pavimentación del camino que lleva hasta el lugar llamado Regio.– Se menciona también la existencia de una laguna contigua al mar.– La ciudad de Atira, próxima a Regio, fue también reconstruida y dotada de un aljibe, para aprovisionarse de agua en la época de escasez.– Fortificó sólidamente la plaza de Episcopia.– Descripción (cap.IX) de los muros largos de Bizancio para proteger a las poblaciones ribereñas, en la época del emperador Anastasio.– Justiniano reconstruyó las partes dañadas e ideó un sistema ingenioso de fortificación.– Reconstruyó, igualmente, la ciudad de Heraclea y la dotó de suministro de agua.– Fortificó también, en la ruta del Helesponto, la ciudad de Redesto.– El cap. X comprende las obras de fortificación en el Quersoneso.– Dentro del mismo plan de seguridad, fortificó las ciudades de Afrodisias y Cíberis, al igual que Calípolis.– Se inicia el cap. XI con la reconstrucción de la ciudad de Eno, cuyo fundador fue el legendario Eneas.– Cercó la costa de Anastasiópolis, para protegerla por mar.– Fortificó también la ciudad de Tópero para librarla de las incursiones de los bárbaros esclavenos.– Aseguró también, en el resto de Tracia, ciudades tales como Filipópolis y Adrianópolis.– Finaliza el cap. y el libro con la enumeración de una larga lista de fortalezas.

Comienza el libro V, cap. I, con la enumeración de las construcciones que quedaban pendientes en Asia, llevadas a cabo desde la frontera persa hasta la ciudad de Palmira.– Reconstruyó, cerca de Éfeso, un templo dedicado al apóstol Juan.– En Ténedo edificó un enorme silo para depositar los cereales que se traían de Egipto, a fin de almacenarlos cuando, en el Helesponto, soplaran vientos contrarios y transportarlos, después, a Bizancio cuando los vientos fueran favorables.– Da comienzo el cap. II con la mención de la ciudad de Helena (nombre que le dio el emperador Constantino, en memoria de su madre, cuando la fundó) y su escasez de agua, que remedió Justiniano y, además, le construyó unos baños para deleite de la población.– También solucionó la problemática que presentaba el río Dragón.– Restauró (cap. III) el acueducto de la ciudad de Nicea, en Bitinia, y edificó en ella iglesias y monasterios.– Igualmente, construyó en esta población un puente sobre un torrente que causaba problemas.– Sobre el río Ságaris, el emperador Justiniano construyó un puente que sustituyó a uno anterior de barcas.– También, en Bitinia, empedró un camino que en invierno se convertía en un lodazal.– En la misma región, construyó también unos baños termales en el lugar llamado Pitia.– Canalizó el río Síberis (cap. IV), a diez millas de la ciudad de Juliópolis, para que dejara de causar daño en la región, en sus crecidas.– Cercó de un modo racional la ciudad de Cesarea en Capadocia, sustituyendo

sus anteriores defensas un tanto ineficaces.– Tambien en Capadocia reconstruyó la fortaleza de Moceso.– Siguió (cap. V) restaurando fortalezas en la zona y acondicionando el curso de los ríos con la construcción de puentes.– Solucionó, sobre todo, los problemas que había causado el río Cidno que discurría por el centro de la ciudad de Tarso.– Se menciona (cap. VI) la construcción de un templo en honor de la Madre de Dios en Jerusalén, que los naturales llaman la Iglesia Nueva.– Se dan detalles de la topografía de la ciudad y de la construcción del templo.– En el cap. VII, se plantea la problemática que suscitó el templo de Garizin, cerca de la ciudad palestina de Neápolis, porque a su cumbre solían acudir a orar los samaritanos.– Se plantea en, el cap. VIII, la historia del monte Sina cerca del Mar Rojo y la problemática de los monjes que allí viven.– Se relacionan, en el cap. IX, los monasterios que construyó el emperador en Jerusalén, Fenicia y Damasco, Panfilia, Chipre, etc..

Se inicia el libro VI, cap. I, con el acondicionamiento, para hacerlo navegable, del canal que lleva el agua del Nilo desde Quereo a Alejandría.– Consideraciones geográficas sobre Libia, para después pasar a las edificaciones que se llevaron a cabo en ese territorio.– Descripción de la Pentápolis y las obras que se llevaron a cabo en sus ciudades.– Construyó (cap. II) dos grandes fortalezas, Paratonio y Antipirgo, para defender el territorio desértico de Libia.– Edificó también dos monasterios en la parte más extrema de la Pentápolis.– Restauró la ciudad de Ptolomais y la aprovisionó de agua mediante la construcción de un acueducto.– Las poblaciones de Augila, todavía, practicaban el paganismo; el emperador convirtió a sus moradores a la fe de Cristo.– También convirtió a los habitantes de la ciudad de Borion.– Da comienzo el cap. III con la descripción geográfica de las Grandes Sirtes y las dificultades de navegación que tienen las naves cuando surcan sus aguas.– Se menciona Trípoli y los llamados moros (o mauritanos) *pacatos* del entorno.– En el cap. IV, se refiere la reconstrucción de la famosa ciudad de Leptis Magna y también la edificación en ella de templos cristianos.– Reconstruyó, igualmente, el que fuera palacio del emperador Septimio Severo.– Se describe el fenómeno del mar que cada día tiene lugar en las Pequeñas Sirtes.– Sigue (cap. V) la restauración del resto de Libia, en especial de Cartago, tras el triunfo sobre los vándalos.– Dentro de Libia (cap. VI) también, reconstruyó la plaza de Adramito.– Afloramiento de agua en Caputvada, y transformación de la aldea rural en una gran ciudad.– Fortificó (cap. VII) también la región de Numidia.– Descripción, también en Numidia, del monte Aurasio que reúne unas condiciones óptimas para la agricultura.– El emperador Justiniano amuralló todas las plazas situadas en los aledaños del monte.– Llevó a cabo también fortificaciones en la isla de Cerdeña, en Cadira (al otro lado de las columnas de Hércules), donde levantó también un templo a la Madre de Dios.– Concluye la obra con el reconocimiento de que se ha dejado muchos edificios por mencionar[27].

D) Texto y Ediciones

El texto de *Los edificios* lo fijó J. HAURY, basándose en los siguientes códices: Vaticanus 1065 (siglo XIII), Ambrosianus 75 (A 182 sup.), siglo XIV, Laurentianus, 70, 5 (s. XV), Pa-

27 Un pormenorizado análisis del contenido de la cbra, con apoyatura bibliográfica, lo ofrece el citado art. «Prokopios» en PAULY-WISSOWA, XXIII, 1, cols. 575-587. Un sucinto resumen, en latín, del contenido de la obra, perteneciente a la edición de Claude Maltret, lo ofrece J. HAURY, en el vol. IV, de su edición de las Obras Completas de Procopio, Procopii Caesariensis, Opera Omnia, Leipzig, 1964 (edic. corregida por G. WIRTH; la primera edición data de 1905).

risinus, 1941 (s. XV), y otros que presenta en los prolegómenos de la edición de las obras de Procopio de Cesarea, en el 4º volumen.[28]

En cuanto a las ediciones, la *editio princeps,* incompleta, con muchas lagunas, data de 1531, en Basilea, y se debe a Beatus Rhenanus; se reeditó en París en 1543. Un texto más completo aparece en la edición de David Hoeschel, Augsburgo, 1603, y en la de Claude Maltret, París, 1663, reimpresa en Venecia, en 1779. Siguiendo esta edición de Claude Maltret, G. Dindorf, tras laboriosa investigación, publicó una nueva edición de *Los edificios,* en Bonn, en 1838. A su vez, basándose en esta edición y tras veinte años de esfuerzo investigador, J. Haury publicó el texto depurado de *Los edificios* en el cuarto volumen de las obras completas de Procopio, siendo, hasta la fecha, la edición en la que se han basado todas las traducciones en lenguas modernas de las obras de Procopio de Cesarea.

E) Traducciones

La primera traducción, en latín, de *Los edificios* se debe a A. Vesalio, en Basilea, 1576. C. Maltret también lo tradujo al latín, en la mencionada edición de sus obras completas, (París, 1662/63; Venecia, 1729). En francés, lo publicó Fumée Sieur de Genillé, en París, en 1587. En ruso, hay una traducción de *Los edificios* en S.P., Kondrat' ev Vestnit drevnej istorii, Moscú, 1939. En inglés, hay una traducción debida a A. Stewart, Palestine Pilgrims Text Society No. 3, Londres, 1888; más reciente es la traducción de las tres obras de Procopio, acompañada del texto griego, con introducción, notas, apéndice e índices, realizada por H. B. Dewing, con la colaboración de G. Downey, en Londres, 1940 (reimpresa varias veces). *Los edificios,* se encuentra en el volumen VII; la traducción es cuidada y las notas y comentarios son muy útiles. Otra traducción, en inglés, más próxima, en el tiempo, de las tres obras de Procopio es la de Alan Cameron, *Procopius. History of de Wars, Secret History, and Buildings,* Nueva York, 1967. En español, debe ser la presente la única existente. Se ha pretendido que sea comprensible para cualquier lector. Siempre se ha respetado el texto y si, en ocasiones, resulta monótona es porque aquél lo es. Las dificultades del texto griego (aunque éste no se ofrezca), la ambigüedad de ciertos pasajes o expresiones y la aclaración de ciertos términos se explican en notas al pie de página.

IV. BIBLIOGRAFÍA

Se ofrece una bibliografía sucinta (en parte, ya mencionada en notas a pie de página) de carácter general y específico sobre el tema, con la que se pueden satisfacer las necesidades del lector medio que esté interesado por el período histórico que comprende el reinado del emperador Justiniano y el escritor Procopio de Cesarea.

Obras de carácter general

BARKER, J. W., *Justinian and the Later Roman Empire,* Milwakee-Londres 1966.
BAYNES, N. H., *The Byzantine Empire,* Oxford 1949.
BONINI, R., *Introducción al estudio de la edad justinianea* (traducción del italiano de F. J. Álvarez de Cienfuegos). Instituto de Historia del Derecho. Universidad de Granada, Granada 1979.

28 Cf. n. anterior.

BURY, J. B., *A History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius to the Death of Justinian (A.D. 395-565)* 2 vols., Nueva York, 1958 (la primera edición data de 1889, en Londres).
DIEHL, C., *Histoire de l'Empire Byzantin,* Paris 1924.
HAUSSIG, H. W., *Kulturgeschichte von Byzanz,* 2ª edic. Sttugart 1966.
IMPELLIZERI, S, *La letteratura bizantina. Da Constantino a Fozio*, 2ª edic., Florencia-Milán 1975 (págs. 218-233, para un estudio de las fuentes historiográficas del reinado de Justiniano, incluido Procopio).
— *La letteratura da Costantino a gli iconoclasti,* Bari 1965.
JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602. A Social Economic and Administrative Survey,* 2 vols., Oxford 1973.
OSTROGORSKY, G, *Geschichte des Byzantinischen Staates,* 3ª edic., Munich 1965.
STEIN, E., *Histoire du Bas-Empire, vol. II: De la disparition de l'empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565),* Paris, Bruxelas y Amsterdam (edic. francesa de J.R. Palanque) 1949.
VASILIEV, A., *Historia del Imperio bizantino I. De Constantino a las Cruzadas (324-1081).* Traduc. de la edic. inglesa de 1928-29, Editorial Iberia, Barcelona 1946 (numerosas reimpresiones).
WRIGHT, F. A.. *A History of Later Greek Literature from the Death of Alexander in 323 B. C. to the Death of Justinian in 565 A. D.,* Londres 1932.
ZAKYTHINOS, D. A. *Byzantinische Geschichte 324-1071,* Viena 1979.

Obras de carácter específico sobre Justiniano y Procopio

[Como siempre ocurre, para cualquier investigación en el ámbito de la antigüedad clásica (aunque en el caso presente se trate de un período histórico perteneciente al siglo VI d.C.), debe consultarse el artículo «Prokopios von Kaisareia» en la *Realencyclopädie der klassichen Altertumwissenschaft,* de PAULY-WISSOWA, vol. XXI,1, cols. 273-599; el estudio de *Los edificios* comprende las cols. 572-589. El artículo ha sido publicado como libro por su autor, Bertold Rubin: *Prokopios von Kaisareia,* Stugart 1954].

CAMERON, Alan and Averil, «Christianity and Tradition in the Historiography of de Late Empire», *Classical Quartely* n. s. 11, 1964, pags. 316 y sigs.
CAMERON, Averil, *Procopius and the sixth century, Classical Life and Letters,* Duckworth 1986.
— «The Skepticism of Procopius » , *History* 15, 1966, págs. 464-82.
CAPIZZI, C. *Giustiniano tra politica e religione*, Mesina 1994.
DOWNEY, G., «Paganism and Christianity in Procopius», *Church History,* XVIII 1949. págs. 89-102.
EFERINK, M. A., «TYXH et Dieu chez Procope de Césarée», *Acta Classica* X 1967, págs. 111-134.
EVANS, J. A. S., «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea». *Greek, Roman and Byzantine Studies,* XII . Durham, N.C. Duke University, 1971, págs. 81-100.
— «Justinian and the historian Procopius». *Greece and Rome,* XVII, Oxford 1970, págs. 218-223.
— « Procopius of Caesarea and the Emperor Justinian», *Canadian Hist. Assoc. Report of annual Meet,* Otawwa 1968, págs. 126-139.

— *Procopius,* Nueva York 1972.
— *The Age of Justinian. The Circunstances of Imperial Power*, Londres 1996.
— «The dates of Procopius' works: a recapitulation of the evidence». *Greek, Roman and Byzantine Studies*, XXXVII 1996, págs. 301-313.
«The Nika rebellion and the empress Theodora». *Byzantion* LIV 1984, págs. 380-382.
GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Rafael, *Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano*. Universidad de Murcia. Murcia 1997 (abundante bibliografía).
HAURY, J., «Prokop und der Kaiser Justinian» *Byzantinische Zeitschrift*. XXXVII, 1937, págs. 1-9.
PERCY NEVILLEURE, *Justiniano y su época*, trad. de Pablo Sela, Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid 1963
RUBIN, B., *Das Zeitalter Justinians I.* Walter de Gruyter, Berlín 1960.

Otras referencias bibliográficas sobre aspectos muy concretos (culturales, gegráficos, administrativos, etc.) se hacen a pie de página, en su momento oportuno, al comentar el texto.

Por otra parte, si se desea estudiar la lengua de Procopio (que, ciertamente, es artificial y literaria) y, en concreto, el tratamiento que le da a los términos latinos en lengua griega, pueden consultarse estos dos trabajos (aparte de la col. 310 y sigs. del art. «Prokopios von Kaisareia» en PAULY-WISSOWA, donde se analiza el léxico de Procopio con el comentario del *Index Graecitatis* de Haury): FREIXAS, A, «El lenguaje de Procopio», *Anales de Historia Antigua y Medieval,* Buenos Aires 1949, págs. 125-250, y HUGH J. MASON, *Greek terms for roman institutions,* Toronto 1974.

El *Index Graecitatis*, que acabamos de mencionar, supone también un valiosísimo caudal sobre la lengua de Procopio. Figura al final de la edición de sus obras, debida a J. HAURY (v. *supra,* n. 27), y suple carencias que se echaban de menos en léxicos anteriores, sobre todo en el *Lexicon Suppletorium* de Herwerden.

La citada traducción de G. DEWING, en su págs. 399-400 (vid. *supra* E) Traducciones), recoge una lista de términos griegos que corresponden a nombres latinos. Y, a su vez, cita un artículo sobre el tema de E. SCHWYZER, «Die sprachlichen Interessen Prokops von Cäsarea». *Festgabe Hugo Blümner,* Zurich 1914, págs. 303-327.

Finalmente, todavía es útil, para una localización de determinados lugares de la península de Anatolia, la obra de W. M. RAMSAY, *The historical Geography of Asia Minor*, Amsterdam 1962. La dominación turca, con el subsiguiente cambio de la toponimia, y la carencia de tratados geográficos de época bizantina, que ilustren al respecto, hacen difícil la localización de algunos lugares del Imperio bizantino. No obstante, en la obra de J. BECKWITH, en versión española, *Arte Paleocristiano y Bizantino*, Madrid, 1997, pág. 115 y sigs. se precisa el destino final de algunas de las iglesias, hospitales y palacios que describe Procopio en *Los edificios*.

Por último, como complemento bibliográfico, importante y necesario, se debe citar un repertorio más reciente, y quizás más completo, por el análisis y valoración de las obras que en él se incluyen, llevado a cabo por los profesores A. BRAVO GARCÍA, J. SIGNES CODOÑER y E. RUBIO GÓMEZ que lleva por título *El Imperio Bizantino. Historia y Civilización. Coordenadas Bibliográficas*. Edic. Clásicas, Madrid 1997.

LIBRO I

I. No es por un deseo de realizar una demostración de destreza, ni por la confianza que tengo en el poder persuasivo de mis palabras, ni tampoco por la arrogancia sustentada en el conocimiento de los lugares, por lo que me he aplicado a la redacción de la presente historia; porque no tenía motivo alguno por el que pudiera conducirme a expresarme libremente. Sin embargo, muchas veces me ha surgido la reflexión de la cantidad y tamaño de los beneficios que la historia suele originar para las ciudades, al proporcionar a las generaciones futuras el recuerdo de los hechos acaecidos en el pasado, porque, por un lado, se opone al tiempo que pugna por ocultar los acontecimientos y, por otro, ensalza con alabanzas el mérito de los que habitualmente la leen, pero también ataca constantemente la maldad y rechaza así su influjo. Por tanto, tan sólo debemos preocuparnos de lo siguiente: de que los hechos acaecidos sean de una transparencia evidente y por quién, de entre todo el mundo, fueron realizados. Y esto, creo yo, ni siquiera es imposible para una lengua que tartamudee y balbucee. Pero aparte de esto, la historia muestra que los súbditos que han gozado de una buena situación han adoptado una actitud de agradecimiento para con sus bienhechores[1], y que les han correspondido con creces en sus manifestaciones de agradecimiento, dado que aquéllos, si llega el caso, por el hecho de que disfrutaron en su momento del beneficio de sus gobernantes, les conservan, por otra parte, su virtud imperecedera para recuerdo de generaciones futuras. En efecto, también por esa razón muchos descendientes se afanan por la virtud tratando de emular los honores de sus antepasados y, encontrándose a disgusto ante las calumnias, rehusan, como es natural, las ocupaciones más viles. Pero al punto mostraré por qué motivo he hecho este preámbulo.

---

1 El propio Procopio se sentía, sin duda, agradecido con el emperador, entre otras razones, por haber sido distinguido con el nombramiento de *illustris* (v. INTROD. pág. 10), lo que implicaba ciertamente el poder alcanzar los más altos rangos en el orden senatorial, aparte de importantes privilegios fiscales y jurisdicionales. Véase, respecto a esta distinción, A. H. M. JONES, *The later Roman Empire, 284-602,* (en dos vols., con numeración correlativa; en lo sucesivo, citado JONES) vol. I, pág. 529.

En nuestra época ha surgido el emperador Justiniano, que haciéndose cargo de un estado convulsionado por el desorden, lo ha hecho mucho mayor en su extensión[2] y mucho más famoso, expulsando de él a los bárbaros que desde antiguo lo acosaban, tal como ha quedado expuesto por mí, de un modo minucioso, en mi **Historia de las guerras**. En verdad dicen que Temístocles, el hijo de Neocles, en una ocasión se jactó de que no se encontraba incapacitado para hacer grande una ciudad pequeña. Éste, en cambio, no carece de preparación para agenciarse otros estados. Efectivamente, anexionó de inmediato al Imperio Romano muchos estados que, en su tiempo, habían pertenecido a otros, y dejó fundadas innumerables ciudades que antes no existían. Y encontrando que la creencia en Dios se hallaba anteriormente equivocada y obligada a orientarse en muchas direcciones, quebrantó todas las tendencias erróneas y logró que se erigiera sobre un único cimiento en la solidez de la fe[3]. Además de ello, habiendo estimado que las leyes eran obscuras por haber alcanzado un número excesivo, por encima de lo debido, y que manifiestamente se encontraban en desorden por aplicarse, en discrepancia unas contra otras, las limpió de la cantidad de argucias que contenían, superó sus contradicciones internas y las aseguró con firmeza[4]. Y a los que conspiraban contra él les quitó, por su propia intervención, los motivos para ello; a los necesitados de medios de vida los dejó saciados de recursos y, anulando el hado adverso que los oprimía, los asoció a un estado para llevar una existencia feliz. Mas también fortaleció el Imperio Romano, expuesto a los bárbaros desde todas partes, con abundancia de tropas y fortificó todos sus confines extremos con la construcción de fortalezas[5].

---

2 Por la recuperación del norte de África, Italia y parte de España, como partes del antiguo Imperio romano. La construcción y reconstrucción de fortalezas, que protejan el territorio y fronteras del Imperio, la edificación de nuevas ciudades (como se menciona más adelante) y la recuperación de los territorios que pertenecieron al antiguo Imperio romano constituyen la esencia de la política exterior de Justiniano. «El restablecimiento del antiguo Imperio romano, la *Reconquista* (*sic*, en español), y la unidad del mundo romano, como poder universal, constituyen los componentes fundamentales de la teoría y praxis política del emperador». Así se expresa D. A. ZAKYTHINOS en su obra *Byzantinische Geschichte 324-1071* (en lo sucesivo, citado ZAKYTHINOS), Viena-Colonia-Graz 1979, pág. 37.

3 La defensa de la fe y el establecimiento de la ortodoxia cristiana, como creencia única, constituyen el eje de su política religiosa, como ya hemos apuntado anteriormente (v. INTRODUCCIÓN, pág. 14). Para ello, promulgó decretos contra herejes y paganos. El hecho lo comenta, entre otros, A. A. VASILIEV (*supra,* págs.188-192 de su ya cit. obra, en n. 10, INTROD. pág. 11; en lo sucesivo, citado VASILIEV), JONES, I, pág. 296 y R. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (*supra,* pág. 60 y sigs. de su ya cit. obra, en n. 25, INTROD. pág. 14; en lo sucesivo, cit. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ).

4 Se está refiriendo aquí Procopio a la recopilación legal que llevó a cabo Justiniano. En un corto espacio de tiempo, bajo la dirección del jurista Triboniano y de Teófilo, profesor de Leyes en Constantinopla, salió a la luz, en el año 529 (el emperador subió al trono en el 527) el llamado *Codex Iustinianus,* en diez libros, que recogía los distintos *codices* romanos, desde Adriano. Posteriormente, en el año 530, fue encargado también Triboniano de eliminar las leyes obsoletas antiguas y las «contradicciones internas» (a las que alude Procopio). El nuevo código depurado vio la luz en el año 533, siendo conocido por las *Digesta o Pandectae.* La misma comisión (a la que se sumó Doroteo, profesor en Beirut) fue encargada por Justiniano de resumir, en un manual práctico, sobre todo para los jóvenes, el contenido del *Codex* y las *Pandectae*. En consecuencia, el mismo año 533, se publicaban las *Institutiones o Institutae.* Por último, el *Codex* se volvió a depurar en una segunda edición, en el año 534, ampliada en doce libros, y es el *Codex* que recibió Occidente, ya que la primera edición no ha llegado hasta nosotros. El resto de leyes, promulgadas después del año 534, las conocemos con el nombre de *Novelas* (*Novellae leges,* aunque la mayoría de éstas se escribieron en griego). Por último, toda esta legislación, promulgada en el reinado de Justiniano, se conoce en Europa, desde el siglo XII, como *Corpus iuris civilis.* Para una documentación más amplia, consúltese: VASILIEV, págs. 178-186, ZAKYTHINOS, págs. 43-44, OSTROGOSKY, pág. 51, JONES, págs. 278-279 y, sobre todo, GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, págs. 31-50.

5 Con la construcción de fortalezas se completaban los objetivos de la política de Justiniano, una vez enumerados ya la restauración del Imperio, la unidad de la fe, la recopilación legal y la construcción de nuevas ciudades.

Sin embargo, de otros temas muchos aspectos han quedado descritos por mí en otros libros, pero en el presente se describirán las beneficiosas obras que el emperador ha llevado a cabo como constructor. Dicen que el mejor rey, de los que conocemos por tradición, fue Ciro el Persa, y el responsable más directo de la monarquía para los de su estirpe. Pero si aquel Ciro fue, en cierto modo, tal como el que recibió la educación de Jenofonte el Ateniense, yo no puedo saberlo. Porque quizá también, sin duda, la destreza del que describió aquellos acontecimientos, merced a la ingeniosa convicción de su relato, tuvo el influjo suficiente para que se originara un ornato de los hechos. Pero si examinara con atención el reinado de nuestro soberano Justiniano (a quien, por supuesto, se le podría decir con razón, creo, rey por naturaleza, al dirigirse a él, puesto que es, como dice Homero, «bondadoso como un padre»[6]) se creerá que el gobierno de Ciro es una especie de juego de niños. Tal hecho lo atestiguará el Imperio que, como he mencionado hace un poco, se ha más que duplicado en territorio y en otros recursos gracias a él; en cambio, los que tramaron un complot con la intención de darle muerte, no ya conservan su vida hasta el momento presente y conservan sus propiedades, aunque se haya puesto de manifiesto su culpabilidad, sino que desempeñan sus cargos de generales de los romanos y ejercen funciones en su calidad de adscritos a la dignidad de cónsules[7].

Pero con todo ello, como dije, debemos encaminarnos a los edificios de este monarca para que, a las generaciones futuras que los contemplen, no les quepa duda, por su cantidad y magnitud, de que se trata realmente de las obras de un solo hombre. Porque muchas empresas también de antepasados que no han sido confirmadas provocan el descrédito en los escritos que superan sus merecimientos. Y probablemente los edificios de Bizancio, frente a todos, pueden representar para mi argumentación un sólido fundamento. Porque «al comienzo de una obra», según el dicho antiguo, «hay que situar una fachada que brille lejos».[8]

El común de los hombres, y el vulgo en general, se levantó en Bizancio contra el emperador Justiniano y llevó a cabo la revuelta llamada de Nica[9], que ha sido descrita por mí con toda

---

6 *Odisea* II 47 y XV 152. La idea de que un buen gobernante debe tratar a sus súbditos «como un padre trataría a sus hijos» aparece en *Novelas*, 8 (16), 10, edic. de von LINGENTHAL, t. I, pág. 104.

7 Hace alusión Procopio al perdón, restitución de bienes y cargos de los senadores participantes en la revuelta Nica, que se habían exiliado, y sus propiedades les habían sido confiscadas, y, posteriormente, regresaron con la subsiguiente devolución de propiedades y dignidades. Pero los cabecillas responsables, los sobrinos del emperador Anastasio, Hipatio (proclamado emperador por los sediciosos) y Pompeyo fueron detenidos y ejecutados. A sus hijos, en cambio, también se le restituyeron dignidades y propiedades, como a los demás conjurados. Véase JONES, I, pág. 272.

8 Píndaro, *Ol.* VI 4.

9 Porque los sediciosos se levantaron al grito de «Nika» (victoria). La revuelta, que se originó en el hipódromo, la describe Procopio con todo detalle en su *Historia de las guerras*, I, XXIV. Existían en Constantinopla dos facciones rivales, los Verdes y los Azules, que animaban las carreras de carros en el hipódromo, y en torno a los aurigas se agrupaban estas facciones, pues sufragaban los gastos de estas competiciones. Podrían entenderse éstas como lo que hoy conocemos como partidos políticos, pues en su seno, cuando se reunían por el barrio del hipódromo, se discutía de religión, política, etc. En el orden religioso, los Verdes eran monofisitas, y habían sido protegidos por el emperador Anastasio, mientras que los Azules eran ortodoxos y habían recibido el apoyo de los emperadores Justino y Justiniano. La realidad es que estas facciones, dejando a un lado sus diferencias, se unieron, en enero del año 532, irritados por la dureza del prefecto de la ciudad, Eudemon, por la crueldad del pretor Juan de Capadocia, nombrado el año anterior, y por la arbitrariedad, a su juicio, de Triboniano, el famoso jurista, que desempeñaba el cargo de cuestor desde el año 529. La revuelta fue sofocada por los generales Belisario, que acababa de regresar de la campaña contra los persas, y Mundo, que había regresado también de Iliria, de donde era comandante en jefe (*magister militum per Illyricum).* Se dice que perecieron treinta mil ciudadanos. Para una documentación más amplia, consúltese, entre otros, a VASILIEV, págs. 194-198 y ZAKYTHINOS, págs. 43. Véase también, *supra*, n. 7. En cuanto a la actuación de la emperatriz Teodora en este suceso, v. J. A. S. EVANS «The Nika rebellion and the empress Theodora» *Byzantion* LIV 1984, págs. 380-382. En su opinión, Procopio transforma los acontecimientos en un relato dramático, en el que Teodora aparece como una heroína.

exactitud y claridad en mi **Historia de las guerras**. Pero poniendo de manifiesto que habían levantado sus armas como unos malditos no sólo contra el emperador, sino nada menos que contra Dios, se atrevieron a incendiar la iglesia de los cristianos (las gentes de Bizancio llaman al templo Sofía[10], denominación que han ideado de un modo muy apropiado para Dios), y la Divinidad les permite llevar a cabo su impiedad, previendo a qué grado de belleza iba a ser transformado este templo. Pues bien, la iglesia quedó entonces, en su totalidad, reducida a carbón; pero el emperador Justiniano, no mucho después, la ha diseñado de tal forma, que, si algún cristiano hubiera preguntado con anterioridad [al incendio] si la iglesia sucumbía con su beneplácito y surgía una como la presente, mostrando la configuración de la actual edificación, me parece, muy sintéticamente, que habría rezado por contemplar la iglesia en el estado en que quedó, para que el edificio se hubiera transformado en la presente estructura. Pues bien, el emperador sin pararse a pensar en todos los gastos, se aplicó con denuedo a su construcción y congregó a toda clase de artesanos de cualquier parte de la tierra. Antemio de Tralles, persona muy estimada en la llamada técnica de la construcción, no ya entre todos sus contemporáneos, sino incluso más que los que le precedieron, cooperó al entusiasmo del emperador dirigiendo las tareas a los artesanos y preparando de antemano los diseños de las futuras construcciones, y con él se hallaba también otro constructor, de nombre Isidoro, oriundo de Mileto, sensato y especialmente capacitado para ayudar al emperador Justiniano. Pero, por lo demás, también era ello una cuestión del honor de Dios respecto al emperador, por haber proporcionado los que le serían más útiles para las realizaciones futuras. Y probablemente cualquiera puede admirarse de la intención del propio emperador por el hecho de que realmente pudo seleccionar[11], de entre todo el mundo, a los más adecuados para lo más valioso de sus tareas.

Por consiguiente, la iglesia se ha convertido en un espectáculo lleno de belleza, sobrenatural para los que la contemplan e increíble del todo para los que la conocen de oídas. Porque se alza sobremanera hacia las celestes alturas, y como si estuviera fondeada entre las demás edificaciones, se balancea y se sitúa por encima del resto de la ciudad, embelleciéndola, porque es una parte de ella y, por otra parte, ufanándose de ello, porque perteneciendo a la ciudad y superándola surge de tal modo que, desde ella, se divisa la ciudad como si desde una atalaya se tratara. Su anchura y longitud se han ajustado tan cuidadosamente, que no se puede decir , por incurrir en una inconveniencia, que sea de un largo exagerado y exactamente igual de su ancho; y por su indescriptible belleza, se ennoblece. Por su mole y la armonía de sus proporciones, manifiesta su gracia porque, en modo alguno, contiene excesos ni carencias, ya que es más pretenciosa de lo que habitualmente es un edificio y bastante más digna de lo que corresponde a una edificación enorme, y de un modo extraordinario rebosa luz y resplandores solares. Se podría decir que su interior no está iluminado por la luz solar de fuera, sino que en ella es connatural la iluminación; tan grande es la abundancia de luz que se esparce por este templo. Y en cuanto a su fachada (sería la parte que da a levante, donde por supuesto se celebran los misterios en honor de Dios)

---

10 «Sabiduría», obviamente.

11 En la *Historia secreta* (XXI 7-25) ofrece Procopio otra causa de selección. En efecto, al menos en ese pasaje, se habla de intrigas en torno a la asignación de cargos e incluso se insinúa que el emperador buscaba a hombres sin escrúpulos para ocupar los cargos públicos, porque las personas decentes no los habrían aceptado. No obstante, AVERIL CAMERON (pág. 30 de su ya citada obra, *Procopius and the sixth century,* en n. 4 , INTROD., pág. 9; en lo sucesivo, se citará AV. CAMERON) asegura que esta inspiración divina, aparte de apreciarse en la selección de las personas, también se da en un pasaje de *Las guerras* (II, X 1), cuando se describe el saqueo de Antioquía por Cosroes, en el año 540. Esta autora estima, además, *Ibidem,* pág. 113, que la providencia divina se evidencia en las tres obras de Procopio.

se ha construido de la siguiente manera: una estructura de fábrica se levanta desde el suelo, pero no se ha trazado a cordel, sino que sobresale ligeramente por los flancos y se retranquea por el centro, adaptando una configuración semicircular que los expertos en la materia denominan semicilíndrica; y se eleva escarpadamente a lo alto. Y la parte más elevada de esta edificación se resuelve en una estructura cuatripartita esférica y sobre ella otra estructura en forma de media luna la enlaza con las partes adyacentes de la edificación, admirable por su ornato, pero temible del todo por la frágil apariencia de su composición. Porque da la impresión, en cierto modo, de que no se eleva en el aire sobre una base firme, sino de que se alza peligrosamente para los que se encuentran abajo. Sin embargo, ocurre lo contrario, se sustenta en una sólida firmeza. En cada una de estas partes se encuentran columnas sobre la cimentación, pero no se hallan situadas en línea recta, sino hacia dentro, en una disposición semicircular, como si cedieran entre sí en un baile, y por encima de ellas pende la estructura en forma de media luna. Y en la parte opuesta a levante se ha trazado un muro que contiene los accesos, y a cada uno de los lados de aquél se alzan en semicírculo columnas y, por encima de ellas, una estructura similar a la que se ha descrito. Y en el centro del templo se levantan cuatro resaltes[12], de factura manual, que llaman contrafuertes[13], dos al norte y dos al sur, opuestos e iguales entre sí y, en medio de ellos, cada uno de estos dos contiene precisamente cuatro columnas. Los resaltes[14] se componen, en su elaboración, de piedras de gran tamaño, que han sido seleccionadas expresamente y encajadas diestramente unas con otras por los canteros, y se elevan a una gran altura. Al verlos, se podría suponer que se trata de unos picachos puntiagudos. De éstos salen cuatro cúpulas[15] en cuadrilátero, y sus extremos confluyen a dos entre sí y se apoyan en la cúspide de aquellos resaltes; el resto de la construcción se levanta y eleva hasta una altura infinita. Dos de las cúpulas se alzan al vacío del aire, en concreto, al sol naciente y al poniente; las dos restantes tienen por debajo cierta estructura y unas columnas un tanto pequeñas. Pero por encima de aquéllas, se levanta una estructura circular de forma cilíndrica. Por ello, siempre la luz del día esboza su sonrisa, lo primero. Pues, creo, se destaca por encima de toda la tierra, y la estructura se interrumpe a cortos intervalos, permitiendo adrede que los espacios abiertos, en la medida de lo posible, donde justamente se produce la perforación de la estructura, sean conductos de luz de un modo suficiente. Pero dado que la conexión de las cúpulas se ha efectuado en forma de tetrágono, la obra intermedia se ha resuelto en cuatro triángulos y cada sustentación de los triángulos, presionada por la sujeción de las cúpulas entre sí, forma en su parte baja un ángulo agudo, pero el resto ascendiendo y ensanchándose en su parte intermedia termina en una estructura circular que sustenta y forma los restantes ángulos en ese punto. Pero sobre esta estructura circular se eleva una enorme bóveda esférica que la hace especialmente bella. Sin embargo, no parece que se levante sobre una sólida estructura, sino que, suspendida del cielo, cubra el espacio con su

12 λόφοι, en griego. «Resaltes» o «realces», que sirven de sólidos soportes. El término, según Heródoto (I 171) es de origen cario.

13 πεσσοί, en griego. Explica el término anterior, al aclarar que se trata de contrafuertes, de una especie de diques de piedra de sustentación, como se expresa a continuación.

14 Viene en el texto λόφοι, y no πεσσοί, con lo que el autor nos da a entender que se trata de lo mismo.

15 ἀψῖδες, en griego. Puede significar también «bóvedas» y «arcadas».

áurea esfera. Todos estos elementos[16] ajustados entre sí en medio del aire, en contra de lo que podía esperarse, flotando en mutua dependencia y enlazados exclusivamente por las partes que se encuentran más próximas, producen una única y muy estimable armonía de la obra, pero a los espectadores no les permiten recrearse en alguno de ellos por mucho tiempo en su contemplación, sino que cada elemento atrae al ojo y lo dirige con suma facilidad hacia sí. El cambio repentino de la visión se produce constantemente, porque el espectador en modo alguno puede seleccionar aquel elemento que podría admirar más que todos los demás. Mas sin embargo, a pesar de que intentan dirigir su atención por todas partes y fruncen el entrecejo ante todos los elementos arquitectónicos, no son capaces de comprender la técnica artesanal, sino que constantemente se alejan del sitio impresionados por su incapacidad para la contemplación. Pues bien, estos son los hechos en este tema.

Con variadas técnicas artesanales el emperador Justiniano y el maestro constructor Antemio, juntamente con Isidoro, lograron que el templo, así suspendido en el aire, ofreciera seguridad. Todas las demás obras suyas me es difícil saberlas, y expresarlas de palabra, imposible; tan sólo, en el momento presente, dejaré constancia de una sola con la que se podría testimoniar toda la importancia de la obra. En efecto, se trata de lo siguiente. Los resaltes que mencioné hace poco, no se han elaborado del mismo modo que las demás estructuras, sino de la siguiente manera: se ha proyectado en cuadrilátero la disposición de las piedras, duras por naturaleza pero han quedado lisas al trabajarlas y de corte angulado, bien porque fueran a ser elaboradas como salientes de los lados del resalte, ya porque, al ocupar el espacio intermedio, han quedado resueltas en rectángulos. Mas no las ajustó la cal que llaman *ásbesto*, ni el asfalto que es el orgullo de Semíramis en Babilonia ni ningún otro producto de este tipo, sino plomo vertido en los intersticios que se extiende por todas partes en los espacios intermedios, se funde en el ensamblaje de las piedras y las une entre sí. Esto es, por consiguiente, lo que se ha llevado a cabo al respecto. Pero vayamos a lo que queda del templo.

Toda la techumbre está cubierta de oro auténtico, con lo que une fama a la belleza; sin embargo, el brillo que se desprende de las piedras supera resplandeciente, en marcada oposición, al oro. Y a un lado y otro, hay dos pórticos de columnas, que no están separados por estructura alguna del templo, logrando una dimensión superior a su anchura y extendiéndose en distancia hasta el límite, pero en cuanto a altura se quedan muy por debajo. Y como techumbre tienen una bóveda y, en su decoración, oro. Uno de estos pórticos de columnas ha sido destinado a los fieles varones; el otro se reserva a las mujeres que practican la misma devoción. Comparativamente,

16 Son muchos los detalles y elementos técnicos arquitectónicos que se enumeran aquí, en la descripción de la estructura de Santa Sofía, como λόφοι, que hemos traducido por «resaltes» o «realces», πεσσοί, que viene a ser una explicación del término anterior, significando «contrafuertes» o «diques de sustentación» o ἀψῖδες, que se vierte por «bóvedas» o «cúpulas» (v. notas precedentes 12, 13, 14 y 15). Éstos y otros términos que aquí se enumeran se recogen en un INDEX de nombres de la edición de *Los edificios* (texto griego y versión inglesa) de H. B. DEWING (v. IINTROD., pág. 23). Igualmente, esta obra ofrece un breve repertorio bibliográfico sobre arquitectura bizantina, en general, y sobre Santa Sofía, en particular, que se completa en un APPENDIX II, al final de la obra. De todos modos, el estudio y análisis de la arquitectura del mundo antiguo es un tema pendiente que debería resolverse mediante la elaboración de un manual, *corpus* o diccionario que recogiera la variedad de temas y, sobre todo de elementos y técnicas arquitectónicas. Hay, no obstante, un artículo importante sobre el tema, debido a G. DOWNEY, «Byzanthine Architects: Their Training and Methods», *Byzantion*, XVIII 1946-48, págs. 99-118. Sí hay, en cambio, muchas obras (incluso en versión española, como la de R. KRAUTHEIMER, *Arquitectura paleocristiana y bizantina,* Madrid*,* 1997) sobre arte bizantino, destacándose también un monumental *Reallexikon zur byzantinischen Kunst,* Stuttgart 1966 y sigs, debido a A. HIERSEMANN, sin concluir aún.

no poseen nada que los diferencie, de algún modo, entre sí, pero también su propia igualdad redunda en belleza para el templo y su semejanza lo ornamenta. Y ¿quién podría erigirse en intérprete de las galerías[17] de la parte destinada a las mujeres o describir los numerosos pórticos de columnas y las naves, enmarcadas también por columnas, con que el templo se encuentra rodeado? Se podría pensar que se había encontrado la flor en un prado florido. Porque se puede uno admirar, sin duda, del color púrpura de unos, del verdor de otros, de aquellos en los que el color rojo resalta y de aquellos otros cuyo color blanco resplandece, incluso también puede uno admirarse, sin embargo, de aquellos en los que predomina una abigarrada gama de colores contrapuestos, tal como si la naturaleza fuera un pintor. Pero cada vez que se vaya a orar al templo, inmediatamente se da uno cuenta de que no es una obra modelada por el poder y técnica humana, sino por el influjo divino. Y la mente se eleva hacia Dios y se ensalza, estimando que Aquél, en cierto modo, no se encuentra lejos, sino que siente predilección por los parajes que eligió. Y no le ocurre esto solamente al que ve el templo por primera vez, sino esa misma impresión le produce a cada uno en sucesivas ocasiones, como si allí se tratara de un espectáculo siempre renovado. Nadie se sació jamás de su contemplación; al contrario, las personas que acuden al templo disfrutan con lo que han visto y, al salir, se vanaglorian en las conversaciones que mantienen sobre él. Sin embargo, es imposible referir con un cálculo preciso la totalidad de joyas de este templo que ofrendó aquí el emperador Justiniano: vasos de oro y plata y labores de piedras preciosas. Pero yo me permito justificarlo a mis lectores con un solo hecho. En efecto, el lugar del templo, especialmente sagrado y accesible únicamente a los sacerdotes, que denominan altar, contiene cuarenta mil libras de plata.

Pues bien, los distintos elementos de la iglesia de Constantinopla, a la que han acordado, por costumbre, denominar Grande, resumiendo y pensando hablar sin entrar en detalles y referir con las mínimas palabras lo más relevante de los hechos, de este modo fueron construidos por el emperador Justiniano. Y no la edificó solamente con dinero, sino también con un esforzado propósito y con otros valores del alma, como al punto demostraré. De las bóvedas, que hace poco mencioné (los constructores las llaman *loros*[18]) una sola que se encuentra al sol naciente, se había levantado ya por ambos lados, pero por el centro todavía no se había terminado del todo, sino que se esperaba aún. Y los contrafuertes sobre los que había surgido la estructura, no pudiendo soportar el volumen de lo que presionaba sobre ellos, iniciándose su rotura, de alguna manera, inopinadamente, parecía que no tardaría mucho en producirse su desmoronamiento. En consecuencia, Antemio e Isidoro se asustaron sobremanera por lo que estaba sucediendo y llevaron el asunto al emperador, llegando a perder la esperanza en sus conocimientos técnicos. Y el emperador al punto, movido por no sé qué (por Dios[19], supongo, porque él no es un técnico) les ordenó cerrar esa bóveda hasta su culminación. «Porque», dijo, «al apoyarse en sí misma,

---

17 ὑπερῷα, en griego. El término está documentado en toda la historia de la lengua griega; en la épica y en jonio se refiere a la parte alta de una vivienda donde residían las mujeres. También podía aludir a una habitación o dependencia de una casa.

18 En griego, λῶροι Existe también este término en latín, *loroi*. La significación es de «correas». En cierto modo, guardaría relación con lo que en nuestra lengua significa «tirantes», como término arquitectónico, en el sentido de que la cúpula contiene la tensión entre dos elementos, que es la misión que desempeñan los «tirantes» en la construcción, aunque sean de madera o hierro, no de fábrica.

19 Otra llamada de atención al providencialismo.

no necesitará ya de soportes por debajo»[20]. Y si el relato careciera de valor testimonial, bien sé que habría dado la impresión de ser un adulador y una persona carente de credibilidad, pero como están presentes muchos testigos de los hechos que se han llevado a cabo hasta el momento actual, no debemos vacilar en encaminarnos a la exposición del resto del relato. Pues bien, los artesanos hicieron lo que se les había ordenado y la bóveda entera se levantó sobre una base segura, sellando empíricamente la autenticidad de su idea. Por consiguiente, así quedó resuelta la ejecución de esta bóveda; en cuanto a las demás que están orientadas a mediodía y norte, sucedió que tuvo lugar lo siguiente. Los llamados *loros* se hallaban suspendidos, sosteniendo la estructura del templo, pero toda la parte baja se había resentido abrumada por su peso, y las columnas que allí había desprendían pequeñas capas de revoque, como si estuvieran siendo rascadas. Y al punto los constructores, descorazonados por lo que había sucedido, le comunicaron al emperador la problemática que se les presentaba. Y de nuevo el emperador adoptó al respecto las siguientes medidas técnicas. Las partes extremas (de aquéllos elementos que estaban arruinados) que contactaban con las bóvedas, ordenó inmediatamente que las retiraran, y que mucho después las volvieran a poner, una vez que especialmente la humedad de la estructura hubiera cesado en aquéllas[21]. Actuaron de acuerdo con estas prescripciones, y en lo sucesivo el edificio se mantuvo seguro. Y el emperador se tiene, en cierto modo, por una especie de testimonio de la obra.

II. Se daba la circunstancia de que delante del Senado se encontraba una plaza, a la que los de Bizancio llaman mercado de Augusto. Allí se habían llevado a cabo unas composiciones de piedras en número no inferior a siete, en forma rectangular, que se ajustan todas ellas en sus extremos, pero cada una se reduce y es inferior a la que se encuentra debajo de tal modo, que cada una de las piedras se convierte, por su resalte, en un peldaño eminente, y las personas que se reúnen en la plaza se sientan sobre aquéllas como si de unas gradas se tratase. Y en lo alto de las piedras se levanta una columna de extraordinario tamaño; sin embargo, no se trata de un monolito, sino que está compuesta de piedras de gran tamaño de forma circular, cortadas en ángulo, pero ensambladas entre sí por la maestría de los canteros. Y el cobre de la mejor calidad, vertido en paneles y guirnaldas, recubre las piedras por todas partes, sujetándolas firmemente y cubriéndolas con ornato, imitando la forma de una columna, en lo que respecta al fuste, y, muy especialmente, en lo que atañe a la basa y al capitel. El cobre en cuestión, de color, es más apagado que el oro puro, pero, en lo que respecta a su valor, no le falta mucho para equipararse a la plata. En lo alto de la columna, se halla un enorme caballo de bronce, orientado a levante, espectáculo de mucha consideración. Tiene el aspecto de caminar y avanzar brillantemente al frente. En efecto, levanta su pata izquierda delantera, como si fuera a avanzar sobre la tierra que tiene delante, y la otra queda apoyada sobre la piedra que la soporta, como si fuera a seguir la marcha; en cambio, las patas traseras las tiene tan juntas que se encuentran dispuestas en el momento en que se proponga moverse. Este caballo lo monta una estatua de

20 H. B. DEWING (pág. 31 de su edic.; vid, *supra,* n. 16) apunta certeramente la incongruencia del uso, en este caso, del término πεσσοί, porque se supone que sería necesario, como sustentación, al comienzo de levantar la cúpula, pero no cuando ya está completada. Aquí se ve claramente que estos elementoa arquitectónicos son una especie de «soportes» o de «apoyos».

21 No está muy claro el relato de Procopio. Parece simplemente que las bóvedas se apoyaron sobre muros y galerías, en sus partes laterales, pero necesitaron de apoyos para levantarlas, por no ser suficiente la sustentación que aquellos elementos ofrecían.

bronce del emperador de proporciones colosales, y está vestida como Aquiles[22], pues así dicen de la ropa que lleva puesta: calza botas de media caña y las piernas van sin grebas; además, se cubre con coraza al modo de los héroes y un casco le protege su cabeza dando la sensación de que se agita, y un brillante resplandor se desprende de él. En términos poéticos, se podría decir que es la estrella del otoño[23]. Mira a levante y las riendas las dirige contra los persas, según creo; en la mano izquierda, lleva un globo, dando a entender el escultor que la tierra y el mar por entero le están sometidos, pero no tiene espada ni lanza ni ninguna otra arma, sino una cruz que descansa sobre el globo, a través del cual se ha procurado el Imperio y la victoria en la guerra[24]. Y al extender su mano derecha hacia el sol naciente y estirar los dedos, ordena a los bárbaros de aquella zona que se queden en su patria y no se alejen. Pues bien, poco más o menos, así son estos hechos.

La iglesia denominada [santa] Irene, que se halla contigua a la Gran Iglesia y tiempo atrás se había incendiado con ella, la levantó el emperador Justiniano de gran tamaño, con lo que, en cierto modo, fue sin duda el segundo de todos los templos de Bizancio después de el de [santa] Sofía. Había precisamente, en medio de estas dos iglesias, una hospedería[25] dedicada a las personas con escasez de recursos y que padecían enfermedades graves, esto es, que estuvieran mermados, además de en su hacienda, en su salud. Un varón piadoso, de nombre Sansón, la había construido en épocas pasadas, pero no se mantuvo indemne ante los alborotadores, sino que desapareció al incendiarse con ambas iglesias. Pero el emperador Justiniano la restauró, dejándola muy estimable por la belleza de su estructura y muy grande con mucho por el número de sus dependencias. Y se la dejó dotada con una subvención de grandes recursos anuales, a fin de que las dolencias de la gran masa de hombres menesterosos sanaran para siempre. Pero no manifestando en modo alguno hastío o cansancio en el honor debido a Dios, fundó otras dos hospederías[26] en las llamadas casas de Isidoro y Arcadio situadas frente a aquélla, colaborando la emperatriz Teodora con él en esta tarea tan sagrada. En todos los demás santuarios que el emperador ofrendó a Cristo, en número y en importancia es tal su cantidad, que es imposible dar detalles a propósito de ellos. Porque ni siquiera mi facultad de expresión, ni toda la vida, me bastaría para enumerarlos elaborando un catálogo y ajustándome al nombre de cada uno de ellos. Para mí, será suficiente lo que he dicho hasta este punto.

---

22 Es la traducción de ἔσταλται δὲ Ἀχιλλεὺς ἡ εἰκών, que ha planteado el problema de si Procopio quiere decir que va «vestido como Aquiles» o que tiene «el aspecto de Aquiles». Un dibujo de la estatua, cuando todavía existía en el siglo sexto, hecho por encargo del viajero Ciriaco de Ancona, se conserva en Budapest, y fue publicado por G. RODENWALDT en *Archäologischer Anzeiger* 1931, págs. 331-334.

23 Sirio.

24 Es el símbolo del guerrero cristiano.

25 Se trata, como se ve, de mitad hospicio, mitad hospital, para indigentes. El término, en griego, es ξενών y es un tanto curioso que, en su origen, esta institución se hubiera establecido por iniciativa privada. En la época de Justiniano estas instituciones de caridad estaban tuteladas por la Iglesia. Fue, en cierto modo, una delegación de funciones asistenciales que el Estado hizo a favor de la Iglesia, acompañándola, por supuesto, de medidas económicas que la favorecían, como se dice expresamente más abajo. Esto se refleja, sobre todo, en la legislación de las *Novellae*, promulgada a partir del año 535. En cuanto a las funciones que desempeñaban estos establecimientos, sólo al final del reinado de Justiniano se aclaran algunos términos griegos con glosas latinas, en el *Iuliani Epitome latina Novellarum Iustiniani,* Leipzig 1873 (edic. de G. Haenel), mediante las cuales se especifican los que eran centros asistenciales para indigentes (*ptochotrophia*), los que hacían la función de hospederías u hospitales (*xenodochia*) y los que, propiamente, sólo eran hospitales (*nosocomia*). Para una documentación más amplia, consúltese GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, págs. 97-103.

26 Se trata también de ξενῶνες, como la anterior de Sansón.

III. Hay que empezar ya por los templos de María, la Madre de Dios. Porque esto, sabemos también, es deseo expreso del propio emperador, y la auténtica razón claramente la expone: que de Dios hay que encaminarse a su madre. El emperador Justiniano levantó muchas iglesias en honor de la Madre de Dios por todos los lugares del Imperio romano, tan lujosas, grandiosas, y construidas con tan generosa cantidad de dinero, que si se contempla en sí una sola de ellas, se podía pensar que éste era el único trabajo que había llevado a cabo el emperador y que, ocupándose en él, había consumido todo el tiempo de su reinado. Pero ahora, como dije, describiré los santuarios de Bizancio. Construyó un templo de la Madre de Dios fuera del recinto fortificado, en el lugar llamado Blaquernas[27]; en verdad, también se le deben asignar al emperador las obras llevadas a cabo por su tío Justino, pues había participado en la administración del gobierno de éste con plenos poderes. El templo está junto al mar, es muy sagrado y venerable, oblongo, pero de ancho es de una dimensión proporcionada, y tanto por arriba como por abajo sólo se sostiene por secciones de mármol pario que se encuentran ahí a modo de columnas. Y en lo que respecta a las demás partes del templo, las columnas están en línea recta pero, en el centro, se retranquean. Y especialmente, al encontrarse en el interior de este templo, se puede uno admirar, cuando la contempla, de la enorme mole que se ha levantado sin dar la sensación de inseguridad, y de la magnificencia exenta de vulgaridad.

Otro templo dedicó a la Virgen en el lugar llamado Pegué[28]. Hay allí un frondoso bosque de cipreses, un prado cubierto de flores en medio de blandas tierras, un parque con abundancia de bellas plantas y una fuente que mana, silenciosamente, mansa agua potable; todo ello bastante adecuado a un lugar sagrado. Esto es, pues, lo que corresponde al lugar que comprende el recinto sagrado. Pero el templo en sí no es fácil concebirlo con denominaciones apropiadas, ni diseñarlo mentalmente ni tampoco manifestarlo con susurrante voz. Tan sólo bastará decir que supera en mucho a los santuarios, tanto en belleza como en tamaño. Estos dos templos se han levantado delante de la muralla de la ciudad: uno, en el punto en que ésta se inicia junto a la orilla del mar; el otro, muy próximo a las llamadas Puertas Áureas, que resulta se encuentran cerca del límite de la fortificación, a fin de que ambos sirvan de bastión inexpugnable al recinto de la ciudad[29]. Todavía, sin embargo, en el Hereo, que ahora llaman Hierón, levantó un templo en honor de la Madre de Dios que no es fácil describir.

En la parte de la ciudad que se llama Déutero erigió un santuario altamente sagrado y admirable en honor de Santa Ana[30], que algunos creen que ha sido la madre de la Virgen y la abuela de Cristo. Pues Dios que se hizo hombre como quería, soporta su inclusión en una tercera generación y, por conducto de su madre, fija su genealogía de un modo semejante al género humano. Y no lejos de este templo, junto a la última calle de la ciudad, construyó un santuario bastante solemne a la mártir Zoe.

Encontró un santuario del arcángel Miguel, en Bizancio, pequeño y poco iluminado y, en modo alguno, apropiado para ofrendárselo al arcángel; en una etapa anterior, se había levantado a expensas de cierto patricio senador, semejante a un diminuto dormitorio de una vivienda, totalmente sencilla y propia de una persona no muy próspera. Por ello, naturalmente, lo derribó

27 En la parte oeste, dentro del recinto amurallado, limitando con el famoso Cuerno de Oro.

28 Al oeste de la ciudad, fuera del recinto amurallado. Moderna Balukli.

29 Según los planos que recomponen los antiguos lugares de Constantinopla, este templo ni está cerca del mar ni de las Puertas Áureas.

30 Dentro del recinto amurallado, frente al templo de Pegué. El lugar se llama Déutero («segundo») por encontrarse allí la segunda columna miliaria, partiendo del centro original de la ciudad.

hasta la base de sus cimientos, para que no quedaran huellas de su anterior fealdad; lo construyó grandioso, con la traza que se ve hoy y lo transformó en la admirable belleza que es. En efecto, se trata de un templo rectangular, en el que el largo no parece que supere en mucho al ancho. Y en el extremo del lado que da al sol naciente, a una y otra parte, se levanta un grueso muro con abundantes piedras ajustadas, pero en el centro se retranquea para dejar un hueco. Y a cada lado de la oquedad, unas columnas, de variados y naturales colores, sustentan el templo; y la pared opuesta, orientada más o menos a poniente, se escinde por las puertas de acceso al templo.

IV. La fe en los Apóstoles de Cristo queda evidenciada de la siguiente manera. En primer lugar, a Pedro y Pablo les construyó un templo, inexistente anteriormente en Bizancio, junto al palacio imperial que antiguamente se llamaba Hormisdas[31]. Había procurado que aquella su residencia privada pareciera que era un palacio y que sobresalía por la magnificencia de su estructura, y la sumó al resto de las mansiones reales, una vez que se erigió en emperador de los romanos. Precisamente también en este sitio[32] construyó otro santuario a los famosos santos Sergio y Baco, y junto a éste, en posición oblicua, también levantó otro templo. Y, por ello, estos dos templos no se encuentran frente a frente, sino que se hallan entre sí en ángulo, aunque estén juntos y rivalicen entre sí, y tengan entradas comunes; mantienen también aspectos idénticos en todo lo demás y, en concreto, los recintos que los rodean, y ninguno respecto al otro se muestra superior o inferior en belleza, tamaño o alguna otra cosa. Igualmente, por el brillo de sus piedras, cada uno supera al sol en resplandor, y del mismo modo también está recargado por doquier por la abundancia de oro y rebosa de ofrendas. En una sola cosa, no obstante, se diferencian: el eje longitudinal de uno de ellos se ha trazado recto, mientras que en el otro templo las columnas, en su mayor parte, se alzan en semicírculo. En los pórticos tienen una sola galería de columnas, que recibe la denominación de *nartex* por ser considerablemente larga, y tienen totalmente sus atrios en común, al igual que un patio, y las puertas de acceso a éste, y también guardan su semejanza en el hecho de pertenecer a las dependencias reales. De este modo acontece que estos dos templos son admirables, de tal modo que resultan ser un ornato de la ciudad entera, en no menor medida que lo es el palacio imperial.

Después, en su extraordinario respeto por todos los apóstoles, hizo lo siguiente. Había en Bizancio un templo dedicado a todos los apóstoles desde antiguo, que ya estaba cuarteado por el paso del tiempo e infundía la sospecha de que ya no se mantendría en pie. El emperador Justiniano lo derribó por entero y, con su esfuerzo, no sólo pudo restaurarlo, sino también dejarlo muy valioso por su grandiosidad y belleza[33]. Llevó a cabo su esfuerzo de la siguiente manera. Se trazaron dos líneas rectas que se encontraban en el centro en forma de cruz: una se orientaba a levante y poniente; la otra, oblicua a aquella, orientada a norte y sur. En el exterior, se encuentran limitadas por paredes en todos sus lados; en cambio, en el interior, están definidas por hileras de columnas que se mantienen unas sobre otras. Y en la intersección de las dos líneas, que sería, propiamente, en su parte media, se ha fijado un espacio que no puede ser transitado por los que no están iniciados en los misterios; a éste, como es lógico, le llaman «el santuario». Por uno y otro lado, los flancos de este recinto, que se extiende entre la línea oblicua, resultan ser idénticos entre sí; sin embargo, el flanco que se extiende a poniente se ha proyectado mayor que el otro para adoptar la forma de cruz. La parte de la techumbre que se alza sobre el llamado

31 Hace referencia el nombre a un príncipe persa fugitivo, asesor importante del emperador Constancio

32 Precisamente, entre el palacio de Hormisdas y el llamado Puerto de Juliano.

33 El templo que se describe a continuación es muy parecido al de San Juan de Éfeso, como refiere el propio Procopio más abajo, en V, I, pág. 97.

santuario se ha realizado de un modo parecido al del templo de Sofía, por lo menos en su parte central, excepción hecha de que ésta resulta ser inferior a aquélla en tamaño. Las cuatro bóvedas existentes se levantan y se unen entre sí del mismo modo y el tambor circular que se levanta está aligerado por ventanas, y la cúpula con arcadas parece, en cierto modo, elevarse a lo alto por el aire y no mantenerse fija sobre una construcción sólida, aunque esté bien segura. Así, pues, la parte central de la techumbre se ha realizado de esta manera. En cuanto a los cuatro flancos existentes, que he dicho, se ha mantenido la elevación por el centro del mismo modo, con la única excepción ciertamente de que la edificación no se encuentra aliviada por debajo de la cúpula por ventanas. Y una vez que este templo fue edificado por él, a todo el mundo manifestaron los apóstoles su gozo por el honor que les había dispensado el emperador y la gloriosa satisfacción que plenamente en ello sentían. En todo caso, los cuerpos de los apóstoles Andrés, Lucas y Timoteo que no se habían visto anteriormente y estaban totalmente ocultos se hicieron visibles a todos en aquel momento, no porque desdeñaran, creo yo, la fe del emperador, sino porque, en términos precisos, le permitían con su contemplación, acercamiento y tacto disfrutar de su ayuda y de la seguridad de su vida. Y ello se conoció de este modo.

El emperador Constancio[34] construyó este templo para honor y nombre de los apóstoles, ordenando que allí se situaran las tumbas para él y los emperadores que le sucedieran, y no sólo para los monarcas, sino también para sus esposas igualmente; esta costumbre se conserva hasta el presente. Por supuesto, también enterró allí el cuerpo de su padre Constantino. Pero los cuerpos de los apóstoles no dieron indicio alguno de que se encontraban allí, ni en el lugar apareció espacio alguno que pareciera desvelar los sagrados cuerpos. Pero ahora, al restaurar el emperador Justiniano este templo, los obreros excavaron toda la cimentación, para que no quedara en ella deficiencia alguna. Y allí contemplaron los tres féretros de madera, en cierto modo descuidados, demostrando con las inscripciones que sobre ellas había que eran realmente los restos de los apóstoles Andrés, Lucas y Timoteo. Y el propio emperador y todos los cristianos los vieron con sumo agrado y, habiéndoles preparado una procesión y una fiesta, y tributándoles en sus honor los ritos acostumbrados, cubrieron las tumbas y de nuevo las ocultaron en la tierra, no dejando el lugar sin señalar ni solitario, antes bien, lo dejaron piadosamente consagrado a los cuerpos de los apóstoles. Y es manifiesto que, como he dicho, en compensación por el honor que el emperador les había otorgado, estos apóstoles se aparecieron a los hombres en este momento. Al ser el emperador piadoso, los temas divinos no desdeñan los asuntos humanos, sino que tienden gustosamente a mezclarse y a relacionarse con los hombres.

¿Y quién podría silenciar el templo de Acacio?[35] Estaba totalmente en ruinas, lo derribó y lo reconstruyó desde sus cimientos, y quedó erigido hasta un maravilloso tamaño. Por todas partes se alza con columnas de extraordinaria blancura y la solería es de una piedra parecida, cuyo fulgor resplandece tan intensamente que ofrece la impresión de que todo el templo está cubierto de nieve. Delante de él se levantan dos pórticos: uno de ellos se, encara a una columnata; el otro da acceso a una plaza. Casi se me ha pasado por alto hablar del santuario de un mártir, consagrado a San Platón, construcción verdaderamente sacrosanta y venerable en alto grado que no está lejos de la plaza que lleva el nombre del emperador Constantino; también del templo consagrado al mártir Mocio, ante el cual todos los demás templos son inferiores en tamaño. Igualmente, de

34 Otros autores, como Eusebio, sostienen que la construyó Constantino el Grande. Lo más probable es que fue iniciada por éste y terminada por su hijo.

35 Acacio fue un centurión de Capadocia, martirizado en Bizancio en tiempos del emperador Maximiano.

la tumba del mártir Tirso, del santuario de San Teodoro, situado fuera de la ciudad, en el lugar llamado Resio; del templo de la mártir Tecla, que se halla junto al puerto de la ciudad, que lleva casualmente el nombre de Juliano, y del de Santa Teodota, en el barrio llamado Hébdomo[36]. Todos estos los construyó desde sus cimientos este emperador nuestro, durante el reinado de su tío Justino, y no es fácil describirlos con palabras y no es posible admirarse de ellos en su justa valía con su contemplación. Pero el templo de San Agotónico monopoliza mi relato y me obliga, aun sin tener voz ni palabras a ajustarme a los hechos. Porque me contentaré con hablar hasta este punto, y dejo expresar su belleza y su magnificencia en general a otros que puedan tener un verbo pujante y que, en modo alguno, esté agotado.

V. También encontró otros santuarios en el llamado Anaplo[37] y en la parte continental de enfrente que no se hallaban en situación decorosa para ser consagrados a alguno de los santos, incluso también en el contorno del golfo que los lugareños llaman Ceras[38], en honor de Ceresa, la madre de Bizante, el fundador de la ciudad. Y en todos ellos ha dejado patente una magnificencia concorde con el emperador, como al punto mostraré, una vez que haya explicado previamente cómo el mar adorna a Bizancio.

Aparte de otras ventajas del lugar, también el mar encierra belleza, sobre todo en su entorno, cuando forma un golfo, se encauza en pasos estrechos y desemboca en una masa extensa de agua, haciendo de este modo excepcionalmente bella a la ciudad y ofreciéndole tranquilo abrigo de los puertos a los navegantes, lo que contribuye a un sistema de vida próspero y a una beneficiosa utilidad. Pues los dos mares que hay en torno a la ciudad, el Egeo y el llamado Ponto Euxino, coinciden al este de la ciudad, y al entrechocar sus olas y forzar en ese punto la tierra firme con su acometida, embellecen la ciudad con su acción envolvente. Tres canales, en efecto, la circundan comunicándose entre sí y dándole ornato y provecho; todos ellos resultan muy agradables para navegar, concitan sobre sí las miradas y ofrecen unos fondeaderos muy cómodos. Uno de ellos[39], el central, procede del Ponto Euxino y discurre directamente hacia la ciudad, como si fuera a engalanarla, y se queda emplazado sobre cada una de las dos zonas continentales. Y por sus orillas se ve agobiado, se agita y parece enorgullecerse, porque se acerca a la ciudad cabalgando sobre Asia y sobre Europa. Se podría creer que se estaba contemplando un río que avanzaba con plácida corriente. El otro, que se encuentra a su izquierda[40], se ve limitado por las orillas de uno y otro lado en una gran distancia, dejando ver bosques, bellos prados y otros aspectos de la tierra de enfrente que se exponen a la contemplación de la ciudad. A partir de ahí se ensancha, siendo despedido de la ciudad hacia el sur y llevándose la costa de Asia muy lejos de ella. Pero también el estruendo del oleaje continúa, como si envolviera a la ciudad, hasta la línea del occidente, poco más o menos. El tercer canal[41], que se bifurca del primero por la derecha, empezando en las llamadas Sices[42], discurre por un trecho muy grande a lo largo de la zona norte de la ciudad y acaba en el golfo que fija su fin. De este modo, pues, el mar circunda la ciudad; a continuación, el territorio de la ciudad, en lo que resta de espacio,

---

36 Porque correspondía al lugar donde se encontraba la séptima columna miliaria. V., *supra,* n. 29. Actualmente, Macriköy.

37 En la orilla europea; Arnavutköy, actualmente, barrio de Estambul.

38 Actualmente, se le conoce como el Cuerno (κέρας, en griego) de Oro.

39 El Bósforo.

40 Evidentemente, se trata del Mar de Mármara que baña la costa este de la ciudad.

41 El Cuerno de Oro, En sentido estricto, se trataría solamente de dos canales, éste y el Bósforo.

42 συκαί, en griego; «higueras», en español. Barrio de Constantinopla; hoy, Galata.

comprende el terreno intermedio de un tamaño suficiente como para cerrar sólidamente ahí la guirnalda que se forma desde el mar. Este golfo se mantiene siempre tranquilo y su disposición natural nunca propende a agitarse, como si ahí hubiera unos límites fijados al oleaje y toda marejada de la zona estuviera excluida en honor de la ciudad. Y en el invierno cuando, casualmente, sobrevienen fuertes vendavales sobre la superficie del mar y sobre el estrecho, cada vez que las naves llegan a la entrada del golfo, prosiguen sin piloto el resto del trayecto y echan el ancla sin tomar ninguna precaución. El perímetro del golfo comprende una longitud de más de cuarenta estadios y, por doquier, en su totalidad sirve de fondeadero. De manera que, naturalmente, cuando una nave fondea allí, la popa se alza sobre el mar mientras que la proa se fija en tierra, como si estos dos elementos disputaran entre sí para determinar cuál de ellos podía prestar mejor ayuda a la ciudad.

VI. Tales son, pues, las características de este golfo. Y el emperador Justiniano, que embelleció su entorno con edificaciones, lo ha hecho mucho más distinguido. En efecto, el templo del mártir San Lorenzo, en la margen izquierda del golfo, que anteriormente no recibía un rayo de luz y, sencillamente, se halla sumido en tinieblas, lo transformó y, para decirlo brevemente, lo consagró en el estado que ahora se ve. Y frente a éste, en el lugar llamado Blaquernas, construyó el templo de la Virgen que hace poco he descrito. Más allá, edificó un templo a los santos Prisco y Nicolás, habiendo efectuado personalmente su restauración en el lugar donde precisamente los bizantinos gustan detenerse largamente, reverenciando y honrando a los santos que se han hecho residentes entre ellos y disfrutan, en cierto modo, del encanto del recinto, ya que el emperador, poniendo freno al fragor del mar, fijó los cimientos a una gran distancia, superando al oleaje cuando erigió el templo.

Y en el límite del golfo, en una parte escarpada y muy empinada[43], hay un santuario consagrado desde antiguo a los santos Cosme y Damián. Precisamente, al propio emperador, en una ocasión en que había caído gravemente enfermo y tenía el aspecto de que iba a morir (estaba desahuciado por los médicos, como si se encontrara ya realmente entre los muertos), estos santos se le hicieron visibles y lo salvaron en contra de lo que se esperaba y en contra de toda lógica, dejándolo restablecido[44]. Él les correspondió, naturalmente, con la benevolencia que atañe al menos a los humanos, al cambiar y reformar por entero la anterior edificación que era fea e infame, e indigna de ofrendarse a tales santos; dio lustre al templo con su embellecimiento, con su grandiosidad y con la brillantez de la luz, y le ofrendó otros muchos dones que antes no existían. Y siempre que algunas personas contraen enfermedades que superan la capacidad de los médicos, renuncian a la ayuda humana y recurren a la única esperanza que les queda, se embarcan y navegan a través del golfo hasta este templo. Y en el momento en que entran en la bocana del golfo, divisan inmediatamente el templo que, como si en una acrópolis se encontrara, se enorgullece de la benevolencia del emperador y les ofrece disfrutar de la esperanza que de él deriva.

Al otro lado del golfo, construyó un santuario que no existía antes, justamente en la misma orilla, y lo ofrendó al mártir Antimo. Los cimientos del templo que están bañados por el suave flujo del mar poseen un encanto agradable. El oleaje, además, que no se produce con estrépito, rompe en las piedras de aquella parte, y no resuenan las olas estruendosamente, cual las del mar,

43 Moderno Eyoub.

44 Una vez más se ve la intervención divina, sin que se observe (no lo parece, ciertamente) ironía en la descripción que del hecho nos hace Procopio. (v. INTROD., pág. 14).

y se escinden y dividen en apariencias espumosas, pero progresan mansamente y, en su natural silencioso, tocan la tierra y sin más se retiran. Y desde ese punto se extiende un patio llano y muy liso engalanado por todas partes con mármoles y con columnas y embellecido por la vista que da al mar. A continuación, un pórtico y su iglesia que se alza, dentro, de forma rectangular hacia lo alto, embellecida por la calidad de sus piedras y el oro que en ellas se ha vertido. Y su longitud supera el ancho tan sólo en el inmaculado espacio en que se extiende el templo, donde se pueden celebrar los sagrados misterios, por el lado que está orientado a levante. Así son, pues, estos hechos.

VII. Más allá, concretamente en la misma bocana del golfo, se construyó la iglesia de la mártir Irene. Ésta fue edificada por entero por el emperador de un modo tan grandioso que no podría yo expresarlo suficientemente. En efecto, rivalizando con el mar en conseguir belleza en torno al golfo, levantó estos templos como el ornato de un collar envolvente. Pero dado que hice mención de esta iglesia de Irene, no estará fuera de lugar que yo deje escrito, en este punto, lo que aconteció allí. Aquí estaban enterrados desde hacía tiempo restos de santos varones en un número no inferior a cuarenta. Se daba la circunstancia de que eran soldados romanos pertenecientes a la legión duodécima, que antaño había estado de guarnición en la ciudad de Melitene, en Armenia. Pues bien, cuando los operarios estaban excavando, donde hace poco mencioné, encontraron un cofre que indicaba, por medio de una inscripción, que contenía precisamente los restos de aquellos hombres. Y Dios lo sacó a la luz, siendo así que hasta entonces había permanecido oculto adrede, por asegurar a todos, por un lado, que había aceptado los regalos del emperador con mucha satisfacción y, por otro, por pretender compensar la buena acción de un humano con un agradecimiento mucho mayor. Porque daba la casualidad de que el emperador Justiniano sufría una grave dolencia física, ya que una fuerte afección de reuma, que le había afectado a la rodilla, motivaba que se resintiera de dolores; y de ello precisamente el mayor responsable era él mismo. Porque durante todos los días que preceden a la festividad de la Pascua, y se denominan de ayuno, llevó un severo régimen de vida que era no ya impropio de un emperador, sino incluso de cualquier ciudadano que, en cierto modo, se dedicara a asuntos de estado[45]. En efecto, durante dos días se pasaba enteramente sin comer y, además de eso, se levantaba del lecho constantemente en plena madrugada y velaba por el estado, porque manejaba sus asuntos, de obra y de palabra, por la mañana temprano, por el mediodía e igualmente por la noche. Pues aunque se fuera al lecho muy avanzada la noche, inmediatamente se levantaba de golpe, como si se encontrara mal en la cama. Y cuando tomaba comida, se abstenía del vino, del pan y de otros alimentos y sólo comía yerbas y en concreto las de naturaleza silvestre aderezadas, con reserva de cierto tiempo, con sal y vinagre, y su única bebida era el agua. Sin embargo, jamás se saciaba con esta alimentación, sino que cada vez que tomaba la comida, probaba esos alimentos suyos y los dejaba sin haber comido lo suficiente. Pues bien, como consecuencia de ello, el dolor en toda su plenitud superó la atención que le dispensaban los médicos, y durante una larga temporada el emperador se vio afligido por estos sufrimientos. Entre tanto, oyó hablar de los restos que habían salido a la luz y, renunciando a la ciencia humana, confió su problema a aquéllos, tratando de recuperar la salud por la fe que depositaba en ellos, y en esta necesidad

45 Este carácter, ascético, disciplinado y piadoso, le ha llevado a H. W. HAUSSIG, en su obra *Kulturgeschichte von Byzanz*, Stuttgart 1966, pág. 156, a compararlo con nuestro monarca Felipe II: «Justiniano era de complexión débil, no era un caudillo militar, más bien un pensador, habilidoso como teólogo, un hombre de estado y jurista, y, en muchos aspectos, semejante a Felipe II de España».

tan extrema se benefició de una creencia verdadera. En efecto, los sacerdotes colocaron el relicario sobre la rodilla del emperador e inmediatamente el dolor desapareció, obligado por los cuerpos de los hombres que habían servido a Dios. Y Éste no admitiendo que aquello fuera un hecho sujeto a disputa, dejaba como muestra una gran prueba de lo realizado. Pues el aceite que repentinamente manaba de aquellos restos sagrados, rebosó el cofre y se derramó sobre los pies y por todo el vestido del emperador, que era de púrpura. Por ello, la túnica que estaba tan empapada se conserva en palacio, por un lado, como testimonio de lo que había ocurrido en ese momento y, por otro, como salutífero recurso para aquéllos que, en un futuro, contrajeran dolencias que resultaran insoportables.

VIII. Así, pues, fue diseñado por el emperador Justiniano el golfo llamado El Cuerno. Y las riberas de los otros dos estrechos que mencioné recientemente las cubrió de construcciones para conseguir una gran belleza, de la siguiente manera. Se daba la circunstancia de que había dos templos consagrados al arcángel Miguel, situados el uno frente al otro, a cada lado del estrecho: el uno, en el lugar llamado Anaplo[46], a la izquierda, según se entra en el Ponto Euxino; el otro, en la costa de enfrente. Los hombres de antaño llamaban a esta parte de la costa Prooctos, porque, supongo, se proyecta en una gran extensión a partir de la orilla aquella[47]; ahora se denomina Brocos, porque la ignorancia de los habitantes de la zona ha borrado sus denominaciones a causa del transcurso del tiempo. Y viendo sus sacerdotes que estos dos templos estaban muy deteriorados por el tiempo, les entró el temor de que en cualquier momento se les vinieran abajo y pidieron al emperador que reconstruyera ambos conservando la estructura que anteriormente tenían. Pues no era posible que, durante el reinado de este emperador, una iglesia se construyera de primeras o bien que una que estuviera en ruinas se restaurara, salvo que se contara con los fondos imperiales, no sólo en Bizancio, sino incluso en cualquier parte del imperio romano[48]. Y el emperador al punto encontró ese pretexto y derribó cada uno de estos templos hasta sus cimientos, para que no quedara vestigio alguno de su anterior fealdad. Reconstruyó el templo de Anaplo de la siguiente manera: por medio de un dique de rocas le dio una forma curva hacia adentro, a la costa de aquella parte, hasta lograr un abrigado puerto, y la orilla del mar la transformó en un mercado. Pues el mar, que allí es muy tranquilo, facilita el comercio con el territorio. Los que ejercen el comercio marítimo fondean con sus barcas junto al dique de rocas e intercambian desde los puentes sus mercancías con los productos del lugar. Tras este mercado costero, un patio se extiende delante del templo y, en cuanto al color, este patio se asemeja a bellos mármoles y a la nieve. Y quienes pasean por aquí se recrean en la belleza de las piedras y gozan de la vista del mar y disfrutan de las brisas suaves que provienen del oleaje y de las cimas que se alzan en el territorio. Un pórtico circular rodea el templo, excepción hecha tan sólo de la parte que da a levante. En el centro, el templo se engalana con los innumerables colores de sus

---

46 Ya mencionado. V., *supra*, n. 34.

47 Prácticamente, se explica con estas palabras el sentido de Prooctos, que viene a significar «costa« u «orilla que se extiende».

48 En líneas generales, Justiniano había heredado de su tío Justino I (518-527)un estado económicamente fuerte, gracias a los buenos resultados financieros del antecesor de éste, Anastasio (491-518). Las finanzas del estado todavía, hasta la última fase de la campaña de Italia al menos, le permitían a Justiniano atender sus proyectos de construcción y reconstrucción. Como dice el texto, era imposible llevar a cabo esto «salvo que se contara con los fondos imperiales». En cuanto a expresión «en cualquier parte del Imperio romano», se confirma lo que ya hemos expuesto (*supra*, n. 10, INTROD., pág. 10) sobre la concepción territorial de Imperio romano y su universalidad, Al menos, esa es la filosofía imperante en la política de Justiniano.

piedras, y una cubierta se alza en lo alto en forma de cúpula. Y ¿cómo se podría, al describirlos del modo que se merece la obra, hablar de los elevados pórticos, de los apartados edificios, del encanto de los mármoles, de los que paredes y suelos por doquier están revestidos?. Además de éstos, una excesiva cantidad de oro se ha extendido en todas las partes del templo, como si de un hecho natural en él se tratara. Semejantes consideraciones pongo de manifiesto también al hablar del santuario de Juan el Bautista que poco ha levantó en su honor el emperador Justiniano en el llamado Hebdomo[49]. Pues ambos templos resultan ser muy semejantes entre sí, aunque ciertamente acontece que el del Bautista no está junto al mar.

Pues bien, el templo del Arcángel se ha construido en el llamado Anaplo de esa manera. Y en la costa opuesta, se encuentra un lugar un poco alejado del mar, de naturaleza llano, pero levantado en alto por su estructura pétrea. Allí se ha construido el otro santuario del Arcángel Miguel, extraordinario por su belleza, el primero por su tamaño y también, por su magnificencia, adecuado, por un lado, para ser ofrendado al Arcángel Miguel y, por otro, para ofrendarlo el emperador Justiniano. No muy lejos de este templo, restauró del mismo modo un piadoso santuario, dedicado a la Madre de Dios, que se había deteriorado hacía mucho tiempo, cuya suntuosidad es un gran tema para examinarlo y expresarlo de palabra. Pero continúa la parte, por mucho tiempo esperada, de mi narración.

IX. Sobre esta costa también se encuentran casualmente desde antaño un palacio digno de verse. Por entero, el emperador Justiniano lo consagró a Dios, intercambiando el disfrute del momento por el fruto de la piedad que se derivaba de ello, de la siguiente manera. Había en Bizancio un grupo de mujeres libertinas en un burdel, no por su voluntad, sino por una forzada lujuria. Porque en una situación de extrema pobreza, y mantenidas por un rufián, se las obligaba constantemente, y sin excluir a ninguna, a llevar una vida desenfrenada, uniéndose con hombres extraños, que se presentaban ocasionalmente, y sometiéndose a sus abrazos. Pues había allí desde tiempo ha una nutrida asociación de rufianes, que manejaban en burdeles el negocio del desenfreno carnal, poniendo a la venta públicamente en el mercado a gente joven ajena y sometiendo a la esclavitud a personas sensatas. Pero el emperador Justiniano y la emperatriz Teodora (porque todo lo hacían con el acuerdo común de aplicar la piedad) idearon lo siguiente. Limpiaron el estado de la plaga de los burdeles, eliminando el nombre de rufianes, y a las mujeres que padecían una extrema pobreza las liberaron de su servil prostitución, al proporcionarles medios de vida propios y la sensatez que se da en un estado de libertad. Y ello, pues, lo llevaron a cabo de la siguiente manera. En la orilla justamente del estrecho, la que se encuentra a la derecha, según se navega en dirección al llamado Ponto Euxino, transformaron un antiguo palacio en un grandioso monasterio, para que sirviera de refugio a las mujeres arrepentidas de su vida pasada; con este objetivo, con su futura consagración a Dios y a la piedad podrían limpiar las faltas de su existencia en el burdel. Por ello también, sin duda, a esta residencia de mujeres la denominaron, en justa correspondencia, *Arrepentimiento*. Estos monarcas han obsequiado a este monasterio con abundantes aportaciones crematísticas, y construyeron muchas edificaciones que destacaban singularmente por su belleza y suntuosidad para que sirvieran de alivio a las mujeres, a fin de que, por presión ajena, en modo alguno se apartaran de la práctica de la virtud. Más o menos, estos son los hechos en este tema.

Desde allí, según se va al Ponto Euxino, ante la costa del estrecho se destaca un escarpado promontorio, en el que se levanta el santuario del mártir San Pantelemón, cuidadosamente cons-

49 Ya mencionado. V. *supra*, n. 36, pág. 39.

truido en un principio y muy castigado por el largo paso del tiempo. El emperador Justiniano lo quitó por completo de allí y construyó, de un modo especialmente grandioso, el templo que ahora existe en el lugar; preservó su honor al mártir y otorgó belleza al estrecho, al fijar a uno y otro lado estos templos. Tras este templo, en el lugar llamado Argironio, había desde antiguo un refugio[50] de mendigos afectados por enfermedades incurables. Éste, que con el paso del tiempo se hallaba en un estado de extrema ruina, lo restauró con todo su ardor, para que sirviera de alivio a los que de esa manera sufrían. Hay un promontorio cercano al lugar, de nombre Mocadio que ahora se denomina también Hierón. Allí edificó otro templo al Arcángel de una singular santidad, sin que ceda en calidad a ninguno de los templos del Arcángel que recientemente mencioné.

También levantó un templo al mártir Trifón, finamente elaborado con gran esfuerzo y tiempo para lograr una belleza totalmente indescriptible, en una avenida de la ciudad que tiene por nombre Pelargo[51]. Erigió, además, un santuario en el Hebdomo a los mártires Menas y Meneo. Y por la izquierda, según se entra en las llamadas Puertas Áureas, encontró derruido el santuario de la mártir Santa Ia y lo restauró con toda esplendidez. Pues bien, tales son las realizaciones del emperador Justiniano en lo que respecta a los lugares sagrados de Bizancio. Pero enumerar cada una de las construcciones llevadas a cabo en todo el Imperio Romano es un tema difícil y, en esencia, del todo imposible. Sin embargo, cuando necesitemos mencionar una ciudad o comarca por su nombre, los santuarios correspondientes quedarán señalados en su momento oportuno.

X. Por consiguiente, éstas fueron las edificaciones religiosas construidas por el emperador Justiniano en Constantinopla y sus aledaños. De las demás edificaciones que llevó a cabo no es fácil exponer cada una de ellas en mi relato, pero, para decirlo brevemente, la mayor parte de las edificaciones y las más significativas del resto de la ciudad y del palacio, que fueron incendiadas y arrasadas hasta sus cimientos, las reconstruyó todas y las transformó, dejándolas en un estado mucho más esplendoroso. Estos hechos me pareció que, en modo alguno, era necesario exponerlos en detalle en las circunstancias presentes. Porque todos ellos han quedado descritos por mí con exactitud en mi **Historia de las guerras**. Por el momento, tan sólo quedará expuesto que los propíleos del palacio, la llamada *Puerta de Bronce*, hasta la denominada *Mansión de Ares*, el *Baño de Zeuxipo*, los grandes pórticos y todo lo existente a continuación, a uno y otro lado de ellos, hasta el mercado que lleva el nombre de Constantino, resultan ser obra de este emperador. Además de todas estas construcciones, transformó la llamada casa de Hormisdas, que estaba muy próxima a Palacio, adaptándola a un estilo mucho más noble, para que se encontrara en consonancia, dignamente, con la mansión real, y la incluyó en el palacio, por lo que éste, de ese modo, ha resultado más amplio e incluso más valioso.

Existe también delante del palacio un mercado porticado. Los de Bizancio lo llamaban el mercado de Augusto. Lo he mencionado con anterioridad, cuando al describir la iglesia de Sofía hice la referencia de una estatua de bronce, como culminación de la obra, consagrada al emperador sobre una columna muy alta de piedras ajustadas. En la parte de levante de este mercado, se encuentra el senado, obra del emperador Justiniano que, por su lujo y toda clase de equipamiento, supera lo que de ella pueda decirse. Ahí se reúne el senado de los romanos[52],

50 καταγώγιον, en griego. Otro centro asistencial distinto (o más específico) de los mencionados anteriormente donde iban a acabar sus días los indigentes que padecía enfermedades incurables. V. *supra,* n. 25, pág. 35.

51 «Cigüeña»; πελαργός, en griego.

52 Con esta expresión, una vez más , se evidencia el sentido general y universal del Imperio. No obstante, JONES (II, pág. 555) estable unas diferencias precisas entre el senado de Roma y el de Bizancio, sobre todo en lo que respecta al origen y poder de la clase senatorial.

mediante convocatoria, al comienzo del año, y celebra una sesión anual, manteniendo en su celebración las normas tradicionales del estado. Seis columnas se alzan delante de él; de ellas, dos tienen entre sí la pared del senado que da a poniente, y las otras cuatro se encuentran un poco fuera, de aspecto blanco todas ellas y, de tamaño, son las primeras, creo, de todas las columnas del orbe. Las columnas forman un pórtico con una cobertura curva en forma de bóveda, y toda la estructura superior del pórtico está adornada con bellos mármoles, que igualan a las columnas en su precioso aspecto, y la parte superior, dentro de esa línea, se ha diseñado de un modo admirable con un número de estatuas que sobre ella se alzan.

No muy lejos de este mercado se halla la residencia del emperador, y el palacio es, en cierto modo, nuevo casi por entero y, como he dicho, ha sido construido por el emperador Justiniano; y difícil es describirlo de palabra, pero bastará con que las generaciones futuras sepan que todo él resulta ser una obra del emperador. Como dicen, conocemos al león por su garra, así también los que lean esto conocerán la importancia de este palacio por su vestíbulo. El vestíbulo en cuestión es lo que llaman *Calqué*[53]. Cuatro paredes rectas, que se elevan hacia el cielo, se alzan en cuadrilátero; en líneas generales, son equivalentes entre sí, pero la que da a mediodía y la que da a norte, en longitud, son ambas ligeramente inferiores a las otras. En cada uno de sus ángulos se levanta una construcción de piedras muy bien trabajadas, que asciende con la pared desde la cimentación hasta una altura muy considerable; tiene cuatro lados, y se ajusta a la pared por un solo lado, sin recortar la belleza del conjunto; al contrario, se le añade incluso algún ornato por la armonía de su semejanza estructural. Se levantan sobre ellas ocho arcadas, de las que cuatro sostienen la cubierta que se curva en el centro del conjunto en forma de esfera suspendida; de las otras, dos dan a mediodía y dos a norte, descansan sobre la pared contigua y levantan la techumbre central que se halla suspendida en la estructura abovedada. Y el techo entero se enorgullece de sus pinturas, sin haber sido fijado con cera fundida y aplicada sobre él, sino que ha sido compuesto a base de mosaicos teñidos de colores de todas clases. Imitan éstas toda clase de temas y motivos humanos. Mostraré ahora cuáles son los rasgos de estas pinturas. En cada una de ellas está la guerra y el combate. Y un sinnúmero de ciudades son conquistadas, unas de Italia y otras de Africa. El emperador Justiniano obtiene victorias con la colaboración de su general Belisario, y vuelve el general junto al emperador con todo el ejército intacto, y le entrega despojos, reyes, reinos y todo aquello que se estima como extraordinario entre los hombres. El emperador y la emperatriz Teodora se hallan en el centro, parecen alegrarse ambos y celebran las victorias sobre el rey de los vándalos y el rey de los godos que llegan a ellos como cautivos sometidos a servidumbre. El senado romano, reunido en asamblea, se encuentra en torno a ellos, todos en actitud festiva. Esto lo reflejan los mosaicos, pues expresan en sus semblantes una actitud alegre. En efecto, se muestran ufanos y sonríen cuando les tributan honores casi divinos por la importancia de sus realizaciones. Y todo el interior, hasta los mosaicos de encima, está recubierto de suntuosos mármoles, y no sólo los revestimientos de paredes, sino igualmente todo el pavimento. Algunos de los mármoles son de cantera espartana semejantes a la esmeralda y otros simulan la llama del fuego. El aspecto de la mayoría de ellos es blanco, pero no el ordinario, sino uno que saca un veteado de color azulado. Esto es lo que hay al respecto.

---

53 Es decir [«Puerta de»] «bronce». También se menciona en *Historia de las guerras* I, XXIV 47.

XI. Según se navega desde la Propóntide[54] hacia la parte de levante de la ciudad, se encuentra un baño público a la izquierda. Se llama Arcadianas, y engalana a Constantinopla, que es de una gran dimensión. Allí este emperador edificó un recinto, que se halla fuera de la ciudad, y se ofrece a los que allí dedican su esparcimiento a pasear, y a fondear sus barcos a los que navegan por la costa. El sol, cuando sale, lo ilumina con su luz y le da sombra gratamente, cuando completa su recorrido hacia occidente. El mar sereno fluye en torno a este recinto, rodeándolo en calma con su corriente al modo de un río que procediera del Ponto, de manera que incluso los que se encuentran paseando entablan conversación con los que están navegando. Porque el mar, que mantiene su profundidad hasta la cimentación del recinto, se hace allí navegable para las embarcaciones y, debido a la profunda calma existente, relaciona entre sí, en conversación, a los que se encuentran en tierra firme y a los que pasan navegando. Así es, pues, la parte de mar que limita con este recinto, se embellece por la contemplación que de él se tiene y se airea por las suaves brisas que vienen del agua. Columnas y mármoles de extraordinaria belleza cubren, en su totalidad, tanto sus cimientos como las partes de arriba. De ellos se desprende un destello extraordinariamente blanco, que se produce justamente gracias a los rayos del sol. Incluso también, un gran número de estatuas lo adornan, unas de bronce y otras de piedra pulida, espectáculo digno de una larga descripción. Se podría suponer que son obra del ateniense Fidias, del sicionio Lisipo o de Praxiteles. También se halla allí, sobre una columna, la emperatriz Teodora, que la ciudad se la había ofrendado en agradecimiento por el recinto. Se trata de una estatua de bello rostro, pero inferior en belleza a la emperatriz, porque expresar de palabra su hermosura y representar su figura sería del todo punto imposible, al menos para un ser humano. La columna es de púrpura y da a entender a las claras, incluso antes de que se capte la efigie, que sin duda soporta a una emperatriz.

Y al punto mostraré las realizaciones que allí se llevaron a cabo por este emperador con referencia al suministro de agua. En la época de verano, la ciudad imperial sufría escasez de agua de un modo general, aunque en las otras estaciones tuviera suficiente. Porque se producían en esa estación sequías, y las fuentes, que manaban agua en menor profusión que en otras estaciones, ofrecían a la ciudad una conducción muy mermada de caudal. Por ello, el emperador ideó lo siguiente. En el Pórtico Imperial, donde preparan sus pleitos los abogados defensores y los fiscales y todos aquellos que se dedican a este menester, hay un patio muy grande, muy largo, y de un ancho adecuado, rodeado de columnas en sus cuatro costados, pero no se ha construido, por los que lo han llevado a cabo, sobre una cimentación de tierra sino sobre piedra. Cuatro pórticos enmarcan el patio, fijándose uno en cada uno de los lados. Pues bien, en ese patio, y en el lado que precisamente da a mediodía, el emperador Justiniano excavó[55] a gran profundidad y acondicionó un depósito para el verano con las aguas que se perdían en la abundancia de las otras estaciones. Porque al recibir estos depósitos el sobrante del acueducto, cuando éste rebosaba, ofrecían entonces un espacio a las aguas que se encontraban carentes de él y concedían un recurso a los que necesitaban estas aguas que temporalmente se ansiaban. Así consiguió el emperador Justiniano que los bizantinos no sintieran más deseos de agua potable.

También construyó palacios, de nueva planta, con su actuación personal en otros lugares, en el Hereo, que ahora llaman Hierón, y en las llamadas Jucundianas. Pero probablemente no

---

54 Mar de Mármara.

55 Se menciona también en la *Histotia secreta*, XIV 13. Puede tratarse de la misma cisterna existente hoy día, llamada Yeri Batan Serai, a poca distancia de la parte oeste de Santa Sofía.

podría expresar suficientemente con adecuadas palabras su magnificencia a la par que su rigor técnico y su enorme tamaño. Bastará decir que éstos son propiedades regias y que deben su existencia a la intervención directa de Justiniano y a su capacitación técnica[56], sin que nada se haya descuidado, salvo el dinero. Porque no es posible calcular su montante.

Allí también se construyó primorosamente un abrigado puerto que antes no existía. Porque encontró la costa, a uno y otro lado, expuesta a los vientos y a la agitación del oleaje, y determinó que fuera un refugio para los navegantes de la siguiente manera. Se procuró, de las llamadas arcas[57], una gran cantidad de ellas y de gran tamaño, y las arrojó a una gran distancia de la costa, en línea oblicua, a uno y otro lado del puerto y, fijando sucesivamente un estrato de otras arcas en línea, por encima de esas anteriores, levantó dos muros[58] que se hallaban en ángulo frente a cada uno de los lados del puerto, desde los cimientos del fondo hasta la superficie del agua que surcan las naves. Además, echó en aquellos muros rocas cortadas a pico que, golpeadas por el oleaje, rechazan la acometida de las olas y, cuando en la estación invernal sobreviene un duro vendaval, todo el espacio que se encuentra entre los muros se mantiene tranquilo, quedando en medio un solo acceso al puerto para los barcos. También ha construido allí sagrados templos, como anteriormente he expuesto[59], pórticos, mercados, baños públicos y casi todos los demás tipos de edificios, de tal modo que esas construcciones en nada son inferiores a los reales sitios de la ciudad, en los lugares que llevan el nombre de Eutropio, no muy lejos de este Hereo, construido de la misma manera que el puerto que hace poco he mencionado.

Pues bien, para decirlo lo más brevemente posible, las construcciones que llevó a cabo el emperador Justiniano en la ciudad imperial son de ese modo en líneas generales. Y la única cuestión que nos ha quedado aquí pendiente la expondré al punto. Al tener en este lugar el emperador su residencia, a causa de la extensión del Imperio, de todo el mundo acude a la ciudad una variopinta multitud de gentes. Cada uno de ellos se presenta guiado por algún asunto o por alguna esperanza o por azar; algunos, cuya situación en casa no se encuentra en buen estado, se acercan para hacer una petición al emperador, y se afincan en la ciudad por alguna exigencia urgente, inminente o futura. Son personas que, aparte de otras dificultades, les afecta también la falta de vivienda, porque no son capaces de pagar el alquiler por su estancia aquí. Esta dificultad se la resolvieron el emperador Justiniano y la emperatriz Teodora. Muy próximo al mar, precisamente en el lugar que se llama Estadio (porque antiguamente, supongo, se dedicó a la celebración de algunos juegos), construyeron unos enormes hospicios, para que temporalmente sirvieran de hospedaje a los que se vieran afectados por estas necesidades.

---

56 Aquí sí se le concede «capacidad técnica» a Justiniano. Cf., en cambio, *supra*, n. 19, pág. 33, donde sus conocimientos técnicos, para dar solución a un problema, se deben a la inspiración divina.

57 Estas «arcas» o, más bien, «arcones» se supone que no llevarían tapa y se llenarían de piedras para que se hundieran mejor. En definitiva, se trataba de hacer una barrera artificial, tal como hoy día se hace con bloques de hormigón.

58 En el Bósforo.

59 Cap. III, pág. 36.

LIBRO II

I. Todos los nuevos templos que el emperador levantó tanto en Constantinopla como en sus suburbios, todos los que restauró porque estaban derruidos por el paso del tiempo, y el resto de edificaciones que allí se han realizado, se han puesto de manifiesto en el libro precedente. A continuación, debemos pasar a las fortificaciones con que rodeó los límites extremos del territorio de los romanos. Aquí, ciertamente, sería forzoso en gran medida penar con mi relato y afrontar esforzadamente las dificultades. Porque no describiremos las pirámides, por ser éste un conocido asunto de los soberanos de Egipto, que respondió a un deleite inútil, sino las fortificaciones[60], con las que este emperador salvaguardó el Imperio, al haberlo amurallado y dejarles impracticable a los bárbaros un ataque contra los romanos[61]. Y no me pareció fuera de lugar comenzar por la frontera persa.

Cuando los persas se retiraron del territorio de los romanos, vendiéndoles a éstos la ciudad de Amida, como he dejado expuesto en mi **Historia de las guerras**[62], el emperador Anastasio ocupó una aldea, muy próxima a la frontera persa, desconocida hasta la fecha, de nombre Dara, para prestamente amurallarla y convertirla en una ciudad que fuera un baluarte contra los enemigos. Pero estaba establecido, en el tratado que el emperador Teodosio concertó en su momento con el pueblo persa, que ninguno de los dos en territorio propio, ubicado en algún punto de la frontera del otro vecino, construyera una nueva fortificación, y los persas invocando el tratado de paz se opusieron con toda premura a la construcción, aunque estaban agobiados por la atención que le dedicaban a la guerra contra los hunos[63]. Y los romanos viéndolos desprevenidos

---

60 Duro ataque de Procopio, movido por la adulación, contra la estética en favor del pragmatismo.

61 La construcción de fortalezas (que, en muchos casos, es la reconstrucción de las que se habían construido en épocas pasadas), y la subsiguiente consolidación de las fronteras del Imperio constituyó un objetivo prioritario en la política de Justiniano, como ya hemos visto, V., *supra*, n. 2, pág. 28 y VASILIEV, págs. 207-208.

62 I, IX 20.

63 Los hunos (que, según VASILIEV, págs. 174-175, es el nombre que Procopio da a «hordas de eslavos y búlgaros») hostigaban por igual a persas y romanos. En efecto, una vez que cruzaban el Danubio, irrumpían por todo el territorio bizantino, asolando Tracia, arrabales del propio Bizancio, zonas del Helesponto y diversos puntos de Grecia.

por esta circunstancia acometieron la fortificación con mucho más ardor, pudiendo anticiparse con diligencia a que los enemigos pusieran fin a su lucha contra los hunos y marcharan contra ellos. En consecuencia, encontrándose temerosos por el recelo que les inspiraban los enemigos y esperando constantemente sus ataques, no llevaban a cabo la edificación con rigor, porque la rapidez, debida a su exceso de celo, le mermaba la seguridad que requería la obra. Pues la firmeza de ninguna manera suele compaginarse con la brevedad, ni el rigor se complace en acompañar a la rapidez. Por consiguiente, en esas circunstancias llevaron a cabo el levantamiento del cercado con apresuramiento sin tener en cuenta las disposiciones tácticas contra los enemigos, sino que le fijaron tan sólo una altura necesaria, sin añadirle las piedras correspondientes de un modo cuidadoso, porque o bien las acoplaban con su ajuste debido o bien las ensamblaban ordenadamente con mortero. En consecuencia, al poco tiempo aconteció que la mayoría de las fortificaciones se vino abajo (porque las torres no tenían la más mínima posibilidad de hacer frente a las nieves y al calor del sol a causa de la debilidad de la construcción). Así se levantaron, pues, las primitivas murallas de la ciudad de Dara.

El emperador Justiniano se hacía la consideración de que los persas, en la medida de sus posibilidades, no permitirían que los romanos levantaran esta fortificación contra ellos, sino que atacarían con toda su gente, movilizarían todos sus recursos para plantear una ofensiva en justa réplica a las defensas de la ciudad; y les acompañaría un gran número de elefantes, que llevarían en sus lomos torres de madera, bajo las cuales se situarían y las mantendrían como sustentos; y mucho peor todavía: sobre ellos llevarían a los enemigos en caso necesario y transportarían una fortificación que les seguiría a donde se presentara la ocasión, a tenor de la intención de sus dueños; y que, al subirse en ellos, los enemigos dispararían, en la cabeza, a los romanos de dentro de la ciudad, los atacarían desde una posición más elevada, pero además también, levantarían terraplenes artificiales y traerían toda clase de máquinas de asedio de ciudades. Y si alguna desgracia acontecía a la ciudad de Dara, expuesta como parapeto de todo el Imperio Romano y situada para ofrecer un frente manifiestamente hostil, no se limitaría la desdicha a este lugar, sino que el estado se tambalearía en su mayor parte. Por estos motivos quiso rodear el lugar de una fortificación que estuviera acorde con su utilidad.

Pues bien, en primer lugar, acondicionó la muralla para que resultara del todo inaccesible e inexpugnable para los enemigos (pues estaba totalmente en ruinas, como se ha dicho, y era muy fácil de asaltar por esa razón para unos atacantes). En efecto, redujo las almenas originales con la inclusión de piedras y las estrechó hasta dejarlas en una abertura muy angosta, dejando solamente huellas de ellas en una especie de troneras, permitiendo que se abrieran lo justo para que pasara una mano y dejaran salida a los disparos de flechas que se hicieran desde el interior contra los atacantes. Y por encima de ellas, ideó la adición de un realce de unos treinta pies al recinto defensivo[64], sin levantarlo sobre todo el grosor del muro, para que no resultara algún perjuicio insoportable a la obra, al estar sobrecargados los cimientos por el exceso de peso que se les echaba encima, sino que recubriendo el espacio que allí quedaba con un aporte externo de piedras, construyó un pórtico que daba la vuelta a todo el recinto, añadiéndole defensas al pórtico, de modo que el muro tenía, en su totalidad, una cubierta doble, y en las torres había también tres pisos destinados a los que defendían el recinto y rechazaban los ataques que contra

64 El recinto defensivo, cuando Cosroes atacó la ciudad en el año 540, tenía sesenta pies de altura y cada una de las torres cien pies, según refiere Procopio en la *Historia de las guerras*, II, XIII 17.

él se dirigían. Situó, en efecto, en el centro de cada una de las torres una estructura esférica y, a su vez, en ella levantó otras defensas, con lo que de ese modo hizo un muro de tres plantas.

Después, cuando observó que había acontecido que muchas de las torres en poco tiempo, como he dicho, se hallaban en ruinas, no tuvo reparos en derribarlas, pues siempre los enemigos estaban en la vecindad, aguardando su oportunidad y manteniéndose al acecho sin cesar, por si en algún momento se presentaba la posibilidad de encontrar desguarnecida alguna parte del recinto. Y proyectó lo siguiente. Mantuvo estas torres donde estaban, pero por la parte exterior de cada una de ellas levantó hábilmente otro conjunto de edificaciones de forma rectangular que ofrecía adecuadamente seguridad y todo tipo de salvaguarda, y de este modo cercó, para darle seguridad, con otra fortificación las partes del muro que se habían deteriorado. Eliminó muy oportunamente una de ellas, la torre llamada de la Guardia, la reconstruyó con todas las condiciones de seguridad y suprimió el temor motivado por la inseguridad de todas las partes del recinto. Diestramente añadió, en la proporción correcta, la altura suficiente a la defensa exterior. Por su parte de fuera, cavó una fosa, no precisamente como suelen hacerlas los hombres en tales casos, sino a corta distancia y de diferente manera. Pero el motivo de ello ya lo mostraré.

Acontece que el resto del recinto, en su mayor parte, es inaccesible para una fuerza atacante, puesto que no se encuentra en un terreno liso ni ofrece una situación cómoda para un ataque a los asaltantes, sino que se halla en pendiente, en terreno duro y escarpado, donde no es posible excavar una zanja ni organizar un ataque. Pero en el lateral que da al sur, el terreno es blando, arenoso y muy cómodo para abrir fosas, y en ese punto hace vulnerable a la ciudad. Consecuentemente, en un largo trecho cavó en ese sitio una fosa en forma de media luna, de un ancho y profundidad suficientes, y ajustó cada uno de sus extremos a la fortificación exterior, llenándola abundantemente de agua; la hizo entonces totalmente inaccesible a los enemigos y fijó, en su parte interior, otra defensa. Sobre ésta, precisamente, se sitúan los romanos y vigilan durante un cerco, descuidándose del recinto y de la otra defensa exterior que se ha proyectado delante del muro. Casualmente, entre el muro y la defensa exterior, por el acceso que hay hacia la aldea de Amodio[65], había un gran talud de tierra, y en él los enemigos tenían la posibilidad, en gran medida, de ocultarse en el momento de hacer excavaciones contra la ciudad por debajo del recinto. Desmontó de allí este talud, limpió muy bien el terreno y de ese modo contuvo el ataque de los enemigos al muro.

II. Por consiguiente, de ese modo llevó a cabo el emperador la construcción de esas fortificaciones. Construyó también unos depósitos de agua entre el recinto y la fortificación exterior, muy cerca precisamente del templo que se levanta en honor del apóstol Bartolomé hacia poniente. También fluye un río, desde un arrabal de la ciudad, que se halla a una distancia de ésta de dos millas y recibe el nombre de Cordes. A cada uno de sus lados se alzan dos cerros extraordinariamente rocosos, y este río discurre entre la falda de cada uno de ellos hasta la ciudad, progresando a lo largo de los pies de los montes, y es precisamente por este motivo por el que no puede ser desviado ni alterado por los enemigos. Porque no se encuentra en un terreno llano donde puedan desviar su curso. Y se lo acercan a la ciudad de la siguiente manera. Construyeron un gran canal fuera del recinto, y reforzando la entrada del canal con un gran número de barras de hierro lo más gruesas posible, verticales y horizontales, lograron que se pudiera dar a la ciudad acceso al agua sin que entrañara peligro para la fortificación. Así, pues, el agua entraba en la ciudad y

65 A unas doce millas, al sur de Dara; hoy, Amudah, en Siria.

llenaba sus depósitos, y sus moradores la distribuían a donde querían; después, la derivaban a cualquier otra parte de la ciudad, y esta derivación se ha realizado de un modo semejante a su introducción a la ciudad. Y al dirigir su curso por el terreno llano de allí, dejaba muy asequible la ciudad ante un asedio contra ella. Porque allí, por la abundancia de agua, era fácil acampar para los enemigos. El emperador Justiniano, para que esto no sucediera, sometió a examen la situación, tratando de ver si encontraba algún remedio al inconveniente. Pero Dios le remedió la dificultad haciéndose cargo de la situación, y salvó la ciudad sin dilación alguna. Ello tuvo lugar de la siguiente manera.

Uno de los soldados que estaba de guarnición en este lugar, bien por haber tenido una visión durante un sueño, bien por verse impulsado a ello espontáneamente, reunió un nutrido grupo de artesanos de la construcción y les encomendó que excavaran una gran zanja en el interior del recinto, mostrándoles un determinado lugar donde, decía, encontrarían agua potable que manaba del interior de la tierra. Hizo una zanja circular de una longitud de cincuenta pies y la excavó a una gran profundidad. Esta medida salvadora para la ciudad no se llevó a cabo por la previsión de estos artesanos, pero el desastre que iba a tener lugar resultó de total utilidad para los romanos merced a la excavación. Porque, entre tanto, descargaron unas fuertes lluvias y el río, que recientemente mencioné, experimentó una crecida delante del recinto y, al subir extraordinariamente de nivel, ya no discurría por su cauce habitual, no pudiendo aceptar tal incremento de volumen ni los accesos de agua a la ciudad ni el canal de derivación, tal como ocurría anteriormente. En consecuencia, replegó y concentró su corriente contra el muro, aumentando en mucho su altura y profundidad y en algún sitio se transformó en laguna; en otro se encrespó tornándose tempestuoso. Por ello, presionó sobre la fortificación exterior y la derribó inmediatamente; echó abajo, con sus sacudidas, una gran parte del muro, abrió de par en par las puertas y, en cierto modo, al fluir con un caudal tan grande, inundó casi toda la ciudad y, metiéndose por su mercado, callejones e igualmente por las casas, arrastraba de esos sitios un gran balumbo de enseres, utensilios de madera y otras cosas por el estilo, y al anegar esa zanja se perdió volviéndose subterráneo. No muchos días después, desembocó en un punto muy próximo a los confines de Teodosiópolis; apareció en un lugar que distaba, aproximadamente, cuarenta millas de la ciudad de Dara, siendo reconocido por los objetos que arrastraba procedentes de las casas de aquella ciudad. En efecto, allí afloraron todos los residuos. Y en lo sucesivo, en época de paz y en la prosperidad, este río cuyo cauce discurría por el centro de la ciudad, dejando llenos a rebosar de agua los depósitos, seguía su curso fuera de la ciudad a través de los desagües que oportunamente se le habían hecho por lo que construyeron la ciudad, como hace poco he expuesto[66]. Riega toda aquella comarca y siempre resulta deseado para todos los que habitan en su entorno. Y cada vez que allí llegaba un ejército enemigo con la intención de asediar la ciudad, cerraban las salidas de desagüe del río por medio de unas barras de hierro, en concreto con las llamadas compuertas, obligando inmediatamente al río, por medio de esta necesidad artificial, a modificar su curso y a cambiar su salida, y lo dirigían a la zanja y a la hondonada que de ella se derivaba. Y a consecuencia de ello, los enemigos, al estar agobiados por la falta de agua, se veían obligados inmediatamente a levantar el asedio. Ciertamente Mirranes, general persa en el reinado de Cabades, llegó allí para asediar la ciudad, pero obligado por estos inconvenientes, se retiró al poco tiempo sin haber logrado nada. Y el propio Cosroes, mucho después, llegó con la misma intención con un gran ejército y emprendió el ataque a la ciudad. Encontrándose apurado

66 En *La historia de las guerras*, VIII, VII 8-9, da Procopio una versión distintta del curso de este río.

por la escasez de agua y considerando la elevada altura del recinto, sospechó que era totalmente inexpugnable, desistió de su propósito y se marchó, retirándose inmediatamente al territorio persa y dándose tácticamente por derrotado por la previsión del emperador romano.

III. De ese modo, pues, el emperador Justiniano adoptó esas disposiciones en la ciudad de Dara. Pero mostraré de qué modo consiguió que tal sufrimiento, derivado del río, ya no tuviera lugar para esta ciudad, siendo así que Dios cooperó con él manifiestamente en este afán. Había un tal Crises, procedente de Alejandría, diestro constructor que ayudaba al emperador en sus edificaciones y había llevado a cabo la mayor parte de las construcciones que se habían levantado en la ciudad de Dara y en el resto del territorio. El tal Crises se hallaba ausente cuando ocurrió precisamente la desgracia motivada por el río en la ciudad de Dara. Pero cuando se enteró, se dolió mucho por la desgracia y se retiró a su lecho. Y tuvo en sueños la siguiente visión. Le pareció en su sueño que un ser extraordinario, y en líneas generales demasiado corpulento para compararlo con un hombre, anunciaba y proponía un modo de actuación que haría posible impedir al río que jamás se encrespara para peligro de la ciudad. Y al punto conjeturando que se trataba de un tema de inspiración divina, redactó en un escrito la actuación que se proponía y la visión de su sueño y lo remitió al emperador, elaborando un esquema de las instrucciones del sueño. Casualmente, no mucho antes había llegado un mensajero al emperador procedente de la ciudad de Dara, que le anunció todos los desperfectos que había ocasionado el río. Entonces el emperador, alterado y muy afectado por los acontecimientos, mandó llamar inmediatamente a los famosos constructores Antemio e Isidoro, que anteriormente mencioné. Les puso en antecedentes de los acontecimientos y requirió de ellos qué medida se llevaba a cabo en lo sucesivo para que ya no le ocurriera más a la ciudad un hecho de ese tipo. Y cada uno de ellos expuso una propuesta de actuación que parecía ser adecuada a la situación. Pero el emperador, movido sin duda por una inspiración divina, y sin ver todavía la carta de Crises, reflexionaba y diseñaba por propia iniciativa, de un modo increíble, lo que significaba el sueño. Pero estando todavía en el aire su decisión y no siendo claro lo que debían hacer, suspendieron la entrevista. Y a los tres días más tarde, llegó un individuo que mostró al emperador la carta de Crises y el diseño de la estrategia que sugería el sueño. El emperador mandó llamar de nuevo a los constructores y les ordenó recordar sus anteriores puntos de vista al respecto. Y ellos repitieron ordenadamente todo lo que habían referido en su actuación como técnicos y lo que el emperador, en su arrogancia, les había ordenado que debía hacerse. Entonces el emperador les mostró al enviado de Crises y su carta, e incluso también la visión, que se había originado del sueño, con una referencia al futuro, y su diseño, y los dejó grandemente asombrados, al reflexionar que Dios cooperaba con este emperador en todo lo que tenía que ver con el estado[67]. Entonces prevaleció la propuesta del emperador, al ceder la ciencia y la técnica de los constructores. Y Crises de nuevo se presentó en la ciudad de Dara con las instrucciones del emperador de acometer con toda diligencia el plan descrito, tal como lo había dictado la prescripción del sueño. Y llevó a cabo las instrucciones de la siguiente manera.

En un lugar distante de las fortificaciones externas de la ciudad, a unos cuarenta pies, en medio de cada uno de los peñascos entre los que discurre el río, construyó una línea defensiva de altura y anchura suficientes. Sus extremos se ajustaban del todo a cada uno de los montículos rocosos, de tal manera que el agua del río, aunque fluyera violentamente, no tendría posibilidad

67 La intervención y cooperación divina, en los problemas que se presentan, se pone de manifiesto una vez más.

alguna de penetrar en aquel punto. Los expertos en la materia denominan a esta construcción dique o esclusa, o cualquier otro apelativo que estimen. Porque esta defensa no se ha construido en línea recta, sino en curva, en forma de media luna, para que la curvatura, que se extendía contra el curso del río, pudiera aún más hacer frente a una corriente impetuosa. Y por su parte baja y por su parte alta, había hecho unas compuertas en la defensa para que, ante una repentina crecida, si es que así ocurría, le fuera forzoso al río concentrarse allí y no continuar ya con todo su caudal, sino que, al soltar por las aberturas un pequeño flujo de su excesivo volumen, siempre tendría que cesar en su ímpetu, poco a poco, y jamás supondría un perjuicio para la fortificación de la ciudad. Porque el desagüe, que se concreta en un espacio de cuarenta pies de extensión, como he dicho, entre el dique y la fortificación exterior, no está sujeto a presión alguna, sino que discurriendo ordenadamente hacia sus accesos habituales, desemboca desde allí en el cauce del canal. Y en cuanto a las puertas [de la ciudad], que el río, con repentina violencia había desencajado anteriormente, las quitó de allí y reforzó el lugar que anteriormente habían ocupado con piedras de grandes dimensiones, porque al hallarse en un lugar llano quedaban muy expuestas a una crecida del río. Y las colocó muy cerca, en un lugar escarpado, en un punto elevado del recinto, donde la posibilidad de acceso para el río era mínima. Así, pues, de este modo se llevaron a cabo esas acciones por este emperador.

Había en la ciudad una gran problemática, respecto al agua, para los ciudadanos del lugar. Porque no tenían allí una fuente que manara, ni un caudal de agua que se llevara por un conducto hasta las calles existentes, ni que se depositara allí en algunos cisternas, y los ciudadanos cuyas calles estaban muy próximas al curso del río se abastecían, sin dificultades y con toda comodidad, de agua potable por su proximidad; en cambio, aquéllos cuyas viviendas se encontraban casualmente muy alejadas del cauce del río, tenían forzosamente una de dos alternativas: o abastecerse de agua en medio de padecimientos extremos o perecer de sed. Pero el emperador Justiniano trazó un gran canal con el que distribuyó el agua por todas las partes de la ciudad y puso fin, para sus habitantes, a la escasez. También construyó dos templos. Uno, la llamada Iglesia Grande; el otro, el templo del apóstol Bartolomé. No obstante, edificó igualmente numerosos acuartelamientos para los soldados, a fin de que en modo alguno pudieran molestar a los ciudadanos.

También, tanto el muro como la defensa exterior de la ciudad de Amida, que tenían su origen en épocas pretéritas y que por ese motivo infundían el recelo de que podían venirse abajo, los sustituyó al poco tiempo con una nueva edificación y restauró la seguridad de la ciudad. Y todas las construcciones que llevó a cabo en las fortificaciones, que casualmente se hallan dentro de los límites de estas ciudades, las voy a referir a continuación.

IV. Desde la ciudad de Dara, según se va a las poblaciones persas, se encuentra un territorio, a la izquierda, totalmente intransitable para carros y caballerías, cuya distancia supone un trayecto de dos días, especialmente para un hombre sin impedimenta[68], y limita con un terreno en pendiente y escarpado que recibe el nombre de Rabdio. Y a cada uno de los lados de la ruta que lleva a Rabdio, el territorio persa abarca una extensión muy grande. Al principio me admiraba

68 Alude frecuentemente Procoio, para marcar las distancias entre dos puntos, al trayecto o jornada de un día (o más) de marcha «para un hombre libre de impedimenta»; en griego, εὐζώv, propiamente viene a significar «de bella cintura» (así, p. e., en los poemas homéricos, para calificar a una bella muchacha), de donde «ágil» y, referido al ámbito militar, «soldado expedito» «sin bagaje», «sin impedimenta», significación que pervive, en cierto modo, en la Grecia actual, pues εὐζῶνες son los soldados que, con vistosos uniformes tradicionales, montan guardia delante del parlamento, en Atenas.

de esto e indagaba entre los nativos a qué se debía el que una vía y área que pertenecían a los romanos limitaba a cada lado con territorio enemigo. Algunos de ellos me informaron de que, en un tiempo, el territorio había pertenecido a los persas, pero un emperador romano había donado a un rey persa, que la había solicitado, una aldea rica en viñedos, próxima a Martirópolis[69], y a cambio había recibido este territorio. Rabdio[70] se halla sobre unas rocas escarpadas y enteramente agrestes que surgen allí, sin más, de un modo admirable. Por debajo de él, se halla un lugar que los romanos llaman El Campo, maravillándose, supongo yo, en principio, de que se halle en medio de territorio persa y pertenezca a los romanos. Este Campo de los romanos se encuentra en una zona llana, y ciertamente es rico por los recursos que proporcionan sus tierras de cereales. Se puede demostrar también ello por el hecho de que el territorio persa rodea la zona por todas partes.

Hay una fortaleza muy significativa entre los persas, por nombre Sisauranonte, que en una ocasión el emperador Justiniano conquistó y demolió hasta sus cimientos, habiendo apresado un gran número de jinetes persas junto con su jefe Blescames. Se encuentra a una distancia de dos días de camino de la ciudad de Dara[71], para un hombre sin impedimenta. Y, a su vez, dista tres millas aproximadamente de la referida Rabdio. Pues bien, en un principio este lugar estaba desguarnecido y carente del todo de significación para los romanos. Por consiguiente, jamás, por parte de ellos, se construyeron en él fortificaciones ni defensas ni cualquier otra mejora. Sin duda, los que trabajaban El Campo, que mencioné hace poco, pagaban cincuenta estáteros de oro al año a los persas, tal como si satisficieran una contribución, con la condición de poseer sin temor sus propiedades y poder disfrutar de las cosechas que en ellas crecían. Pero el emperador Justiniano se propuso que toda esta situación cambiara para ellos. En efecto, rodeó Rabdio de un muro en la parte elevada de las rocas que se alzan allí, e hizo el lugar inaccesible a los enemigos, evidentemente con la colaboración de la naturaleza. Y puesto que los moradores del lugar tenían escasez de agua, dado que la existencia de una fuente en lo alto de unos peñascos ofrecía unas posibilidades mínimas, construyó dos cisternas, perforó las rocas del lugar por muchos puntos y logró que se contara con abundantes depósitos con el fin de que, cuando confluyeran las lluvias en ellos, las personas que allí residían pudieran usarlos sin el más mínimo temor, y no resultaran una presa fácil, al verse agobiados por la escasez de agua.

También todas las demás fortificaciones que se encuentran en las montañas, y se hallan en el trayecto que va desde aquí y desde la ciudad de Dara hasta Amida, esto es, Cifas, Sauras, Margidis, Lurnes, Idriftón, Atacás, Sifrios, Ripaltás y Banasiméonte, así como Sinás, Rasios, Dabanas y todas las demás que existían desde antaño y habían sido amuralladas en un principio de un modo ciertamente ridículo, las reconstruyó dejándolas seguras, transformándolas en la belleza y solidez que ahora se manifiesta, y las hizo inexpugnables para que fueran el avanzado bastión que asegurara el territorio romano. Se alza allí un monte que llega al cielo, escarpado e inaccesible del todo. Y en la llanura el terreno se presenta mollar y muy suave, apto para laborarlo y totalmente apropiado para el ganado, porque crece la hierba en abundancia. En la falda del monte, existen numerosas aldeas que habitan gentes dichosas por la posesión de sus

69 Junto a la frontera persa, no lejos de Dara. Ambas poblaciones equidistan de Amida, que se encuentra más alejada de la frontera. Martirópolis, actualmente, se la conoce por Mejafarkin.

70 Parece corresponder a la moderna Kalat Hatim Tai.

71 La población persa más próxima a Dara es Nisibis, que se encuentra justamente al otro lado de la frontera. Sisauranonte parece corresponder al lugar que hoy ocupa Serwan.

medios de vida, pero resultan una presa fácil si se las ataca. Esta circunstancia se la corrigió el emperador Justiniano construyendo una fortaleza en la cima del monte, donde podían situar sus enseres más valiosos y quedar a salvo, en retirada, cada vez que atacaran los enemigos. Y se denomina Fortaleza de los Emperadores[72]. Igualmente, las fortificaciones existentes en torno a la ciudad de Amida, cuyas defensas eran de adobe y totalmente accesibles a los enemigos, las reconstruyó con rigor y las dejó completamente seguras. Entre éstas se encuentra Apadnas y el villorrio de Birto. Porque no es fácil referirlas todas nombre por nombre. Pero para decirlo brevemente, hizo que resultaran inexpugnables, en el momento actual, todas las plazas fuertes que anteriormente habían estado expuestas a los atacantes. Y como consecuencia de ello, Mesopotamia es manifiestamente inaccesible a la nación persa.

No debo silenciar tampoco lo que ideó en la fortaleza de Baras que recientemente mencioné[73]. El interior de la fortaleza se encontraba enteramente sin agua, pues esta plaza de Baras se había construido en un elevado monte, en su escarpada pendiente. Fuera de ella, y a una gran distancia, al pié del monte, pasada la pendiente, había una fuente que no parecía recomendable incluirla dentro del muro de la fortificación, para que ninguna parte de éste, que quedara en terreno llano, fuera expugnable. En consecuencia, proyectó lo siguiente. Ordenó excavar el interior del recinto hasta llegar aproximadamente a terreno llano. Y cuando se ejecutó esta orden, de acuerdo con la instrucción del emperador, apareció el agua allí manando desde la fuente en contra de lo que se esperaba. En consecuencia, la fortificación se construyó en condiciones de seguridad y, por otra parte, en lo que respecta al agua parece que su situación era la apropiada.

V. Así también, reconstruyó el recinto fortificado de Teodosiópolis[74] que es el territorio defensivo avanzado de los romanos junto al río Aborras[75]. Pues el paso de los años había motivado especialmente que se viniera abajo, y por ello a los moradores del lugar no ya les infundió confianza en su seguridad, sino que asustó permanentemente a todos, al inculcarles el temor de que, a no tardar mucho, caería sobre ellos, porque al hacer una reconstrucción del muro en su mayor parte, este emperador pudo, de un modo eficaz, acabar al menos con las incursiones persas contra Mesopotamia.

Pero también es digno de referir sus realizaciones en Constantina. Anteriormente, el recinto amurallado de Constantina era expugnable por su altura con una escala y, en el resto de su estructura, muy accesible, pues se había realizado por los hombres de entonces como algo secundario. Porque estaban tan separadas entre sí las torres que, si irrumpían unos atacantes en su espacio intermedio, los que estaban de guarnición en ellas, en misión defensiva, no tenían posibilidad de rechazarlos. Mas ciertamente, con el paso del tiempo, el recinto se fue deteriorando y, en su mayor parte, poco faltó en cierto modo para que se desmoronara. También, además de ello, la ciudad tenía una línea exterior defensiva, de tal suerte que parecía estar dispuesta como línea ofensiva contra ella. Pues su grosor no llegaba a más de tres pies y su composición además era de barro, y por su parte baja, en un corto trecho, estaba construida con piedra de muelas de molino, mientras que, por su parte alta, estaba cubierta de la llamada piedra blanca, que es floja y muy blanda. De manera que, realmente, en su totalidad era fácilmente expugnable para los atacantes.

---

72 En griego, βασιλέων το φρούριον.

73 No se ha mencionado anteriormente, salvo que se trate de la Sauras ya mencionada un poco antes.

74 Muy próxima a la frontera, al norte de las fortalezas mencionadas. Hoy, Ras el Ain, Irak.

75 Actualmente, río Khabour.

El emperador Justiniano restauró las partes deterioradas del recinto defensivo con una nueva construcción, especialmente las que daban a poniente y norte. Y por todas partes de la defensa, en medio de cada dos torres, levantó otra más, y a consecuencia de ello, al estar todas las torres muy próximas entre sí, establecían un baluarte defensivo delante del recinto. Y al incrementar en gran medida la altura al muro y a todas las torres, hizo inexpugnable para los enemigos la defensa de la ciudad. Pero también construyó unos accesos cubiertos a las torres, que edificó de tres plantas con hileras de piedras que daban lugar a una curvatura en forma de bóvedas. Y motivó que cada una de ellas fuera, y así se llama, una torre-fortaleza[76]. Porque, en lengua latina, llaman a las fortalezas *castella*. Pero también Constantina padecía desde antaño, de una manera insoportable, por el aprovisionamiento de agua. Pues en el exterior, a una distancia de una milla, hay fuentes de agua potable y, a continuación, surge en abundancia una gran arboleda con ejemplares que llegan hasta el cielo. Sin embargo, en el interior, donde resulta que las calles no están en llano sino en pendiente, la ciudad estaba desde antiguo sin agua, padecía sed y sus moradores se encontraban de siempre con esa gran carencia. Pero el emperador Juatiniano hizo pasar la corriente de agua al interior del muro por medio de una conducción y adornó la ciudad con fuentes que manaban sin cesar, razón por la que se le puede llamar con justicia fundador de la ciudad. Así, pues, los hechos referentes a estas ciudades se llevaron a cabo de ese modo por el emperador Justiniano.

VI. Había también una fortaleza romana junto al río Éufrates, en la frontera de Mesopotamia, allí donde el río Aborras desemboca en el Éufrates, uniendo sus aguas a él. Se llama Circesio[77] y la construyó, en épocas pasadas, el emperador Diocleciano. Y nuestro actual emperador Justiniano, al encontrarla deteriorada por el paso del tiempo, así como descuidada y, en líneas generales, desguarnecida, la transformó en una fortaleza muy sólida y logró que, por su tamaño y belleza, fuera una ciudad famosa. Porque Diocleciano, por aquel entonces, había edificado esa fortaleza sin cercarla del todo con un muro, sino que alargó la edificación del recinto amurallado hasta el río Éufrates y concluyó la obra con una torre en cada uno de sus extremos, pero dejó totalmente desguarnecida esa parte de territorio, por estimar, pienso yo, que el agua del río serviría por allí para protección de la guarnición. Mas con el transcurso del tiempo, la torre del extremo que daba al sur, la deterioró por entero la corriente del río con su roce incesante, y se puso de manifiesto que, si no se acudía en su ayuda lo más rápidamente posible, al punto se vendría abajo sin duda. Entonces apareció el emperador Justiniano, inspirado por Dios, con la decisión de cuidar y transformar todo el Imperio romano, en la medida de lo posible. En consecuencia, éste salvó no sólo la torre dañada, al reconstruirla con la piedra que se utiliza para las muelas de molino, de naturaleza dura, sino que también cercó todo el flanco de la fortaleza, que estaba desguarnecido, con un muro muy sólido, duplicando la seguridad, al añadir la que se derivaba del recinto cercado a la que ya existía por el río. Además de esto, le agregó a la ciudad una línea defensiva delante del muro, y especialmente, donde la confluencia entre los dos ríos configura un triángulo, acabó con los ataques enemigos que desde ese punto se pudieran producir. Y como jefe de la escogida guarnición designó al mando que llaman *dux*, con residencia permanente en el lugar, y consiguió que fuera una plaza fuerte suficiente para servir al gobierno del estado. Y el baño, que ofrecía un servicio a los habitantes del lugar, a expensas públicas, porque resultaba enteramente inútil a causa de la corriente del río y, al no poder ya cumplir su cometido habitual,

76 Denominación greco-latina; καστέλλοι τὰ φρούρια, en el texto.
77 Marcacando el límite del Imperio, al este. A su vez, al sur de las fortalezas que se han mencionado.

lo transformó en su actual estado de esplendor. Porque a todas las vasijas que se encontraban anteriormente suspendidas sobre una sólida obra de albañilería y fijadas para que fueran de utilidad al uso de los baños (el fuego ardía por debajo de ellas, y comúnmente suelen darles el nombre de calderas[78]), como comprobó que hasta el momento habían estado expuestas al embate del agua, y se había perdido por ende su utilidad para el baño, las aseguró con hileras de piedras (a todas las que con anterioridad se hallaban suspendidas, como he expuesto), y levantó por encima otra obra de albañilería, donde precisamente esas vasijas no podían contactar con el río, y así a la guarnición de allí le recuperó el disfrute que obtenía del baño. De este modo, pues, se llevaron a cabo las obras de Circesio por este emperador.

Tras Circesio hay una antigua fortaleza, por nombre Anucas[79], cuyo muro el emperador Justiniano lo encontró hecho una ruina y lo reconstruyó tan grandiosamente, que en lo tocante a fortificación no pasó por ser inferior, en lo sucesivo, a cualquiera de las ciudades más notables. Del mismo modo también las fortificaciones que se encuentran en torno a la ciudad de Teodosiópolis, que estaban sin amurallar anteriormente, dado que estaban fortificadas con muros de barro y con una ridícula construcción de adobe a modo de albarrada, las hizo impresionantes, como se encuentran en el día de hoy, y totalmente inaccesibles para sus atacantes. En concreto, se trata de Magdalatón, juntamente con las otras dos que casualmente se encuentran a cada uno de sus flancos, y de las dos Tanurio, una pequeña y otra de gran tamaño, de Bismideonte y de Temeres, así como de Bidamante, Dausaronte, Tiola, Ficas, Zamartade y, por así decirlo, todas las demás. Había un lugar, junto a la fortificación grande de Tanurio, al que los enemigos sarracenos tenían una gran posibilidad de frecuentar, tras su paso del río Aborras, y desde aquél, tomándolo como base de operaciones, extenderse por una espesa y protegida selva y por un monte que allí se alzaba, para descender en ataque contra los romanos que habitaban los parajes del entorno. Mas actualmente el emperador Justiniano ha levantado en este lugar una torre muy grande de dura piedra y, con el establecimiento de una guarnición muy considerable, ha conseguido una total capacidad para rechazar las incursiones de los enemigos, al idear esta defensa contra ellos.

VII. Estas fueron las actuaciones que el emperador Justiniano llevó a cabo aquí, en Mesopotamia. Pero en este punto de mi relato, obligado me es recordar Edesa[80], Carras[81], Calínico[82] y todos los demás núcleos urbanos de menor extensión que se encuentran en aquella parte, puesto que también se hallan entre dos ríos. Un río insignificante, de nombre Escirto[83], encauza el curso de sus aguas junto a Edesa, recoge su corriente de variados puntos y penetra en el centro de la ciudad. Sale de allí y sigue adelante, una vez que cubre suficientemente las necesidades de la ciudad con el acondicionamiento de entradas y salidas, que llevaron a cabo los hombres de antaño mediante conducciones en el muro. A veces este río, cuando sobrevenían abundantes lluvias, experimentaba una extraordinaria crecida y dirigía su curso a la ciudad como si intentara destruirla. En efecto, derribaba hasta sus cimientos una gran parte de la línea defensiva y del

78 Literalmente, χυτρόποδες, «vasijas con patas».
79 Actualmente, Khanukah.
80 Importante ciudad de Eufratesia; moderna Urfa, no lejos de la frontera con Siria.
81 Actualmente, Harran.
82 Próxima al Éufrates; en sus orígenes, llamada Niceforio.
83 El río se menciona en la *Historia secreta*, XVIII 38, como causante de calamidades para las poblaciones de la zona. A la vez, anuncia que «será descrito por mí en un siguiente libro», como aludiendo a la redacción de *Los edificios*.

recinto fortificado y cubría casi por entero la ciudad, causándole un daño irreparable. Porque, de repente, destruía lo más bello de las edificaciones y causaba la muerte de un tercio de la población. Pero el emperador Justiniano restauró inmediatamente no sólo todo lo que había sido destruido de la ciudad, entre lo que se encontraba la iglesia de los cristianos y el llamado Antíforo[84], sino también logró con toda diligencia que ningún suceso de ese tipo le ocurriera de nuevo. En efecto, consiguió su objetivo trazándole otro cauce nuevo al río, delante del recinto, burlándolo con el siguiente ardid. La margen derecha del río era desde siempre llana y honda; en la izquierda, en cambio, se levantaba un monte abrupto que impedía a la corriente apartarse, en cierto modo, o desviarse de su curso habitual; al contrario, lo impulsaba por una total necesidad contra la propia ciudad. Porque no había cosa alguna que lo obstaculizara por la derecha, cuando se encaminaba directamente a la ciudad. En consecuencia, redujo en su totalidad este monte a la vez que dejaba la margen izquierda hundida y más profunda que el propio cauce, y en la derecha levantó un enorme muro de piedras, que cada una de ellas suponía una carga para una carreta, de tal modo que, si el río discurría ajustado a su flujo acostumbrado, jamás la ciudad se vería privada de la utilidad que de ello obtenía, pero cada vez que por un azar experimentara una crecida y se produjera una inundación, una razonable cantidad de su caudal penetraría en la ciudad, como era habitual, pero el excedente de su corriente se encaminaría forzosamente a lo que constituía la invención (el nuevo cauce) de Justiniano, discurriendo por la parte trasera del hipódromo que ciertamente no se encontraba lejos, dominado, en contra de lo que se suponía, por el poder de la técnica humana y de la inteligencia previsora. Pero también forzó al río, cuando se encontraba en el interior de la ciudad, a seguir su curso en línea recta, y por encima levantó un obra en cada uno de sus márgenes, para que no pudiera desviarse de su cauce, y de ese modo no sólo preservó la utilidad que se derivaba para la ciudad, sino también le eliminó el miedo que le tenía. Resultaba también que el muro de Edesa y su fortificación exterior, a consecuencia del paso del tiempo, no se encontraban en menor grado de ruina, en su mayor parte. Por ello, pues, el emperador reconstruyó ambos, los dejó nuevos y con mucha más solidez de la que habían tenido antes. Una parte del recinto de Edesa contiene un fuerte. Justamente, en el exterior de la ciudad, surge una colina muy próxima a aquélla sobre la que se inclina por extenderse a su falda. Las gentes del lugar desde antaño, comprendiendo el peligro que representaba esta colina, la habían dejado como una especie de fortificación dentro del recinto, para no hacer vulnerable la ciudad. Pero la hicieron mucho más vulnerable todavía, porque un cercado intermedio muy pequeño, que se encontraba en terreno abierto, era conquistable incluso para unos chiquillos que estuvieran jugando a asaltar un muro. Por supuesto, una vez que se derrumbó éste, se levantó otro muro en la cima de la colina, obra del emperador Justiniano que no entrañaba en modo alguno temor por un ataque que se produjera en las alturas; descendía por la falda de la colina hasta completar la pendiente de uno y otro lado y se ajustaba al recinto defensivo.

Por otra parte, derribó los muros y las defensas exteriores de la ciudad de Carras y Calínico, que el largo espacio de tiempo transcurrido había deteriorado, las rehizo como están ahora, íntegras, y las dejó inexpugnables. Todavía, sin embargo, incluso una fortaleza que había en Batnas[85], que hasta el momento presente estaba sin amurallar y descuidada, la cercó con unas sólidas murallas y la transformó en la bella visión que es ahora.

---

84 Puede tratarse, por su significación etimológica, de una edificación que se hubiera levantado frente al foro o que hacía las veces de foro.

85 La moderna Tell Butnan.

VIII. Estas son las construcciones que llevó a cabo el emperador Justiniano, del modo que he dicho, en Mesopotamia y en la llamada Osroene. Pero mostraré de qué modo tuvieron lugar sus actuaciones en la margen derecha del río Éufrates. El resto de los límites fronterizos entre romanos y persas son de esta guisa: sus respectivos territorios guardan una relación de vecindad entre sí, y ambos efectúan sus operaciones teniendo su punto de partida en su propio territorio, entablan combate y resuelven sus diferencias como las colectividades que, siendo diferentes en costumbres y regímenes políticos, ocupan un territorio limítrofe. Pero en el territorio llamado antiguamente Comagene y hoy Eufratesia, en modo alguno se han asentado muy próximos entre sí. Porque un territorio desértico y enteramente yermo define, en una gran extensión, la frontera de romanos y persas, por lo que no entraña ningún tema en litigio. Sin embargo, cada uno de ellos construyó a la ligera, de adobe, fortines en el desierto que casualmente se encontraba muy próximo a la tierra que habitaban. Jamás éstos tuvieron ataque alguno de sus vecinos, porque ambos pueblos vivían en la zona sin rivalidad, ya que no poseían cosa alguna que sus enemigos pudieran desear. El emperador Diocleciano construyó en este desierto tres fortines de ese tipo, de los que uno, de nombre Mambrí[86], deteriorado por el largo espacio de tiempo, reconstruyó el emperador Justiniano.

A unas cinco millas de esta fortaleza, en dirección al territorio romano, Zenobia, esposa de Odonates, el caudillo de los sarracenos de la comarca, fundó una vez en la zona, en tiempos pasados, una ciudad pequeña a la que le dio su nombre. En efecto, la denominó Zenobia[87], como es lógico. Pero el larguísimo tiempo transcurrido, tras estos hechos, dejó en ruinas su recinto defensivo, puesto que los romanos en modo alguno se dignaron ocuparse de ella, lo que motivó su total despoblamiento. En consecuencia, tenían los persas la posibilidad de encontrarse sin problemas, cuando quisieran, en medio del territorio romano, incluso sin que los romanos se apercibieran de una incursión enemiga. Pero el emperador Justiniano reconstruyó por entero Zenobia y la pobló suficientemente de colonos, designó un jefe de las fuerzas escogidas y una guarnición más que suficiente y con ello logró que fuera un baluarte del Imperio romano y una línea defensiva contra los persas. Por lo demás, no sólo reconstruyó su estructura anterior, sino también la hizo mucho más sólida de la que anteriormente era. Porque unos peñascos muy próximos a la ciudad la rodeaban y, por ello, los enemigos tenían la posibilidad de disparar desde ellos a la cabeza de los defensores del recinto. Poniendo su empeño en eliminar este inconveniente, añadió a la altura del recinto defensivo una obra adicional, en el mismo punto precisamente en que limitaba con los riscos, para que siempre sirviera de protección a los que lucharan desde aquél. A esta obra adicional la llaman *alas*, porque da la impresión como de hallarse colgada del muro. Por otra parte, es difícil referir todo lo que el emperador llevó a cabo en Zenobia puesto que, dado que se encuentra en un lugar que no cuenta con vecinos en una gran extensión y por este motivo estaba siempre propensa a verse envuelta en peligros, no pudiendo conseguir una ayuda, porque no había romanos en la vecindad, la tuvo por digna el emperador, como es natural, de una atención muy especial con relación a todas las demás. Sin embargo, describiré unos pocos hechos de los que aquí se llevaron a cabo.

Junto a Zenobia fluye el río Éufrates, siguiendo su curso a levante y pasando muy próximo al recinto de aquélla, pero al existir unos elevados montes en este lugar de ningún modo puede desviarse su curso, sino que por la necesidad que impone la proximidad de aquellos montes

86 Quizás la moderna Tabus, por encima de Deir es Sor, en Siria.

87 La actual Zelebiye.

y forzado por la existencia de sus duras riberas y, siendo así que concentraba especialmente su corriente en un espacio estrecho, cada vez que acontecía un aumento de su caudal a consecuencia de las lluvias caídas, vertía sus aguas contra el muro e inundaba inmediatamente no sólo sus cimientos sino incluso hasta sus almenas. Por supuesto, al quedar el muro anegado por el agua, sucedió que las hiladas de sus piedras se deshicieron y en lo sucesivo el muro se mantuvo sobre una composición insegura de piedras. Pero construyó una enorme línea defensiva de piedra dura, como la de las muelas de molino, de igual extensión que el recinto y obligó a que se produjera siempre en este punto la perturbación que causaba el encrespamiento del río cuando se desbordaba y liberó totalmente al muro del perjuicio que de aquel hecho se derivaba, aunque el río se elevara a una gran altura, cuando experimentara una crecida. Pero encontró el recinto de esta ciudad, que estaba orientado a norte, enteramente deteriorado por el transcurso del tiempo; lo derribó juntamente con las defensas exteriores hasta sus cimientos y lo reconstruyó, mas no como se encontraba anteriormente, porque allí las viviendas de la ciudad se hallaban especialmente apiñadas y molestaban a los que vivían en aquella parte. Al contrario, sobrepasó el espacio originario en que se encontraban los cimientos del recinto y las defensas exteriores, incluso también más allá del propio foso, y edificó allí el muro que era digno de verse, especialmente bello, con lo que incrementó extraordinariamente la superficie de Zenobia. Mas también se hallaba muy próxima a la ciudad una colina que daba a poniente, desde la que los bárbaros podían en todo momento, en sus ataques, disparar sin temor alguno a la cabeza de los defensores de la ciudad, al igual que a la de los que se encontraran en el centro de ella. Pues bien, el emperador Justiniano enlazó la fortificación a esta colina en cada uno de sus lados, con lo que la situó dentro de Zenobia y rastrilló toda la colina, sin dejar nada, para que ninguno la escalara e hiciera daño desde ella, y fijó otra defensa en lo alto y así hizo la ciudad totalmente inabordable para quienes quisieran atacarla. Pues resultaba, por lo demás, que el terreno de la colina era muy hondo al otro lado, y por ello era imposible que los enemigos se acercaran demasiado. Y pasada esa depresión del terreno, se levantaban los montes que daban a poniente. Y entonces el emperador no sólo organizó la seguridad para la ciudad, sino también levantó allí iglesias y dependencias para las tropas. Aún más, le añadió unos baños públicos y unos pórticos. Para estas realizaciones prestaron su colaboración los maestros constructores Isidoro y Juan, oriundos éste de Bizancio y el otro de Mileto, sobrino del Isidoro que anteriormente mencioné. Ambos eran jóvenes y demostraban una habilidad natural por encima de lo que correspondía a su edad, y habían llegado a una madurez profesional merced a la experiencia adquirida en las empresas promovidas por el emperador.

IX. A continuación de Zenobia, la fortaleza de Sura[88], situada junto al río Éufrates, tenía unas defensas tan deleznables que, cuando Cosroes la atacó en una ocasión, no soportó la defensa más de media hora, sino que fue conquistada inmediatamente por los persas. Mas también el emperador Justiniano restauró esta fortaleza, como a Calínico, cercándola por entero con un muro sólido, y reforzó sus defensas exteriores, con lo que la preparó para que ya no cediera a los ataques de los enemigos.

Hay cierta iglesia en Eufratesia, consagrada a Sergio, famoso santo, al que los hombres de antaño adoraban y reverenciaban, razón por la que le dieron al lugar el nombre de Sergiópolis[89],

88 Al oeste de Calínico, cerca de El Hammam; hoy, Suriya.

89 En un principio se llamó Resafa (hoy, Rusafa). Se encuentra al sur de Calínico y de Sura, en el camino que lleva a Palmira.

y lo habían cercado con una defensa muy sencilla, lo suficiente como para impedir que los sarracenos de la zona tuvieran la posibilidad de tomarlo en un ataque. Porque los sarracenos son incapaces por naturaleza de asaltar un muro, y la fortificación más insignificante, si se da el caso, que se levante a base de barro, se convierte en un obstáculo para que efectúen un ataque. Pero con el tiempo este templo, a causa de la adquisición de tesoros, fue todopoderoso y admirado. En consecuencia, el emperador, teniendo en cuenta esto, tomó inmediatamente el asunto en consideración y la cercó con un muro que destacaba muy especialmente, embalsó una gran cantidad de agua y dispuso que los depósitos estuvieran llenos para los habitantes. Sin embargo, incluso añadió al lugar casas, pórticos y otras edificaciones que suelen ser el ornato de una ciudad. Pero también fijó aquí una guarnición de soldados que defendieran el muro ante una contingencia. Ciertamente Cosroes, rey de los persas, hizo un gran esfuerzo por tomar la ciudad, apostando un gran ejército frente a ella para sitiarla, y tuvo que abandonar el cerco sin lograr nada, a causa de la fortaleza de sus defensas.

E idéntica atención le dedicó el emperador a todas las plazas y fortalezas que se encuentran en los confines extremos de Eufratesia, esto es, Barbaliso[90], Neocesarea[91], el llamado Gabulon[92], Pentacomia, que se halla junto al río Éufrates, y Europo[93]. Así mismo, encontró también que las murallas del llamado Hemerio[94] se habían construido a la ligera y con una fábrica deficiente, por un lado, y que su recinto defensivo sólo era de adobe. Por otra parte, la plaza se veía agobiada por una gran escasez de agua y, como consecuencia de ello, resultaba del todo despreciable para sus enemigos, por lo que la derribó hasta sus cimientos e inmediatamente lo edificó todo con rigor, especialmente con hiladas de sólidas piedras, dándole proporcionalmente a la obra una gran relevancia en anchura y altura; y en todas las partes de las defensas, construyó numerosas cisternas de agua y todas las dejó repletas de agua de lluvia. Estableció también una gran cantidad de tropa y su dominio sobre la ciudad lo transformó en la consolidada seguridad que hoy día se evidencia. Y si se consideraran estos puestos de vigilancia en profundidad, dejando de lado todas las demás obras de utilidad del emperador Justiniano, se diría que sólo por este hecho asumió el poder imperial, porque sin duda Dios procura permanentemente al pueblo romano su seguridad.

Además de acometer estas edificaciones, se dio cuenta también de que Hierápolis[95], que resulta ser la primera de todas las ciudades de la zona, se hallaba expuesta a los que pretendían atacarla y la preservó con su prudente decisión. En efecto, antes comprendía un amplio territorio desértico y por ello se encontraba sin defensas; entonces le recortó su inútil recinto pero, en cambio, la dotó de un muro defensivo mucho más corto, al igual que seguro, al reducirlo al estricto uso para el que estaba destinado, y logró que fuera la ciudad más fortificada de la actualidad entre las que más lo estaban. También de esta acción logró el siguiente beneficio. Afloró agua potable desde las entrañas de la tierra al centro de la ciudad de un modo continuo, y allí hizo un amplio estanque. Y cuando los enemigos asediaran la ciudad, si es que se daba el caso, este hecho devendría salvador para ella; por otra parte, en circunstancias favorables le resultaba innecesario, porque se aportaba agua en abundancia desde fuera. Pero con el transcurso

90 La moderna Balis, en Eski Meskenê, junto al Éufrates, entre Berea y Calínico.
91 Junto al Éufrates, entre Barbaliso y Sura.
92 Al sureste de Berea; hoy, Jabboul.
93 La actual Jerablus.
94 Junto al Éufrates, próximo a Europo.
95 Bambycê; actualmente, Menbidj.

del tiempo, disfrutando sus habitantes de una paz duradera, sin tener que afrontar la prueba de necesidad alguna, tuvieron en poco aprecio este hecho. Porque la naturaleza humana no sabe reflexionar, en la prosperidad, sobre las desgracias, cuando todavía no están presentes. En consecuencia, contaminaron constantemente el estanque, al nadar, hacer la colada en él y arrojar toda clase de desechos.

Había también otras localidades en la región de Eufratesia, Zeugma y Neocesarea, que por su nombre figuraban como plazas fortificadas, pero habían sido cercadas con muros a la manera de una albarrada. En efecto, a causa de la insignificancia de la construcción, resultaban accesibles sin esfuerzo alguno para los enemigos, al poder asaltarlas sin ningún temor y, por otra parte, por su estrechez quedaban totalmente desprotegidas, porque no tenían en absoluto sus defensores dónde mantenerse para resistir. Mas también el emperador Justiniano las cercó con auténticas defensas que tenían la suficiente anchura y altura, fortaleciéndolas con toda clase de equipamientos, y de ese modo consiguió que recibieran, con todo mecimiento, el nombre de ciudades y que fueran capaces de superar un ataque enemigo.

X. También reparó en las ciudades que había conquistado Cosroes. (Tuvo lugar cuando este bárbaro despreció sus compromisos contraídos en la tregua indefinida y el dinero que se le había dado para su consolidación, y dominado por la envidia que le tenía al emperador Justiniano, porque se había hecho dueño por las armas de Libia e Italia, estimó en menos la fidelidad debida a sus compromisos que la rabia que le provocaban esos hechos. Y aguardó el momento oportuno en que el ejército romano, en su mayor parte, se había quedado en occidente e invadió, sin previo aviso, el territorio sin que los romanos se enteraran de la incursión enemiga). Por ello, el emperador Justiniano llevó a todas estas ciudades a tal grado de seguridad y ornato, que eran mucho más prósperas de lo que lo habían sido anteriormente, y ya no estuvieron temerosas de las incursiones de los perversos bárbaros ni tampoco, por cualquier motivo, estuvieron recelosas de sus ataques.

De entre todas las ciudades, a Antioquía, que ahora se llama Teópolis[96], la embelleció y fortificó en mayor medida de lo que antes había estado. Pues anteriormente su muro defensivo era excesivamente largo y contenía, de un modo desordenado, muchas revueltas, porque por un lado, sin lógica alguna, comprendía terrenos llanos y, por otro, las cumbres de los riscos, con lo que quedaba expuesto a muchísimos ataques. Pero el emperador Justiniano, reduciéndolo para que fuera útil en la necesidad, lo reconstruyó escrupulosamente no ya para defender aquellos puntos que anteriormente guarnecía, sino para defender exclusivamente la ciudad. Pues en la parte inferior del muro defensivo, donde la ciudad se extendía peligrosamente, porque se hallaba en una llanura suave y resultaba indefendible por el exceso de fortificación, lo retranqueó lo más que pudo, concentrando muy oportunamente la ciudad en ese lugar, porque quedaba protegida al estar estrechada. Y al río Orontes que fluía en sinuoso curso junto a la ciudad, en su configuración anterior, lo desvió de su fluir errático para que acercara su corriente al recinto defensivo, ajustando a éste su curso lo más cerca posible por medio de un canal artificial, y también allí liberó a la ciudad del peligro que suponía el exceso de fortificación y recuperó la seguridad gracias al Orontes. Levantó entonces otros puentes con lo que proporcionó nuevos medios de cruzar el río y, después de desviarlo a una distancia mucho mayor de lo necesario, lo devolvió a su anterior curso. Por otro lado, la zona alta[97], por la parte escarpada, la configu-

96 Aunque el nombre antiguo ha seguido usándose.
97 Del recinto defensivo.

ró con las siguientes actuaciones. En la cima del monte que llaman Orocasias[98], se encuentra casualmente una roca muy próxima a la parte exterior del muro; se halla en ese punto a una altura equivalente al muro defensivo y lo hace excesivamente vulnerable. Desde este sitio ciertamente la ciudad fue conquistada por Cosroes, como se dijo en mis escritos sobre el tema[99]. La zona interior del recinto defensivo era un área desierta, en su mayor parte, e intransitable. Porque rocas elevadas y barrancos infranqueables dividían aquel paraje, dejando sin salida los senderos que de allí partían, como si se tratara de un muro ajeno y no del de Antioquía. Pues bien, dijo un largo adiós a la roca que, por su proximidad al muro, auguraba siniestramente la vulnerabilidad de éste, y decidió trazar el recinto defensivo de la ciudad lo más lejos posible de aquélla, al haber comprendido, por la experiencia de los hechos, la insensatez de los que en épocas pasadas habían construido la ciudad. Dejó especialmente llana la zona interior del muro que anteriormente había sido escarpada y construyó allí subidas no sólo transitables para hombres de a pie, sino también para jinetes, quedando útiles también con el tiempo para el paso de carros. Construyó igualmente baños y depósitos de agua en esos montes que se encontraban en el interior del muro; en cada torreón excavó aljibes, aliviando con el agua de lluvia la escasez existente en el lugar con anterioridad.

Conviene referir también lo que llevó a cabo en el torrente que precisamente desciende de esos montes. Dos montes escarpados se alzan sobre la ciudad muy próximos entre sí. A uno de ellos lo llaman Orocasias; el otro recibe el nombre de Estauris[100]. En el punto en que tienen su límite, una cañada y garganta existente entre ambos los une, convirtiéndose en torrente, llamado Onopnictes[101], cuando llueve. Desciende de las zonas altas, se lanza por encima del recinto defensivo y, en ocasiones, aumentaba grandemente de caudal, y se dispersaba por las calles de la ciudad, causando a los moradores de la zona irreparables daños. Pero también el emperador Justiniano encontró el remedio a esto de la siguiente manera. Delante de la parte del recinto defensivo que casualmente se encontraba más próxima al barranco, desde el que el torrente se lanzaba contra la fortificación, construyó un muro enorme que se extendía desde el fondo del barranco hasta cada uno de los montes, especialmente para que ya no fuera posible un desbordamiento en las crecidas del río, antes bien, se estancara allí reteniéndose en un espacio muy grande. Y con la construcción de unas compuertas en el muro, motivó que el torrente merced a este artificio impuesto, cesara en su ímpetu poco a poco, al fluir entre aquéllas y no contactar ya violentamente con el recinto defensivo con toda su corriente, y por ello inundaba y dañaba la ciudad, pero al penetrar mansa y suavemente, como he dicho, con este sistema de desagüe se encauzaba por medio de su canalización a donde hubieran querido los hombres de antaño dirigirlo, en el caso de que hubiera sido tan cómodo hacerlo.

Estos fueron, pues, los trabajos que llevó a cabo aquí el emperador Justiniano con relación al recinto defensivo de Antioquía. Y él mismo reconstruyó la ciudad que, en su totalidad, había sido incendiada por los enemigos. Porque por doquier, al reducirse a cenizas y derrumbarse todo, quedando en pie solamente muchos montones de escombros, como consecuencia del incendio de la ciudad, resultó difícil para los de Antioquía reconocer el solar de la que había

---

98 Hace alusión al monte (ὄρος) Casio, la cima más alta de la sierra que llega hasta Antioquía.

99 Esto es, en la *Historia de las guerras,* II, VIII 8 y sigs.

100 Tiene que ver, en su significación, con la palabra «cruz» (σταυρός, en griego), haciendo con ello alusión a la cruz que apareció en una parte de la ciudad después del terremoto del año 526.

101 Vendría a significar «ahogaburros», de ὄνος, «burro», y πνίγω, «ahogar», aludiendo con ello a la violencia de sus crecidas.

sido la vivienda propia de cada uno, al retirar en un principio todo lo que se había derrumbado, y limpiar los restos de la vivienda incendiada, dado que ya no existían en parte alguna pórticos públicos ni patios con columnatas, ni tampoco se hallaba en pie el mercado y, puesto que los lugares de paso ya no delimitaban las calles de la ciudad, les resultó igualmente difícil decidirse a la construcción de vivienda alguna. Pero el emperador sin demora alguna trasladó los escombros lo más lejos posible de la ciudad, y dejando libre de impedimentos el aire de la zona a la vez que los suelos, cubrió en primer lugar por doquier los cimientos de la ciudad con piedras cuyo tamaño requería cada una un carro para su transporte; a continuación, la diseñó con sus pórticos y sus plazas públicas y delimitó todos sus barrios con calles, trazando canales, fuentes y cloacas con los que la ciudad se engalana; también le construyó teatros y baños y la adornó con todas las edificaciones públicas con que suele evidenciarse la prosperidad de una ciudad. Y aportando un contingente de artesanos y constructores, le proporcionó a sus moradores con mucha facilidad y sin esfuerzo el edificar sus propias viviendas. De este modo aconteció que Antioquía resultó más vistosa ahora de lo que lo había sido antes. Pero también levantó allí un gran templo a la Madre de Dios, cuya belleza y general magnificencia es imposible expresar de palabra. También lo honró con la aportación de grandes sumas de dinero. Edificó, además, un templo grandioso al Arcángel Miguel. Igualmente, se preocupó de los pobres del lugar que se hallaban aquejados de sus enfermedades, procurándoles viviendas y todo lo necesario para el tratamiento y curación de sus dolencias, para hombres y mujeres, por separado, sin olvidarse tampoco de los forasteros que ocasionalmente se encontraban allí residiendo.

XI. Del mismo modo también edificó, tal como se ve ahora, el recinto defensivo de la ciudad de Calcis[102], porque había sido en sus orígenes débil, y con el paso de los años había perdido su consistencia, restaurándolo con una fortificación externa y dejándolo con mucha más solidez de la que anteriormente tenía.

Había en Siria una plaza fuerte bastante descuidada, de nombre Ciro[103], que los judíos habían construido en épocas pasadas, cuando fueron llevados como prisioneros por el ejército persa desde Palestina a Asiria, siendo liberados mucho después por el rey Ciro[104]. Por eso también al lugar lo llamaron Ciro, pagando a su bienhechor con esa prueba de agradecimiento. Pero con el transcurso del tiempo la fortaleza de Ciro fue descuidada en general y quedó enteramente sin defensas. Pero el emperador Justiniano dando pruebas, por un lado, de su previsión de estado y, por otro, especialmente de su reverencial respeto por los santos Cosme y Damián, cuyos cuerpos se encontraban sepultados muy cerca, hasta mi época, hizo de Ciro una ciudad próspera y digna de una gran reputación por la seguridad de su sólida muralla, por su contingente de tropas, por el tamaño de sus edificios públicos y por la excesiva magnificencia del resto de su equipamiento. El interior de esta ciudad, desde antiguo, carecía de suministro de agua. En el exterior, había un extraordinario manantial que proporcionaba abundancia de agua potable, pero resultaba enteramente inútil para los habitantes del lugar, porque no tenían un sitio desde el que pudieran aprovisionarse de agua, salvo que lo hicieran con gran fatiga y riesgo. Porque para dirigirse allí, se hacía necesario dar rodeos, al estar en medio una zona escarpada y enteramente

102 Más adelante, en este mismo capítulo, pág. sig., se vuelve a mencionar Calcis. La realidad es que hay dos Calcis en la región: una, moderna Kinneserin, se encuentra al sureste de Berea (Alepo); la otra se halla entre Damasco y Beirut. Es probable que Procopio las confunda o se refiera únicamente a una de ellas.

103 Moderna Corres.

104 En el año 537, antes de Cristo.

intransitable; en consecuencia, quedaban fácilmente a merced de los enemigos, en el caso de que éstos se emboscasen. Por ello, abrió un canal fuera de la ciudad hasta la fuente sin que fuera visible, al contrario, ocultándolo del mejor modo posible, y de ese modo les proporcionó, sin agobio y sin riesgo, el uso del agua.

Y todo el recinto defensivo de la ciudad de Calcis[105], que se hallaba derruido hasta sus cimientos y sin posibilidad de defensa, además, lo restauró especialmente con una sólida edificación y lo fortificó con una línea defensiva externa. Por lo demás, incluso reformó el resto de fortalezas y puestos de guardia de los sirios del mismo modo y las hizo bastante envidiables.

De este modo el emperador Justiniano preservó la seguridad de Siria. Hay una ciudad en la Fenicia libanesa, de nombre Palmira, construida en una zona sin conexión con pobladores antiguos, pero que está situada en un punto ventajoso de la ruta de los sarracenos hostiles. Por esta razón la habían construido en otro tiempo, para que estos bárbaros no pasaran desapercibidos en sus ataques repentinos contra las poblaciones romanas. El emperador Justiniano fortificó esta ciudad, que temporalmente, durante un largo período de tiempo, había permanecido casi totalmente desierta, con defensas que superan lo que de ellas se diga, y la dotó también de agua abundante y de una guarnición de soldados, con lo que puso fin a las incursiones de los sarracenos.

105 V., *supra,* n. 102.

LIBRO III

I. Así fortificó el emperador Justiniano con defensas el territorio de levante, como he dicho en el libro anterior. Pero puesto que comencé a describir, partiendo de la frontera persa del Imperio romano, las fortificaciones que aquél había hecho, no me pareció inoportuno encaminarme desde allí a los armenios, que lindan con los persas desde la ciudad de Amida hasta la otra Teodosiópolis[106]. Pero en el momento en que voy a recordar los edificios de aquella zona, me parece muy importante referir en primer lugar el modo en que este emperador transformó el sistema de vida tan precario que llevaban los armenios en su actual estado de tan sólida seguridad. Porque no sólo preservó a estos súbditos con edificaciones, sino también con otras medidas previsoras, como al punto quedará perfectamente reflejado por mí. Mas debo comenzar un poco desde el principio.

La existencia de un rey de la misma estirpe era una norma establecida, en época antigua, entre los armenios, como ha quedado expuesto por los que escribieron historias de épocas muy remotas. Pero cuando Alejandro de Macedonia derrotó al rey de los persas, éstos se sometieron y se mantuvieron en calma, pero los partos se alzaron contra los macedonios, los vencieron en combate y los expulsaron de este territorio y ocuparon la región hasta el río Tigris, y en lo sucesivo, durante quinientos años, el Estado persa estuvo a su merced, hasta que Alejandro[107], el hijo de Mamea, llegó a emperador de los romanos. Y entonces uno de los reyes partos designó a un hermano suyo, de nombre Arsaces, rey de los armenios, tal como refiere la historia de los armenios. Por lo demás, no se crea que los armenios son descendientes de Arsaces. Al menos, la paz entre ellos por quinientos años se mantuvo por una razón de parentesco. El rey de los armenios fijó su sede en la llamada Gran Armenia, sometiéndose al emperador romano desde antiguo, y después, con el paso del tiempo, a un tal Arsaces, rey de los armenios, le nacieron dos hijos, de nombre Tigranes y Arsaces. Pero cuando el padre estaba a punto de acabar su vida, dispuso en el testamento que nombraba a ambos hijos herederos de su reino, pero no repartió

106 En territorio armenio, cerca de las fuentes del Éufrates, distinguiéndola de la ya nombrada anteriormente en el libro II, cap. II, pág. 52, próxima al río Aborras y a cuarenta millas de la ciudad de Dara.

107 Alejandro Severo, 222-235, después de Cristo.

el poder a cada uno a partes iguales, sino que a Tigranes le dejó una parte cuatro veces mayor. Pues bien, Arsaces padre dispuso su reino de ese modo y desapareció de este mundo, pero Arsaces hijo, lleno de irritación y enfado porque su parte resultó ser inferior, llevó el asunto ante el emperador romano con la esperanza de poner fin, por todos los medios, al poder de su hermano y de dejar sin efecto la decisión de su padre por estimarla injusta. Gobernaba entonces a los romanos Teodosio, hijo de Arcadio[108], que todavía era bastante joven. Pero Tigranes temiendo la venganza del emperador, se entregó a los persas y les confió su reino, por considerar que era preferible residir entre los persas como un particular que mantener un acuerdo honroso con su hermano y gobernar a los armenios conjuntamente de un modo recto y justo. Por su parte, Arsaces temiendo un ataque tanto de los persas como de su hermano, renunció a su reino en favor del emperador Teodosio, de acuerdo con unas condiciones pactadas que he tratado en mi **Historia de las guerras**[109]. Durante un tiempo, el país de los armenios se vio envuelto en guerras entre romanos y persas, pero finalmente llegaron al acuerdo de que los persas ocuparían la parte de Tigranes y los romanos la de Arsaces. Bajo estas condiciones fue concertado un tratado por ambas partes, y en lo sucesivo el emperador romano siempre proporcionaba un dirigente para los armenios, quien él quisiera y en el momento que lo deseara. Incluso hasta mi época a este gobernante lo llamaban el Conde de Armenia.

Pero dado que un gobierno de tal clase no era capaz de repeler los ataques de los enemigos, porque no estaban dispuestas allí tropas regulares, el emperador Justiniano comprendiendo que en esa situación Armenia se hallaba siempre sacudida por perpetuos desórdenes, y que por ello era fácil presa para los bárbaros, suprimió ese sistema de gobierno del país, y puso un general al frente de Armenia y le asignó un contingente de tropas regulares, suficiente para hacer frente a las incursiones de los enemigos. Éstas son las disposiciones que adoptó para la llamada Gran Armenia, y para el resto de Armenia que se define en la zona interior del río Éufrates y se extiende hasta la ciudad de Amida[110], cinco sátrapas armenios ejercían el poder, y el nombramiento de estos cargos era siempre hereditario y los ejercían vitaliciamente. Sin embargo, los atributos del cargo los recibían solamente del emperador romano. Merece la pena exponer de palabra estos atributos, porque ya no llegará a verlos la gente. Se trata de una capa que no está hecha de lana, como la que se obtiene de las ovejas, sino de productos del mar. Suelen llamar *pinnos* a los seres en que se produce la lana[111]. Pero la parte de la púrpura, en concreto, la parte en que suele tener lugar la intersección del tejido de púrpura, estaba cubierta de oro. Un broche de oro sujetaba la capa, y en el centro de aquél se ajustaba una piedra preciosa de la que pendían tres jacintos por medio de ligeras cadenas de oro. Además, una túnica de seda engalanada con adornos de oro a en cada parte, que suelen llamar *plumia.* Las botas de color rojo, que llegaban hasta la rodilla, sólo estaba permitido que las calzara el emperador romano y el rey de Persia.

El soldado romano jamás servía a las órdenes del rey de Armenia ni de los sátrapas, sino que éstos planteaban sus contiendas aisladamente. Pero después, con el paso del tiempo, en el reinado de Zenón[112], algunos sátrapas decidieron alinearse abiertamente con Ilo y Leoncio que se habían levantado contra el emperador. Por ello, el emperador Zenón sometió a Leoncio y a

108 Subió al trono en el año 408, después de Cristo.
109 II, III 35.
110 Al oeste (hasta el río Éufrates) y norte de ella.
111 Bivalvos que producen una especie de filamentos sedosos.
112 474-491, después de Cristo.

llo y dejó, de acuerdo con el anterior sistema, un solo sátrapa con una jurisdicción de poquísima entidad y de muy poca relevancia en el territorio llamado de Belabitinia, y suprimiendo todos los demás, no consintió ya que los cargos recayeran en los parientes, dentro de la familia, sino que estableció que siempre asumieran este cargo en cuestión otras personas que el emperador designara, tal como está establecido para todos los demás cargos públicos romanos. Sin embargo, ni siquiera así servían a las órdenes de estos funcionarios soldados romanos, sino algunos armenios, como anteriormente solía ocurrir, con el resultado de que no eran capaces de rechazar las incursiones enemigas. Cuando el emperador Justiniano se enteró de esto, eliminó inmediatamente el título de sátrapa y puso al frente de estas provincias a dos de los llamados duques, a los que asignó importantes contingentes de tropas regulares de soldados romanos, con el objetivo de que cooperaran con ellos en la vigilancia de la frontera romana. Y les construyó las siguientes fortificaciones.

II. Empezaré por las plazas de Mesopotamia para que mi relato discurra en consonancia con lo que anteriormente he tratado. Pues bien, a uno de los que llaman duque, que ejercía su gobierno en una provincia de Armenia, le fijó su sede en la ciudad llamada Martirópolis; al otro, en el fuerte que llaman Citarizonte[113]. Pero expondré detalladamente dónde se encuentran estas plazas del Imperio Romano. En la Armenia llamada Sofanene, se encuentra una ciudad, de nombre Martirópolis, ubicada en la misma margen del río Ninfio y muy próxima al enemigo, porque el río Ninfio separa allí al territorio romano del persa. En efecto, al otro lado del río se halla el territorio de Arxanene que, desde antaño, es feudatario de los persas. Precisamente también la ciudad, descuidada por los romanos de la zona, ha estado siempre expuesta a estos bárbaros. Como consecuencia de ello, el rey persa Cabades, en el reinado de Anastasio, invadió[114] el territorio romano, dirigiendo su ejército a través de Martirópolis, porque dista de Amida un trayecto de poco más de un día para una persona sin impedimenta. Pero como si se estuviera ocupando de un aspecto secundario de la expedición, capturó la ciudad como si se tratara de una acción complementaria de su expedición, sin asaltar el muro, ni hacer un ataque o asedio, sino tan sólo con dar a conocer que llegaría. Porque bien conocedores los habitantes de la ciudad de que ni siquiera resistirían al ejército atacante un breve espacio de tiempo, cuando vieron que el ejército de los medos se había aproximado, se acercaron inmediatamente a Cabades en compañía de Teodoro, que en aquel tiempo era el sátrapa de Sofanene, revestido con los atributos de la satrapía, y se entregaron a sí mismos y a Martirópolis con el importe en sus manos de los tributos públicos correspondientes a dos años. En consecuencia, Cabades complacido por estas manifestaciones, respetó la ciudad y todo el territorio, como si pertenecieran al Imperio persa, y dejó libres a las personas sin lesión alguna, sin infligir daño alguno ni introducir tampoco cambios en el sistema de gobierno, sino que les nombró como sátrapa al propio Teodoro, otorgándole los símbolos de su cargo, por estimar que no había sido imprudente, a fin de que vigilara el territorio para los persas. Así, alejó su ejército y, habiendo capturado Amida por asedio, se retiró al territorio persa, como he dicho en mis **Libros sobre las guerras**[115]. Y el emperador Anastasio comprendiendo que no era posible defender Martirópolis de un ataque

113 Moderna Köderidj.

114 En el año 502, después de Cristo. Una de las razones de la rápida invasión puede ser la distancia que se señala a continuación de un día de marcha. Se entiende (en todas las ocasiones en que sale esta expresión) que en un día se recorren unos 35 kilómetros o alrededor de veinte millas. V. *supra*, n. 68, pág. 54, y téngase en cuenta en lo sucesivo.

115 I, VII 3.

de los enemigos, porque no tenía defensas, no ya se irritó contra Teodoro y los habitantes de Sofanene, sino que incluso reconoció que les profesaba un profundo agradecimiento por el hecho. En efecto, el grosor del recinto defensivo de esta ciudad de Martirópolis llegaba a los cuatro pies, aproximadamente, mientras que su altura alcanzaba los veinte. De manera que no sólo era accesible a los enemigos en un asalto, sin acarrear ingenios bélicos, sino también era suficientemente cómodo para saltarlo.

Por ello el emperador Justiniano ideó lo siguiente. Por la parte exterior del recinto, excavó el terreno y, construyendo allí una cimentación, levantó un segundo muro de un grosor de cuatro pies, dejando un espacio de cuatro pies entre los dos; también levantó este muro a una altura de veinte pies y dispuso que fuera exactamente igual al primero. Después echando piedras y mortero en el espacio entre los dos muros, culminó esta obra al refundirla en una única construcción de doce pies de grosor. Por arriba, guardando la relación con el ancho, añadió precisamente la misma altura que anteriormente había tenido. Construyó, pues, una fortificación exterior digna de mucha consideración para la ciudad y, en una palabra, todo aquello con lo que se consolida la defensa de una ciudad.

III. Partiendo de Martirópolis, hacia poniente, hay un lugar, Fisonte de nombre, en Armenia, y se ubica en la llamada Sofanene, y dista de Martirópolis poco menos de un día de trayecto. Tras este lugar, aproximadamente a unas ocho millas, montes cortados a pico y enteramente intransitables originan entre sí dos pasos estrechos, muy próximos uno de otro, a los que suelen denominar Clisuras[116]. Y los viajeros que van de Persarmenia a Sofanene, ya se encaminen desde el mismo territorio persa, ya a través de la fortaleza de Citarizonte, es imposible que no lo hagan por allí, a través de estos dos pasos estrechos. Los lugareños llaman a uno de ellos Ilirison, y al otro Safcas. Pues bien, para frenar el avance de los enemigos en la zona, estos lugares resultaban casualmente eficaces, precisamente en esos pasos, por la propia seguridad y por el equipamiento en general que proporcionaban. Pero, aun así, permanecieron enteramente sin vigilancia por los hombres de antaño. Y el emperador Justiniano habiendo situado unas fortificaciones apreciables en Fisonte y en los pasos estrechos con un contingente de soldados dispuesto a la defensa, logró que el territorio fuera totalmente inaccesible para los bárbaros. Así, pues, de este modo se llevaron a cabo, por el emperador Justiniano, las acciones en el territorio de la llamada Sofanene.

Y en el lugar denominado Citarizonte, que se encuentra en la llamada Astianina, estableció una fortaleza que anteriormente no existía, enorme y extraordinariamente inexpugnable, en un lugar eminente. También allí aportó suficiente agua y llevó a cabo todo lo necesario para los habitantes del lugar, y situó allí al segundo duque, como he dicho[117], con una guarnición muy numerosa de soldados. De este modo recuperó la seguridad para las provincias de Armenia.

Desde Citarizonte, en dirección a Teodosiópolis y a la otra Armenia, el territorio se llama Corzane, y su extensión comprende un trayecto de tres días de marcha aproximadamente, sin estar separado del territorio persa por el agua de un lago, ni por el curso de un río ni tampoco por unos montes que estrechen el camino en un paso angosto, sino que aquéllas tienen unas fronteras imprecisas. De tal modo que los habitantes de la zona, que son súbditos tanto de romanos como de persas, de ninguno de ellos tienen temor, ni tampoco aquéllos sospechan una acechanza suya, sino que con unos y con otros conciertan matrimonios, comercian con víveres

116 Tiene que ver con κλείω, «cerrar» y con κλείσις, «cierre». Cf. lat. *Clausura* (o *clusura*).

117 *Supra*, cap. II, pág. ant.

y tienen en común el cultivo del campo. Y si los jefes de unos organizan una expedición contra los otros, adoptan una disposición táctica de acuerdo con las instrucciones de su rey, y a sus vecinos siempre los encuentran desprevenidos. Porque cada uno de ellos cuentan con lugares muy poblados y próximos entre sí, pero unos y otros carecen de protección desde antaño. Por otra parte, desde aquí el rey persa tenía muy fácil y exento de dificultad llevar a cabo la incursión en territorio romano, hasta que el emperador Justiniano se lo impidió de la siguiente manera. En medio del territorio había una localidad, de nombre Artalesonte; la rodeó con un muro muy sólido, la transformó en una fortaleza inexpugnable y situó en ella una guarnición de tropas regulares, al frente de la cual decidió colocar un jefe permanentemente, que los romanos denominan *dux* en lengua latina. De este modo fortificó aquella región remota en su totalidad.

IV. Estas cosas se llevaron a cabo de este modo por el emperador, y cuantas realizó en la otra Armenia[118], voy a decirlas ahora. La ciudad de Satala[119] se encontraba antiguamente en una situación precaria. Pues se hallaba a corta distancia del territorio enemigo y se ubicaba en un terreno sin relieve, al pie de muchas colinas que la cercaban, y por ello tenía necesidad de recintos defensivos inexpugnables contra los que tramaban su conquista. Pero por su natural configuración topográfica, su posición defensiva era muy débil, y dado que su estructura originaria era de escasa calidad y se había construido a la ligera, a causa del ya largo espacio de tiempo de su edificación se encontraba derruida en todas sus partes. Pero el emperador derribó toda ésta, y edificó allí un recinto defensivo nuevo, tan alto que parecía sobrepasar las colinas de su entorno y de una anchura tal como para realzar, en condiciones de seguridad, la enorme masa de su altura. Levantó una fortificación exterior a todo el recinto, digna de mucha consideración e infundió temor a los enemigos. También edificó un puesto defensivo, no muy lejos de Satala, de mucha solidez en el territorio llamado de Osroene.

Había un puesto defensivo en este territorio, construido en la cima de una abrupta colina por hombres de otras épocas, que en tiempos pasados el general romano Pompeyo había conquistado y, haciéndose dueño del territorio por las armas, lo había fortificado en gran manera y le dio por nombre Colonia[120]. Pues bien, también éste que se había deteriorado por el largo espacio de tiempo transcurrido lo restauró, en su mayor parte, el emperador Justiniano con todos sus medios. Además, concedió importantes recursos monetarios a los habitantes de la zona y dio lugar a que por doquier levantaran nuevas fortificaciones en sus predios particulares o bien a que reconstruyeran las que se habían deteriorado. De tal modo que, en cierta manera, casi todas las fortalezas que existen por allí son casualmente obra del emperador Justiniano. También construyó en la zona las fortalezas llamadas Beberdón y Areón.

Igualmente, restauró Lisíormo que se encontraba, como Litararizón[121], en ruinas. Y en el lugar que llaman *Germani Fossatum*[122] edificó un nuevo fuerte. Mas también las murallas de las ciudades armenias de Sebastia[123] y Nicópolis[124], porque estaban a punto de derrumbarse en

---

118 La llamada Pequeña se menciona anteriormente, en el cap. I, págs. 67-68; la Gran Armenia se define también en ese capítulo como sede del rey de Armenia.

119 Actual Sadagh.

120 Moderna Kara Hissar.

121 Conocido también como Olotoidariza.

122 «El foso del germano». Más adelante, cap. VI, pág. 74, se explica. El general romano Longino, en sus campaña contra los zanos, levantó ahí un campamento.

123 En la actual ciudad de Sivas, o en sus aledaños.

124 Actual Pjurk, cerca de Enderes.

su totalidad, al encontrarse deterioradas por el largo espacio de tiempo, las reconstruyó y las dejó nuevas. Llevó a cabo también en la zona la construcción de templos y monasterios. En efecto, en Teodosiópolis levantó un templo a la Madre de Dios y restauró monasterios en el lugar denominado Petrio y en Cucarizonte. Y en Nicópolis construyó el monasterio llamado de los cuarenta y cinco santos y, en Bizanós, el templo consagrado al mártir Jorge. Y próximo a Teodosiópolis restauró el monasterio denominado de los cuarenta mártires.

Había antiguamente una plaza en la llamada Pequeña Armenia, no muy lejos del río Éufrates, en la que se había establecido un destacamento de soldados romanos. La plaza se denominaba Melitene[125] y el destacamento *la legión*. En épocas pasadas, los romanos habían construido sobre terreno llano una fortificación cuadrangular, resultándole suficiente a los soldados para su alojamiento a la vez que les proporcionaba el modo de depositar allí sus enseñas. Con posterioridad, con la aprobación del emperador romano Trajano, el lugar llega a merecer la consideración de ciudad y se convierte en capital de provincia. Pero con el transcurso del tiempo, la ciudad de Melitene se hizo grande y populosa. Y dado que dentro de sus defensas ya no podían residir (pues se reducía a un pequeño espacio, como he dicho), se asentaron en la zona llana de la ciudad, para construir en ella sus templos, las residencias de los magistrados, el mercado y todos los demás locales en que se venden mercancías; también, todas las calles, pórticos, baños y todo aquello que contribuye al ornato de una gran ciudad. Y de este modo resultó que Melitene estuvo muy desprotegida en grado sumo. Pues bien, el emperador Anastasio acometió la tarea de cercarla en su totalidad con un muro; sin embargo, cuando aún no había llevado a término su decisión, completó el trayecto de su vida. Pero el emperador Justiniano la fortificó de un modo muy seguro por todas sus partes e hizo de Melitene una gran fortaleza para los armenios y un bello objeto de ornato.

V. Estas son, pues, las obras que llevó a cabo en la Armenia que se encuentra en la margen derecha del río Éufrates. Y voy a referir cuántas realizó en la Gran Armenia. Cuando el emperador romano Teodosio tuvo bajo su poder a Arsaces, como he expuesto poco ha[126], construyó, en una de las colinas, un fortín que podía caer fácilmente en manos de los asaltantes, y naturalmente le dio el nombre de Teodosiópolis[127]. Cabades, el entonces rey de Persia, se apoderó de él cuando iba de paso en dirección a Amida. Y no mucho después, el emperador romano Anastasio construyó allí una ciudad, incluyendo dentro del recinto defensivo la colina sobre la que se había levantado el fortín de Teodosio. Y dio su propio nombre a la ciudad, y de ningún modo propició que se borrara el de Teodosio, el anterior fundador, pues aunque sea tendencia natural de siempre, entre los humanos, el cambiar los nombres habituales por unos nuevos, sin embargo, no es fácil abandonar los nombres antiguos. Este muro de Teodosiópolis lo ensanchó de una manera suficiente, pero no lo levantó en proporción a su anchura. Pues su altura alcanzaba, más o menos, treinta pies, y por ello, para unos enemigos, persas sobre todo, que atacaran el muro, resultaba extremadamente fácil apoderarse de él. Pero, por otra parte, también era vulnerable. Pues no lo protegía ni una defensa exterior ni un foso. Mas también había un terreno a muy corta distancia que dominaba la ciudad y superaba el recinto defensivo. Por consiguiente, el emperador Justiniano puso en práctica las siguientes medidas para hacer frente a la dificultad. En primer lugar, excavó un foso circular lo más profundo posible, y lo hizo muy parecido a los barrancos

125 La moderna Malatya, en los Tauros orientales.

126 *Supra*, cap. I, pág. 67.

127 Actual Erzerum o Erzurum.

que se dan entre escarpados montes. Después, recortó el terreno eminente hasta dejar su índole primitiva en inaccesibles escarpaduras y quebradas infranqueables. Y para que el muro fuera específicamente elevado e inexpugnable del todo, en el caso de que se produjera un ataque, le añadió todas aquellas innovaciones que llevó a cabo en la ciudad de Dara[128]. En efecto, dejó las troneras muy estrechas, desde donde solamente podían disparar los defensores del muro, y con hileras de piedras dispuso circularmente un aditamento a modo de galería, y sobre ellas situó, hábilmente, otras troneras, y rodeándolo con una defensa exterior lo dejó muy parecido al recinto defensivo de la ciudad de Dara, al construir cada torre como una sólida fortaleza. Determinó que en este sitio se establecieran todas las tropas y el general de las dos Armenias y con ello logró que los armenios, en lo sucesivo, superaran el temor de un ataque persa.

Sin embargo, en Bizana nada llevó a cabo este emperador, por la siguiente razón. La población se encuentra en un lugar llano, y en su entorno se extienden, comprendiendo una gran extensión, llanuras por las que pueden transitar caballos, pero allí hay muchas charcas contaminadas de agua estancada. Y por ello resulta muy fácil de atacar para los enemigos y, para sus moradores, muy insalubre. En consecuencia, por esta circunstancia, desechó este emplazamiento y construyó en otro lugar una ciudad que recibió el nombre del propio emperador, muy estimable y totalmente inexpugnable en un territorio llamado Zumina, que dista tres millas de Bizana y se encuentra en una terreno escarpado y goza de un aire salubre.

VI. Pues bien, estas son las realizaciones del emperador Justiniano aquí, en Armenia. Y no me pareció inadecuado a mi relato describir en este caso los hechos que tienen que ver con las poblaciones de los zanos[129], porque son vecinos de los armenios. Desde antiguo, los zanos vivían independientes y sin jefes, llevando un modo de vida un tanto salvaje y tenían por dioses, rindiéndoles culto, a los bosques, a los pájaros y a algunos otros seres vivos; pasaban toda su vida entre elevados montes cubiertos de frondosos bosques, sin cultivar en modo alguno la tierra, sino que se dedicaban al robo y vivían de los hurtos que cometían. Pues no se dedican al cultivo de la tierra y su territorio, salvo donde no se levantan escarpados cerros, es accidentado. Y estas tierras altas no son ondulaciones del suelo, ni son tierras mollares ni tampoco se trata de terrenos que puedan producir frutos, si se los cultivara, sino que son extraordinariamente abruptos, duros en exceso y manifiestamente inadecuados para producir cualquier clase de frutos. No resulta posible allí, en cierto modo, regar la tierra, cosechar la mies, ni encontrarse en la región con un prado, sino que incluso los árboles que crecen en Zanica no producen frutos y son enteramente improductivos, porque las estaciones no se suceden unas a otras de un modo regular, y la tierra no se ve afectada por el frío húmedo de la estación pero, por otra parte, el calor del sol la reanima, aunque el territorio se ve inmerso en un invierno sin fin, cubierto por nieves perpetuas. Por estas circunstancias, desde antaño, los zanos vivían independientemente, pero en el reinado de Justiniano fueron derrotados en combate por los romanos, al mando del general Zita, y desistiendo de la lucha se le entregaron al punto todos, prefiriendo una servidumbre tranquila a una libertad inmersa en el peligro. Y cambiaron al punto sus creencias por la piedad, haciéndose todos cristianos[130], y adoptaron un modo de vida más civilizado, abandonando toda clase de robos y alistándose con los romanos siempre que se encaminaban contra sus enemigos.

---

128 Cf. *Supra*, II, I, pág. 49.

129 El la *Historia de las guerras*, I , XV 19, los sitúa al sur del Cáucaso, en Iberia, entre el Mar Negro y el Mar Caspio.

130 Es una de las constantes de la política religiosa de Justiniano: el convertir al cristianismo a todos los paganos, herejes o seres como éstos, los zanos, que llevaban una vida semisalvaje en su montaraz aislamiento.

Pero temiendo el emperador Justiniano que los zanos, en alguna ocasión, cambiaran de nuevo su propio modo de vida y se pasaran a un sistema más agreste, ideó lo siguiente.

Zanica tenía una comunicación muy difícil y era totalmente intransitable para los caballos y por doquier estaba cercada por precipicios y, en su mayor parte, por terrenos boscosos, como he dicho. Y por ello, les era difícil relacionarse con sus vecinos; al contrario, se asilvestraban entre ellos mismos, en su aislamiento, y tenían un sistema de vida al modo de los animales salvajes. Pues bien, taló todos los árboles que ocasionalmente dificultaban los accesos y, transformando las asperezas del terreno, los hizo cómodos y transitables para carros, y logró que se relacionaran del mismo modo que el resto de los hombres y mantuvieran contactos con sus vecinos. Después les construyó una iglesia en el paraje llamado Escamalinicon, logró que se aplicaran al culto, que participaran en los sacramentos, que se propiciaran a Dios con sus rezos y que practicaran los demás ritos, en el convencimiento de que eran seres humanos. También construyó fortalezas por todos los puntos del territorio y situó en ellas, de un modo muy estable, guarniciones de soldados romanos, y consiguió que las relaciones de los zanos con los demás hombres no tuvieran obstáculo. A continuación expondré dónde construyó estas fortalezas de Zanica.

Resulta que hay una determinada zona que se define en una encrucijada de tres caminos. Porque a partir de este punto se extienden las fronteras de los romanos, de los armenios de Persia y de los propios zanos; aquí se había construido una fortaleza de una gran solidez, que anteriormente no existía, por nombre Horononte, que constituía en sí un punto capital de la paz. Porque, en un principio, desde aquí Zanica se hacía accesible a los romanos; por supuesto, también había colocado al frente de su guarnición al jefe que llaman *duque*. Y en una comarca que dista dos días de camino de Horononte, fronteriza con los zanos llamados ocenitas (pues los zanos se dividen en muchas tribus), se había construido una especie de fortaleza por los hombres de antaño, por nombre Cartón, y se hallaba ya en ruinas mucho antes por la desidia. El emperador Justiniano la reconstruyó, y logró una gran calidad de vida allí para la población a la vez que unas buenas condiciones para la vigilancia del país. Según se parte de allí hacia levante, hay un barranco escarpado que se extiende hacia el norte, donde precisamente edificó una nueva fortaleza, Barconte de nombre. Más allá, en la falda del monte, existen unos rediles, donde se encierran los bueyes de los zanos llamados ocenitas, a los que alimentan no para laborar la tierra, porque los zanos son totalmente holgazanes y no ejercen labores agrícolas, como he dicho[131], y ni tienen arados ni otros utensilios propios de la agricultura, sino para tener siempre un suministro de leche y nutrirse con su carne. Y tras las estribaciones del monte, donde se encuentra la plaza de Cena, en un lugar llano, partiendo de allí, en dirección a poniente, se halla la fortaleza que lleva por nombre Sisilisonte, que se había construido en épocas pasadas pero, al quedarse desierta con el transcurso del tiempo, el emperador Justiniano la restauró y, al igual que en todas las demás, dejó una guarnición suficiente de soldados romanos. Desde ese punto, a la izquierda, en dirección norte hay un lugar, al que los nativos llaman *Longini Fossatum*[132], porque en tiempos pasados el general romano Longino, de la familia Isauria, levantó aquí en una ocasión su campamento en una campaña que llevó a cabo contra los zanos. En este lugar nuestro emperador edificó una fortaleza, de nombre Burgusnoes, que dista un día de marcha de Sisilisonte. Esta fortaleza de Sisilisonte también quedó, por obra también de nuestro emperador, en una situación de mucha más seguridad, como un poco antes quedó dicho. A partir de ahí

131 *Supra*, al comienzo del presente capítulo.

132 Ya mencionado, *supra*, cap. IV, pág. 71.

empieza el territorio de los llamados zanos coxilinos; en este lugar construyó dos fortalezas: la denominada Escamalinicon y la que conocen por el nombre de Zanzacón. También dejó allí otro jefe de la guarnición.

VII. Así, pues, estos son los hechos que llevó a cabo el emperador Justiniano en territorio zano. Y en el espacio subsiguiente a este, que se extiende a lo largo del Ponto Euxino, se encuentra una ciudad que tiene por nombre Trapezunte[133]; precisamente por la escasez de agua que allí había, el emperador Justiniano trazó un acueducto que llaman del mártir Eugenio y de ese modo les resolvió el problema a los habitantes del lugar. También allí y en Amasia restauró la mayoría de los templos que se hallaban deteriorados por el mucho tiempo transcurrido. A continuación de los límites de Trapezunte, hay una plaza, por nombre Riceo[134], que él mismo renovó y rodeó de unas defensas superiores a lo que podía decirse u oírse de ellas. Pues en tamaño y seguridad su construcción superaba a las de cualquiera de las ciudades de la frontera persa.

También edificó una fortaleza en Lazica, de nombre Losorio, y fortificó los pasos estrechos de la comarca que suelen llamar Clisuras[135], para que los enemigos se vieran privados del acceso a Lazica. Mas también restauró la iglesia de los cristianos en Lazica, que era vieja y en su edificación se hallaba estropeada. Igualmente, fundó Petra en Lazica, ciudad digna de verse, que los lazos por su propia desidia entregaron a los persas, cuando acogieron allí a Cosroes con un gran ejército. Pero los romanos superaron en combate a los persas, y a unos les dieron muerte y a otros los hicieron prisioneros, asolando la ciudad, para que los bárbaros no pudieran ya causar daño, al presentarse allí, como he expuesto en su conjunto en mi **Historia de las guerras**[136]. También, como es sabido, en esa misma ocasión he manifestado, cómo en la costa de enfrente, según se va desde Lazica al lago Meotis[137], los romanos derruyeron dos fortalezas, Sebastópolis[138] y Pitiunte[139], cuando oyeron decir que Cosroes se apresuraba a enviar un ejército con tropas para apoderarse de esas fortalezas. Pero el emperador Justiniano, en su momento, restauró por completo la fortaleza de Sebastópolis y la hizo inexpugnable por su recinto defensivo y por otros sistemas de fortificación, y la adornó con calles y con edificaciones varias, y por su belleza y tamaño la dejó en la actualidad como una ciudad valiosísima entre las que más.

En cuanto a las ciudades de Bósporo[140] y Querson[141], que se encuentran en aquel litoral, por la costa que va a continuación del lago Meotis, de los tauros y de los tauroescitas, y constituyen unas poblaciones en el extremo del Imperio Romano, halló muy deterioradas sus murallas y las transformó en una gran muestra de belleza y de seguridad. También construyó allí unas fortalezas, la llamada de Alustu y la que se encuentra entre los gorzubitas. Especialmente fortificó con defensas Bósporo, que antiguamente había sido un dominio bárbaro sometido a los hunos, y él mismo lo puso bajo el poder romano. Hay allí un lugar en la costa, por nombre Dori, donde habitaban desde antaño los godos que no acompañaron a Teodorico, cuando se dirigió a

133 Trebisonda, famosa ciudad en la edad media; Trabzon, en la Turquía actual.

134 Actualmente, Risê, un puerto del Mar Negro.

135 V., *supra,* cap. III, pág. 70.

136 VIII, XII 28 .

137 El moderno Mar de Azov.

138 Junto a la antigua ciudad de Dioscurias.

139 Actualmente, Pitzunda.

140 Habitualmente, se denomina Panticapeo; hoy, Kertsch.

141 La moderna Sebastopol. La fortificación de esta plaza y de la anterior era del todo necesaria para conjurar el peligro de las invasiones de los hunos. Véase, al respecto, VASILIEV, pág. 176.

Italia, sino que voluntariamente se quedaron allí y hasta nuestros días mantienen un pacto con los romanos. Y con ellos unen sus fuerzas marchando contra sus enemigos, siempre que así lo requiere un emperador. Su población asciende a tres mil, son excelentes en las artes de la guerra; también, diestros labradores y son los más hospitalarios de todos los hombres. El territorio en sí de Dori se encuentra en un punto elevado del país; sin embargo, ni es áspero ni duro, sino de buena calidad y generador de excelentes frutos. Pues bien, el emperador en ningún punto de este territorio construyó ciudad o fortaleza alguna, porque las poblaciones del lugar no aguantan verse encerrados en recintos defensivos algunos; al contrario, viven siempre plácidamente en la llanura. Pero dado que, en alguna ocasión, parecían resultar fácilmente accesibles para unos atacantes aquellos parajes, cercó, como es sabido, con grandes murallas aquellos accesos, y le quitó a los godos las preocupaciones de un ataque. Esto son, pues los hechos de aquella zona.

Los tracios ocupan una ciudad del litoral, en la costa del Ponto Euxino, de nombre Anquíalo[142], que oportunamente la mencionaremos, cuando describamos el territorio de Tracia. Pero ya que el presente libro enumera todas aquellas edificaciones que se llevaron a cabo por este emperador en la costa del Ponto Euxino, no está en discordancia con el relato el exponer aquí los edificios que construyó en esta ciudad de Anquíalo. En efecto, brotan aquí fuentes de aguas termales, que proporcionan, no muy lejos de la ciudad, baños para las gentes del lugar. Los emperadores precedentes consintieron que esta plaza permaneciera sin fortificar desde hacía tiempo, a pesar de la muchedumbre de pueblos bárbaros tan poderosos que se hallaban en su vecindad. Los enfermos visitan el lugar, recibiendo un alivio en medio de peligros. En consecuencia, en la actualidad, el emperador Justiniano lo ha dejado amurallado, y ha logrado que les sirva de remedio sin riesgos. Estas son, pues, las fortificaciones de oriente que llevó a cabo el emperador Justiniano, incluidas también las de Armenia, Zanica y las que bordean el Ponto Euxino. A partir de ahora debemos abordar las edificaciones que hizo en el resto de Europa.

142 Moderna Ankhialo.

LIBRO IV

I. Pienso que recorrer un gran mar en una nave mal equipada es un cosa penosa y llena enteramente de grandes riesgos. Y esto mismo es enumerar de cabo a rabo las edificaciones del emperador Justiniano con una expresión muy pobre. Porque este emperador, por la grandeza de su alma, todas las actuaciones que ha tenido, en general, y no menos en lo que respecta a las construcciones, son superiores a lo que de ellas pueda decirse. Pero también, en Europa, aun pudiendo celosamente acomodar su ayuda a la grandiosidad que imponía la necesidad, llevó a cabo obras que no es fácil referirlas, ni tampoco se prestan a una exposición por escrito. Pues habían tenido lugar de una manera digna por la vecindad del río Istro y por la necesidad que se derivaba de los bárbaros que amenazaban el territorio. En efecto, había en su vecindad diseminadas poblaciones de hunos y godos, las comarcas de tauros y escitas se alzaban en contra, al igual que los asentamientos de los esclavenos, y todas aquellas tribus que llamaban saurómatas[143], amaxobios o metanastas quienes escribieron remotas historias, y cualquier otra raza humana de índole salvaje que casualmente vagaba o se asentaba allí. El emperador Justiniano estaba dispuesto a hacer frente a éstos, que sin cesar se alzaban en armas, y consideraba útil y necesario levantar innumerables fortificaciones y fijar en ellas indecibles guarniciones de tropas y toda clase de obstáculos contra unos enemigos que atacaban sin previo anuncio y no admitían relaciones sociales. Por supuesto, para ellos era norma habitual alzarse en armas y declararles la guerra a sus enemigos sin motivo, y atacar sin enviar una embajada ni tampoco poner fin a las hostilidades por medio de tratados o cesar las operaciones por un tiempo, sino atacar sin mediar un pretexto y poner fin al combate exclusivamente por las armas. Pero nos encaminaremos también a lo que resta de nuestra historia. Porque habiendo iniciado una empresa convendrá más llegar hasta el final, de cualquier manera, que marchar dejándola sin acabar. Pues especialmente merecería una inculpación el hecho de que nuestro emperador llevara a cabo sus empresas y nosotros rehusáramos hablar de ellas. Mas es conveniente que, estando a punto de enumerar las edificaciones europeas de este emperador, aportemos algunas consideraciones que atañen a este territorio.

143 Tribus nómadas de origen escita.

Desde el llamado mar Adriático una corriente es impulsada, se aleja del resto de mar y asciende al continente, y escindiendo la tierra en una gran extensión forma el golfo jónico[144], teniendo a su derecha a los epirotas y a los pueblos de la zona y, a su izquierda, a Calabria, y al estrecharse sus aguas en un largo trecho abarca, en cierto modo, casi todo el continente. Más arriba[145], y opuesto al mar, fluye el río Istro y convierte el territorio europeo en una isla, aparentemente; allí este emperador construyó muchas y notables edificaciones. Fortificó toda Europa para su seguridad y la hizo inaccesible para los bárbaros que habitan al otro lado del río Istro.

Pero debo empezar por la patria del emperador, a la que entre todas debe concedérsele un rango de honor en todas las demás consideraciones y la primicia del presente relato. Pues sólo a ella puede corresponder envanecerse, engalanarse y ensalzarse por haber criado y proporcionado a los romanos tal emperador, cuyos hechos es imposible contar de palabra o presentarlos por escrito.

Entre los dardanios de Europa, que viven al otro lado de la frontera de los epidamnios, muy cerca de una fortaleza que se llama Bederiana, había una localidad, de nombre Taurisio[146], de la que procedía el emperador Justiniano, fundador del mundo civilizado. Pues bien, en un pequeño perímetro, amuralló esta plaza dándole una estructura cuadrangular y, en cada ángulo, fijó una torre, y logró que fuera y se llamara Tetrapirgia[147]. Y muy próxima a esta plaza edificó una esplendorosa ciudad a la que dio por nombre Justiniana Prima[148] (quiere decir en lengua latina «primera»), correspondiendo con esa distinción a la tierra que lo había criado. Sin embargo, era necesario que todos los romanos participasen entre sí en esta deuda, puesto que también el país había alimentado al común salvador de todos ellos. Igualmente, allí trazó un acueducto y consiguió que la ciudad estuviera abastecida suficientemente de agua corriente. Otras muchas cosas, de gran entidad y dignas de mucha consideración, se llevaron a cabo por el fundador de la ciudad. En efecto, no es fácil enumerar los santuarios de Dios, y es imposible referir de palabra las residencias de los magistrados, los grandes pórticos, la belleza de los mercados, las fuentes, las avenidas, los baños y los comercios. En una palabra, se trata de una gran ciudad, populosa y, en general, próspera y de tal entidad como para ser la capital de toda la región. Pues a tal grado de importancia ha llegado. Y además, también se le ha asignado la sede del arzobispado de los ilirios, con el beneplácito de todas las demás ciudades, por ser ella la primera en tamaño. De manera que también ha correspondido, a su vez, con el emperador otorgándole su gloria. Porque ella se enorgullece por su alumno el emperador, y éste, a su vez, se vanagloria con la edificación

---

144 El Mar Adriático que menciona Procopio es una parte de nuestro Mar Mediterráneo y el Golfo Jonio es nuestro Mar Adriático.

145 Debe entenderse «al norte».

146 En la fortaleza de Bederiana había nacido precisamente su tío Justino, un campesino tracio-ilirio que sirvió en la guardia imperial de Anastasio, llegando a obtener (en la madurez de sus 65 años) el nombramiento de *comes excubitorum* y, posteriormente, el trono de Bizancio, al morir el emperador sin descendencia, el 9 de julio del año 518. Su reinado llegó hasta el 1 de agosto del año 527. Su sobrino, Pedro Sabacio Justiniano, nació en Taurisio hacia el año 482, y pronto fue llamado por Justino a Bizancio, donde recibió una esmerada educación, siendo nombrado con el tiempo *comes domesticorum* y *magister militum in praesenti*. En el año 521, Justiniano fue nombrado *consul* y, en el 525, *Caesar*; en abril del 527, fue proclamado *Augustus* por Justino. El 1 de agosto del año 527, Justiniano sucedió a su tío en el trono (aunque ya había desempeñado importantes funciones de estado con anterioridad), que ocupó hasta el 14/15 de noviembre del año 565 en que murió. Para muchos historiadores, la monarquía de Justiniano empieza con su tío Justino. Para más detalles, véase, entre otros: ZAKYTHINOS, pág. 36 y JONES, 267.

147 En griego,τετραπύργια, «cuatro torres». Actualmente, Ocrida.

148 Moderna Scupi.

de la ciudad. Y será suficiente para mí lo dicho hasta este punto. Pues es imposible entrar en detalles, con exactitud, en todos los temas porque, al tener la ciudad un vínculo de parentesco con el emperador, forzoso es que todo tratamiento que de ella se haga quede empequeñecido.

También restauró, no obstante, en su totalidad la fortaleza de Bederiana y la dejó mucho más fuerte. Había una ciudad desde antiguo entre los dardanios que se llamaba Ulpiana[149]. Derribó su recinto en su mayor parte (pues se encontraba en un estado sumamente ruinoso y totalmente inservible) y le construyó otras edificaciones ornamentales en abundancia, la transformó en la bella ciudad actual y le dio por nombre Secunda Justiniana. Porque los romanos llaman *secund*a a «segunda». Próxima a ella edificó otra ciudad que anteriormente no existía, a la que llamó Justinópolis en honor al nombre de su tío. Encontró también derruidas con el paso del tiempo no sólo las murallas de Sardice[150] y Naisúpolis[151], sino también las de Germas y Pantalia; las reconstruyó con solidez y consiguió que fueran inexpugnables para los enemigos. Entre éstas edificó tres pequeñas plazas, Cratiscara, Quimedaba y Rumisíana. Así, pues, levantó de ese modo éstas ciudades desde sus cimientos. Pero queriendo hacer al río Istro poderosísima línea defensiva de éstas y de toda Europa, cubrió la orilla del río de numerosas defensas, como dejaré expuesto dentro de poco, y colocó guarniciones de tropas en todos los lugares de la costa, para detener con mucha más seguridad el tránsito de los bárbaros en ese punto. Mas una vez que llevó a cabo estas actuaciones, se encontraba incómodo por la fragilidad de la previsión humana; y considerando que, si los enemigos alguna vez, de cualquier modo, tenían la posibilidad de franquear el río, atacarían los campos que se encontraban completamente desprevenidos, esclavizarían a toda la población en edad joven y saquearían todos los recursos, no dejó que basaran exclusivamente su seguridad, de un modo común, en las defensas que había a lo largo del río, sino que les creó también una seguridad propia. En consecuencia, levantó una serie de fortificaciones en las propiedades rurales, de manera que cada finca quedaba configurada como una fortaleza o bien se hallaba limítrofe a una que estaba fortificada; tuvo ello lugar aquí, y en el llamado nuevo Epiro y antiguo Epiro. También dejó fundada en este lugar la ciudad de Justinianópolis, que anteriormente se llamaba Adrianópolis[152].

Restauró Nicópolis, Fótice y la llamada Fénice. Estas dos pequeñas ciudades, Fótice y Fénice, se encontraban en una vaguada, y estaban rodeadas de agua estancada que se acumulaba allí. Por ello, pues, el emperador Justiniano pensando que era imposible levantarles unos recintos defensivos sobre una sólida infraestructura de cimientos, las dejó como estaban y les construyó unas fortalezas muy próximas a ellas en lugar elevado y muy escarpado. Pero había allí una ciudad antigua, que se encontraba convenientemente abastecida de agua y dotada de un nombre digno de la naturaleza del lugar. Se llamaba en sus orígenes Eurea[153]. No muy lejos de ella se extiende una laguna con una isla en medio, sobre la que se eleva un montículo. La laguna se encuentra a una distancia como la que supone el acceso a la isla. Entonces el emperador trasladó allí a los habitantes de Eurea, edificó una ciudad mucho más sólida y la amuralló.

149 Moderna Lipljan.

150 Llamada Triaditza, en época medieval; hoy, Sofía.

151 Moderna Nish.

152 Moderna Adrianople o Edirne.

153 Significa (haciendo honor a la comodidad de su abastecimiento de agua) «de hermosa» o «suave corriente». Quizá ocupó el lugar donde hoy se encuentra Gardiki, cerca de la ciudad y lago de Ioannina.

II. Tras la totalidad del Epiro, Etolia y Acarnania, siguiendo la costa[154], viene a continuación el golfo de Crisa[155], el Istmo, Corinto y el resto de comarcas de Grecia. Por supuesto, éstas exigen de momento una especialísima reflexión. Pero, por encima de todo, se puede uno admirar de los recintos defensivos con que fortificó el Imperio Romano. Porque, aparte de todas las previsiones que en general adoptó, la más significativa fue la que tomó a propósito de los pasos de las Termópilas. En primer lugar, pues, levantó allí las murallas hasta una gran altura. Porque los montes que en el lugar se alzaban eran fácilmente expugnables, si se los atacaba, y no estaban fortificados, sino que parecían estar rodeados de una cerca. En consecuencia, en estas obras de fortificación levantó dobles todos los parapetos, y lo mismo realizó en la fortaleza que desde antiguo, tan a la ligera, habían construido los hombres de antaño. En efecto, le añadió una altura suficiente e hizo unos baluartes dobles. Además de estas realizaciones, le proporcionó a la fortaleza, que era enteramente seca, un aljibe para agua de lluvia. Luego también muchos pasos de montaña, que anteriormente estaban sin vigilancia y sin defensas, los amuralló concienzudamente. Por supuesto, se puede uno admirar de que el rey de los persas, aun habiendo pasado allí mucho tiempo, hubiera encontrado un único sendero estrecho, y ello además porque contó con la colaboración de unos traidores griegos, siendo así que muchos caminos de la zona se hallaban sin fortificar y, en cierto modo, eran caminos de carros. Porque el mar, que bañaba la falda de los montes, hacía constantemente que hubiera ascensos que se iniciaban desde esa parte, y al existir allá barrancos y gargantas impracticables, a los hombres de otras épocas les había parecido imposible cercar eficazmente con fortificaciones lo que estaba escindido por naturaleza, y renunciando a ello, a causa del temor que les inspiraban las muchas dificultades que entrañaban los trabajos, sin preocuparse, depositaron en el azar su salvación, y cifraron sus esperanzas de seguridad en el desconocimiento que los bárbaros tendrían del camino. Porque siempre los hombres que renuncian al esfuerzo creen que lo que parece ser muy difícil para ellos mismos no será fácil para otros. Por consiguiente, no se puede discutir ya, en modo alguno, que el emperador Justiniano ha sido el más previsor y, con diferencia, el más preocupado de todos los hombres que ha habido en cualquier época, por el hecho de que el mar, a pesar de que limita con los montes, los rodea y los bate con sus olas, no ha supuesto una dificultad para que se contenga, en medio de su oleaje y húmeda arena, con cimentaciones, para que se ajuste manifiestamente con los elementos más opuestos y para que, a su vez, se someta ante la destreza de los hombres, y ceda ante el dominio que éstos ejerzan sobre él. Mas, sin embargo, este emperador, tras enlazar entre sí montes y valles, ajustar el mar al monte y cercar toda Grecia con fortalezas, no sólo no puso fin a su afán por sus súbditos, sino que incluso construyó muchas fortificaciones tras el amurallamiento, concibiéndolas en consonancia con los avatares de la fortuna de los humanos, ante la cual nada resulta seguro ni invencible. De tal modo que, si resultaba que estas murallas eran conquistadas de cualquier modo o circunstancia, se salvaran las guarniciones en las fortalezas. Por ello, también, hizo por todas partes graneros y depósitos de agua en lugares seguros, y situó en el lugar alrededor de dos mil soldados como guarnición. Jamás hizo esto, a lo largo de todo el tiempo, ninguno de los emperadores anteriores[156]. Porque

154 Hacia el sur.

155 Formando parte del golfo de Corinto. Debe su nombre a la ciudad de Crisa, en la Fócide.

156 La consideración que hace al respecto en la *Historia secreta*, XXVI 31-33 es bien diferente. En efecto, al menos en este pasaje, se contradice Procopio porque, en la época de Alejandro Magno, los campesinos que vigilaban por turnos el desfiladero fueron sustituidos por soldados regulares, a costa de los fondos públicos, con lo que la construcción y restauración de edificios brilló por su ausencia, lo que motivó que el propio Justiniano, muchos años más tarde, lo criticara como un tijeretazo.

desde antaño, y hasta mi época, estas murallas habían estado enteramente desprotegidas, y algunos campesinos de la zona, en el momento presente, habían modificado su modo de vida, cuando los enemigos hacían incursiones, recurriendo de repente a las armas llegado el caso, y en virtud del cambio operado ejercían en aquella parte la vigilancia, por lo que juntamente con Grecia, por su inexperiencia en esta actividad, resultaban fácilmente vulnerables a los enemigos y, por esta deficiente circunstancia, el territorio se hallaba expuesto, en una gran extensión, a los ataques de los bárbaros.

De este modo el emperador Justiniano fortificó las defensas de las Termópilas. Pero tanbién construyó con sumo cuidado sólidas murallas en todas las ciudades que están al otro lado de aquéllas y, en gran número, pueblan el territorio; en concreto, en Saco, Hipate, Coracios, Uno, Baleas y en el denominado Leontario. Y en Heraclea hizo lo siguiente. Según se va desde Iliria a Grecia, a una gran distancia, se encuentran dos montes muy próximos entre sí, creando entre ellos un paso estrecho (dan en llamarle a los tales *clisuras*[157]). En medio de ellos, brota una fuente que, en verano, mana un agua pura potable de los montes que se alzan allí, formando un pequeño arroyo. Pero cada vez que llueve, un torrente de grueso caudal y muy violento desciende formando olas, al recoger las aguas, principalmente, de las torrenteras de las cumbres de la zona. Desde aquel punto era fácil para los bárbaros penetrar sin esfuerzo alguno en las Termópilas y en aquella parte de Grecia. Desde antiguo, había habido a uno y otro lado del paso estrecho dos fortalezas; por una parte, la ciudad de Heraclea, que hace poco recordé, y, por la otra, el llamado Murópoles, que dista un amplio trecho. El emperador Justiniano restauró ambas fortificaciones que se hallaban en ruinas desde hacía tiempo, cercó el paso con un línea defensiva muy sólida que ajustó a cada uno de los montes, con lo que impidió el acceso a los bárbaros, y al torrente le fue necesario remansarse dentro del muro y, después, dirigir su curso por encima de éste para encaminarse a donde resultara.

Hizo también que todas las ciudades griegas que estaban al otro lado de los muros de las Termópilas fueran seguras, al restaurar todos sus recintos defensivos. En efecto, mucho antes se habían desmoronado: en Corinto, por un desgraciado terremoto que sobrevino; en Atenas, Platea y regiones de Beocia se habían deteriorado por el transcurso de los años, sin que se preocupara de ellos ninguno de los hombres del orbe. Pero nada dejó expugnable ni desguarnecido, porque en su desvelo por sus súbditos tenía la idea de que los bárbaros, al atacar los terrenos del entorno de las Termópilas, si llegaba el caso, tan pronto como se dieran cuenta de que ninguna ayuda tendrían cuando hubieran superado este recinto defensivo, al hallarse fortificado por doquier el resto de Grecia, se darían por vencidos, comprendiendo bien que tendrían forzosamente que asediar cada ciudad una a una. Porque una espera prolongada no aguanta la tensión que conlleva, ni tampoco se desea una ayuda que se demora, sino que se sacrifica un éxito futuro por causa de la tardanza.

Una vez que el emperador Justiniano llevó a cabo estos hechos, cuando se enteró de que todas las ciudades del Peloponeso estaban desguarnecidas, calculando que le llevaría mucho tiempo, si se aplicaba una a una, amuralló sólidamente todo el Istmo porque, en su mayor parte, se encontraban ya derruidas las defensas. Construyó estas fortificaciones y les asignó guarniciones. Y de este modo hizo que todas las plazas del Peloponeso resultaran inaccesibles para

157 Esta calificación a un paso estrecho ya se ha dado anteriormente: en III, III, pág. 70, n. 116 y en III, VII, pág. 75, n. 135.

los enemigos, aunque se produjera algún daño contra las defensas de las Termópilas. Estos son los hechos que tuvieron lugar allí.

III. Había una ciudad en Tesalia, llamada Dioclecianópolis[158], que antiguamente había sido próspera, pero con el transcurso del tiempo y los ataques de los bárbaros había sido destruida y, en un largo espacio de tiempo, se había despoblado. Casualmente, en sus proximidades, había una laguna, por nombre Castoria y, en el centro de ésta, una isla totalmente cercada por las aguas. Un solo acceso le quedaba en una franja estrecha a través de la laguna, de una longitud no mayor de cincuenta pies. Un monte muy alto se alzaba en la isla, quedando oculto en su mitad por la laguna mientras que se asentaba en ella su parte restante. Por ello, este emperador desechó la comarca de Dioclecianópolis, porque manifiestamente era accesible y anteriormente había sufrido mucho, como se ha dicho, y edificó una ciudad bien fortificada en la isla y, como es lógico, legó su nombre a la ciudad. Restauró, sin embargo, los recintos defensivos de Equineo, Tebas, Farsalo y los de todas las ciudades de Tesalia, entre ellas las que llevan por nombre Demetrias y Metrópolis, así como Gonfos y Trica[159], dejándolos seguros, ya que se hallaban deteriorados por el largo tiempo transcurrido y resultaban fácilmente expugnables, si se les atacaba.

Mas una vez que hemos llegado a Tesalia, venga, pues, vayamos en nuestro relato al monte Pelión y al río Penio. El río Penio fluye desde el monte Pelión con un curso tranquilo y la ciudad de Larisa queda engalanada por su corriente que la circunda, cuando ya no existía la ciudad de Ftía[160], lo que ciertamente se debía a la acción destructora de los muchos años transcurridos. Y este río mantiene su curso muy apaciblemente hasta el mar. En consecuencia, la región produce una gran variedad de frutos y se encuentra muy abastecida de agua potable, sin que pudieran aprovecharse los habitantes del lugar lo más mínimo de estos dones, porque siempre andaban muy asustados y esperaban constantemente que los bárbaros se les echaran encima. Pues en ninguna parte de las poblaciones de la zona había una fortaleza a donde pudieran, en su huída, guarecerse a salvo. Es más, se daba el caso de que Larisa y Cesarea[161], como sus defensas estaban muy deterioradas, se encontraban, en cierto modo, casi sin murallas. Pero el emperador Justiniano hizo muy sólidos los muros de ambas ciudades y dotó al territorio de una prosperidad auténtica. Pero no muy lejos se levantan unos montes escarpados recubiertos de árboles que se elevan hasta el cielo; son estos montes los lugares propios de los Centauros. En este sitio tuvo lugar el combate de los Lápitas contra los Centauros, como nos aseguran los relatos míticos

158 Sobre el emplazamiento de la ciudad de Dioclecianópolis, consúltese, en primer lugar, A. D. KERAMÓPOULOS, en su artículo «Ὄρεστικον Ἄργος-Διοκλητιανούπολις-Καστόρια» *Byzanthinische neugriechische Jahrbuch* IX 1930-2, pags. 55-63. Se trata ciertamente de una publicación un tanto antigua, pero su temática ha sido retomada, también por otro arqueólogo griego, en tiempos más recientes: Th. PAPAZOTOS, en «᾿Ανασκαφὴ Διοκλητιανουπόλεως: ἡ πρώτη ἐκτίμησις». Servicio de antigüedades. Atenas (AD) XLIII 1988, págs. 195-218. Esta ciudad, que Procopio la sitúa cerca del lago Castoria, puede identificarse, según PAPAZOTOS (como también había supuesto KERAMÓPULOS), con el lugar denominado Armenocori, cerca de Argos Oresticó. En efecto, las excavaciones que se han llevado a cabo permiten concluir que una primera ciudad fue fundada en la época de Diocleciano, sobre un emplazamiento de culto más antiguo, a juzgar por las viviendas y las tres basílicas paleocristianas que han aparecido.

159 Posteriormente, Trikala; hoy día Trikkala.

160 Pasa por ser la patria del héroe épico Aquiles.

161 Larisa es el nombre de varias ciudades griegas. Aquí corresponde lógicamente a la Larisa de Tesalia. En cuanto a Cesarea, aparte de las dos existentes, una, en Capadocia, y otra, en Palestina (patria de Procopio), ésta se sitúa al oeste de Macedonia, junto al río Haliacmon.

desde antiguo[162], cuando puerilmente sostienen la existencia de un linaje humano de procedencia extraña en tiempos remotos, mezcla de una naturaleza de dos criaturas. Pero también el tiempo pasado concedió cierto testimonio al mito en la denominación que se le ha dado a una fortaleza que existe en los montes del lugar. Porque el sitio se llama Centaurópolis incluso hasta mi época. El emperador Justiniano reconstruyó y fortaleció su muralla que se hallaba derruida al igual que el puesto defensivo Eurímenes, allí existente, que le había pasado lo mismo. Este emperador restauró también otras muchas fortalezas en Tesalia, cuyos nombres, juntamente con las fortificaciones de Macedonia, los dejaré escritos en una relación dentro de poco.

Mas ahora, para que no quede sin referir ninguna parte de Grecia, debemos encaminarnos a la isla de Eubea, porque queda muy cerca de Atenas y Maratón. En efecto, la isla de Eubea se proyecta hacia el mar ante Grecia y parece, en cierto modo, haberse separado, porque siendo en un principio una misma tierra, posteriormente se escindió por medio de un estrecho. Pues una corriente de mar rompe la tierra firme ahí cerca de la ciudad de Calcis, confluyendo en un paso estrecho y se comprime por los bancos de arena, a uno y otro lado, hasta dar el ancho de un torrente; y la isla es la parte que quedó separada de la tierra y el estrecho recibe el nombre de Euripo. Tal resulta ser, pues, Eubea. Forma un puente, tendido sobre el estrecho, un solo tablón. Éste lo colocan los lugareños cada vez que les place y parecen entonces ser habitantes de tierra firme cuando se encaminan a pie al territorio de enfrente. Pero cuando lo quitan, hacen la travesía en barcas y de nuevo se convierten en isleños, y por la colocación o retirada de un solo madero son tanto gente de a pie como marineros[163] ... y a la parte que se queda cerrada la llaman Palene. Sin embargo, los lugareños antiguamente ocuparon la entrada con una defensa amurallada, enlazaron el mar por uno y otro lado, y edificaron allí la ciudad que antaño llamaban Potidea y ahora Casandria. Pero el tiempo arruinó de tal modo todas las edificaciones del lugar, que precisamente un pueblo de la etnia de los hunos irrumpió en aquellos territorios no mucho después y destruyó tranquilamente este recinto y la ciudad, como si realizaran, en cierto modo, una acción sobre la marcha, a pesar de que desde sus orígenes los seres de esta etnia jamás asaltaron un muro. Pero también esto proporcionó al emperador Justiniano un pretexto para demostrar su habilidad y magnanimidad. En efecto, poniendo en acción siempre su previsión como contrapeso a situaciones difíciles, transmutaba rápidamente lo más penoso de los acontecimientos en una situación esplendorosa, merced a las acertadas acciones que aplicaba. Y ciertamente logró que fueran manifiestamente inexpugnables e invencibles, para quienes desearan tramar un ataque, la ciudad de Palene, baluarte avanzado de todo el territorio, y fortaleza de entrada. Éstas fueron, pues, las acciones que llevó a cabo el emperador, entre sus actuaciones en Macedonia[164].

No muy lejos de Tesalónica fluye un río, de nombre Requio[165]. Recorre éste un territorio fértil de tierra mollar y vierte sus aguas en el mar de la comarca. El río fluye con una corriente continua, su agua es mansa y potable, el terreno es llano con muchas tierras de labor y pastos de buena calidad. La región, en este sentido, goza de prosperidad, pero resulta ser muy accesible

---

162 Las refencias son abundantes en toda la literatura clásica: Píndaro, *Pit.* II, 39 y sigs.; Apol. de Rodas, *Arg.* III, 62 y sigs.; Ovidio, *Met.* 303 y sigs., etc.Según la leyenda, los Lápitas expulsaron de Tesalia a los Centauros.

163 Hay aquí, sin duda, en el texto una laguna de considerable extensión. El autor, por otra parte, por lo que viene más adelante, parece confundir las fortificaciones llevadas a cabo aquí, en Calcis, con las efectuadas en Palene (Macedonia), que es una de las tres penínsulas en que se subdivide la península Calcídica, o bien, falta el texto que nos aclare por qué motivo alude el autor a Palene

164 Como se ve, el texto concluye con «las actuaciones en Macedonia» (v. n. anterior).

165 No sabemos si corresponde al Axio; hoy, Vardar.

para los bárbaros porque, en cuarenta leguas, no posee una fortaleza ni ninguna otra defensa. Por ello, el emperador en la desembocadura del río Requio, a la orilla del mar, construyó una nueva fortaleza muy sólida que ha quedado con el nombre de Artemisio.

IV. Pero también es justo mencionar otras fortificaciones que llevó a cabo en esta parte de Europa. Y si nosotros, para provecho de otros pueblos que viven lejos y poseen una forma de gobierno distinta, hiciéramos la enumeración de las fortalezas de la zona que realizó el emperador Justiniano, en el punto en que nuestra exposición se quedara sin pruebas, bien sé que parecería fantástica y carente del todo de crédito por el número de las obras que se llevaron a cabo[166]. Mas ahora (puesto que su contemplación resulta que está a corta distancia y son numerosísimos los hombres de esas regiones que se relacionan con nosotros), venga pues, afrontemos una verdad irrefutable y enumeremos sin vacilación alguna las fortalezas, que en los lugares que ha poco mostré llevó a cabo el emperador Justiniano, bien se trate de la restauración de fortificaciones derruidas, bien se trate del levantamiento de nuevas murallas. Y será preferible abordarlo todo en un catálogo, a fin de que no se origine una gran pesadez en mi exposición a causa de la inserción de topónimos[167].

Pues bien, éstas nuevas fortalezas surgieron en el Nuevo Epiro[168] por obra del emperador:

Bulpianso, Episterba, Esceminites, Aona, Estefaniaco, Argos, Alíula, Dirraquio, San Sabiano, Gémeno, Bacuste, Alistro, Patapa, Epidunta, Bacusta, Martis, Irene, Esperecio, Aeón, Estreden, Ginecomites, Labelo, Epileón, Piscinas, Deufracos, Dolebio, Hedonia, Titiana, Citinas, Ulibula, Brebate y Tesoro.

Y éstas fueron restauradas:

San Esteban, Cetreón, Apis, Peleon, Come, Pacúe, la ciudad de Escidreon, Antipagras, Titira, Brébeta, Bupo, Endinia, Dioniso, Ptoquio, Tircano, Capaza, Pupsalo, Gabreon, Dionea, Clementiana, Ilirio, Cilicas, Argias, Terma, Amantia y Parecio.

Y en el Antiguo Epiro, éstas fueron las nuevas fortalezas:

Parmó, Olbo, Cionis, Marciana, Algo, Cimeno, Jerpótamos, Europa, Quimeras, Helega, Homonia y Adano

Y éstas fueron restauradas:

Murciara, Castina, Genisio, Perco, Marmárata, Listria, Petroniana, Camina, San Sabino y una cisterna en la fortaleza de Come, Martio, Pezio, Onalo y de la ciudad de Justinianópolis[169] y Fótice, los dos fuertes de San Donato; Sinfigio, Pronatido, Hedones, Castelo, Bulibas, Paliro, Trana, Posidón y Colofonia.

En Macedonia:

---

166 Ciertamente, incluso hoy día, como escribe VASILIEV, pág. 208 la contemplación de sus ruinas todavía «suspenden y pasman al viajero moderno».

167 Con relación a la lista de construcciones que a continuación se enumeran y a propósito de los encabezamientos, como se ve más abajo, al principio del cap. VIII de este mismo libro, Procopio ahí habla del Epiro, Dardania y Macedonia como pertenecientes al territorio de Iliria. Se evidencia en las listas de este cap. IV y en las del XI alguna inseguridad y falta de conocimiento personal por parte de Procopio, como supone AV. CAMERON, pág. 221, al entender, en primer lugar, que la introducción al cap. IV es un auténtico relleno y, en segundo lugar, que la relación de edificaciones parece tomada de una «lista oficial». Por otra parte, esta autora subraya el contraste que supone la omisión de iglesias en estas listas frente a la abundancia de ellas en otros lugares de su obra.

168 Los límites del Nuevo Epiro son el río Drilô, al norte, y los montes Keraunios, al sur, esto es, comprenden una gran parte de la actual Albania.

169 V. *Supra* IV, I, pág. 79; actualmente Adrianople o Edirne.

Cándida, Colobona, Basilica de Aminto[170], Meliquiza, Pascas, Aulón, Bolbo, Brigizes, Optas, Pleurón, Camino, Terma[171], Bogas, Neápolis[172], Calarno, Museo, Acremba, Adrianio, Edana, Siclas, Ninfio, Metizo, Argiciano, Bazino, Casopas, Partión, Genciano, Priniana, Testeo, Cirro, Gurasón, Cumarciana, Limnederio, Burboden, Babas, Criniana, Peleco, Lages, Cratea, Fascias, Placidiana, Higea, Limnaas, Optio, Caradro y Casopes.

También fueron restaurados estos fuertes en Tesalia:

Alcón, Lósono, Gerontice, Perbila, Cercineo, Escidreo y Fracela.

En Dardania se construyeron, nuevos, los siguientes:

Laberio, Cástimo, Rabesto, Castelio, Acrenza, Terias, Drulo y Victorias.

Y fueron restaurados éstos:

Cesiana, Tezule, Usiana, Besiana, Mascas, Liste, Celiriana, Zisbaes, Genzana, Petrizén, Eutiquiana, Mulato, Belas, Cátaro, Catareco, Pentza, Catafétero, Dábano, Cúbino, Germatza, Victoriana, Azeta, Durbuliana, Surico, Cusines, Tutiana, Balesiana, Bela, Catrelates, Casiela, Maniana, Priscúpera, Miletes, Dardápara, Cesuna, Beriniana, Lásbaro, Castelobrétara, Edetzio, Dinio, Cecola, Emasto, Castelona, Capomalba, Séreto, Ptoquio, Cuino, Berzana, Besayana, Arsa, Blezo, Labuza, Quinto, Bermezio, Catrásema, Roto, Cobenciles, Marceliana, Primoniana, Pamilino y Aria.

Y cerca de la ciudad de Sardice:

Escupio, Estenes, Marcipetra, Bríparo, Romaniana, Estruas, Protiana, Macuniana y Escopenzana.

Y en la región de Cabezo se edificó de nuevo Balbas, y fueron restaurados los siguientes:

Birsia, Estamazo, Clesbestita, Duyana, Turicla, Medeca, Peplabio, Cunas, Bineo, Trisciana, Parnusta, Tzimes, Bidzo, Estenecorta, Danedebas y Ardia.

Y éstos, nuevos:

Bugarama, Betzas, Bregedaba, Borbrega y Turos.

Y los siguientes restaurados:

Salebries, Arcunes, Duries, Buteries, Barbaries, Arbatias, Cutzusura, Eteries, Itaberies, Botes, Bitzimeas, Badziania, Banes, Bimero, Tusudeas, Escuanes, Escentudies, Escares, Tugurias, Bemastes, Estramentias, Lignio e Itadeba.

Y próximo a la ciudad de Germene, fue construida de nuevo Escaplizo y restauradas las siguientes:

Germas, Candaras, Roligeras, Escinzeries, Riginocastelo y Suegogmense.

Y cerca de la ciudad de Pauta:

Tárporo, Suabastas, Querdusquera, Blebois y Zeapuries.

Y en la región de Escasetana:

Álaro, Magimias, Lucunanta, Balauso y Butis.

Y cerca de la ciudad de ..., los siguientes, nuevos:

Calbentia, Faranores, Estranbasta, Aldanes, Baractestes, Sarmates, Arsena, Brarcedo, Eraria, Bercadio, Sabiníribes, Timiana, Candílar, Arsaza, Biculea, Castelio, Grofes, Garces, Pistes, Dusmanes, Bratzista, Holódoris, Casia, Grandeto, Urbriana, Nogeto, Gurbico, Lautzones, Duliares, Mediana, Tiuncona y Castelio.

170 Procopio pasa hacia el noroeste, en el territorio de los Dardanios y de Mesia (entre Panonia, al norte, y Dacia, al sur), pero sigue considerando esta región como perteneciente al Epiro.

171 En el golfo Termaico, que luego se transformó en Tesalónica.

172 Moderna Kavala.

Y fueron restaurados:

Hércula, Mutzianiscastelo, Burdopes, Calis, Miláreca, Dedbera y Quesdúpara.

En la región de Remisianisia:

Britura, Subaras, Lamponiana, Estronges, Dálmatas, Primiana, Frerraria, Topera, Tomes, Cúas, Tzertzenuzas, Estenes, Eadaba, Destreba, Pretzuries, Cumudeba, Deurias, Lutzolo, Repordenes, Espelonca, Escumbro, Bríparo, Tulcoburgo, Longiana, Lupofantana, Dardápara, Burdomina, Grinciapana, Greco y Drasimarca.

Y en la región de Aquenisio, fue edificado de nuevo Timatoquión, y los siguientes restaurados:

Petres, Esculcóburgo, Vindimiola, Breola, Arganócili, Castelnovo, Florenciana, Romiliana, Septecasas, Argentares, Auriliana, Gémbero, Clemades, Turribas, Gribo, Cálaro, Tzutrato, Mutzípara, Estendas, Escaripara, Odriuzo, Cipipene, Trasiana, Potes, Amulo, Setlotes, Timaciolo, Meridio, Meriopóntede, Tredetetilios, Breola[173] Motreses, Vicanovo, Cuartiana, Juliobalas, Pontzas y Zanes.

V. De este modo amuralló el emperador Justiniano todo el interior de Iliria. Mostraré también de qué modo fortificó la orilla del río Istro, al que también llaman Danubio, con fortines y guarniciones de tropas. Los emperadores romanos de antaño tratando de impedir con fortificaciones, a los bárbaros que vivían en la otra orilla, el paso del Danubio, ocuparon, con esa intención, toda la ribera de este río, y no sólo en su margen derecha, sino también llevaron a cabo, en puntos concretos de su otra margen, la construcción de aldeas y fortines. Pero estos fuertes se construyeron, no para que fuera imposible atacarlos, si alguien se presentaba con esa intención, sino exclusivamente para que la orilla del río no se despoblara de hombres, porque en modo alguno a los bárbaros de aquella parte les era conocida la técnica de asaltar muros. La mayoría de las fortificaciones de hecho se reducían, para ellos, únicamente a una torre y, como es natural, se las denominaba «monotorres», y exactamente pocos hombres se situaban en ellas. Y, en aquel momento, esto bastaba para asustar a las tribus bárbaras, a fin de que desistieran de un ataque contra los romanos. Posteriormente, Atila[174] invadió con un gran ejército y, sin esfuerzo alguno, derruyó los fuertes hasta sus cimientos y saqueó la mayor parte del territorio romano sin que nadie se le opusiera. Pero el emperador Justiniano reconstruyó las defensas que habían sido devastadas, no como estaban anteriormente, sino de una manera mucho más sólida, defensivamente hablando, y emprendió aún muchas más acciones en este sentido, llevando personalmente la iniciativa. De este modo recobró por entero, para el Imperio Romano, la ya perdida seguridad. Mostraré de qué modo tuvieron lugar todos estos hechos.

El río Istro desciende desde los montes de la región de los celtas, que ahora se llaman galos, y recorre un amplio territorio, que en su gran parte es enteramente desértico, y en alguno de sus puntos alberga núcleos de población bárbaros, que llevan un régimen de vida un tanto salvaje sin relación con otros seres humanos. Cuando se encuentra muy próximo a Dacia, se muestra entonces, por primera vez, delimitando la línea fronteriza entre los bárbaros, que ocupan en ese punto la margen izquierda, y el territorio romano que está a la derecha. Por lo cual los romanos llaman Ripesia a la Dacia de esa parte. Pues orilla se dice *ripa* en lengua latina. Pues bien, en la margen aquella, construyeron en tiempos pasados una primera ciudad, de nombre Singidono[175].

---

173 *Sic*, repetido, en esta misma relación.

174 En el año 441 de nuestra era.

175 Moderna Belgrado.

Y los bárbaros, con el transcurso del tiempo, se apoderaron de ella derruyéndola inmediatamente hasta sus cimientos y la dejaron enteramente despoblada. Pero también dejaron igual la mayor parte de las demás defensas. Mas el emperador Justiniano restauró por completo la ciudad, la cercó con una defensa muy sólida y de nuevo la hizo ilustre y renombrada. Y levantó una nueva fortificación, singularmente robusta, distante de la ciudad de Singedono ocho millas, más o menos, a la que llaman con un término apropiado Octavo. Al otro lado de ella se hallaba la antigua ciudad de Viminacio[176], que el emperador reedificó y la dejó nueva (porque mucho antes había desaparecido hasta en sus últimos cimientos).

VI. Según se progresa desde Viminacio, en la ribera del Istro, se encuentran casualmente tres fortalezas, Pincos, Cupos y Novas. Antiguamente, éstas constituían un único edificio y su nombre se reducia simplemente a «torre»[177]. Mas ahora el emperador Justiniano promovió en gran medida edificios y fortificaciones, en cantidad y tamaño, en estos parajes, y, de un modo apropiado, les ha otorgado la categoría de ciudades. Frente a Novas, en la tierra opuesta, se hallaba una torre descuidada desde antaño, por nombre Literata; los antiguos la llamaban Lederata. El actual emperador la transformó en una gran fortaleza de extraordinaria solidez. Y, a continuación de Novas, se encuentran las fortalezas de Cantabaza, Esmornes, Campses, Tanata, Zernes y Ducéprato. Y, en la orilla opuesta, edificó otras muchas fortalezas desde sus más ínfimos cimientos. A continuación, la llamada *Caput bovis*[178], obra del emperador romano Trajano, y, acto seguido, un antiguo poblado, de nombre Zanes. Cercando a todos ellos con unas defensas muy sólidas, hizo que fueran recintos defensivos inexpugnables de un estado. No muy lejos del mencionado Zanes, se encuentra una fortaleza que lleva por nombre Pontes. Allí el río deriva una corriente, le hace dar un giro por una pequeña parte de la costa, la dirige de nuevo a su propio curso, y la reintegra consigo. Pero no lo hace espontáneamente, sino obligado por las previsiones humanas. Y yo mostraré por qué motivo el lugar se llama Pontes y por qué desvían en ese punto, a la fuerza, al Istro.

El emperador romano Trajano, que era vehemente y emprendedor, parecía estar irritado por el hecho de que su poder no era ilimitado, sino que estaba coartado por el río Istro. Por consiguiente, pudo con diligencia cubrirlo con un puente, para que le resultara transitable y, en modo alguno, le supusiera un obstáculo cuando marchara contra los bárbaros del otro lado. Pues, bien, el modo en que construyó este puente, para mí no resultaría dificultoso referirlo, pero que lo diga Apolodoro de Damasco[179], que fue el artífice de toda la empresa. Sin embargo, ninguna utilidad derivó de ello para los romanos en lo sucesivo, antes bien, el Istro en sus posteriores crecidas y el tiempo en su decurso lo derribaron. Trajano hizo también entonces dos fuertes a cada lado del río y por nombre les pusieron, Teodora, al de la orilla opuesta, y Pontes pasó a llamarse, en correspondencia con la obra que se había llevado a cabo, el que estaba en la parte de Dacia. Pues los romanos, en lengua latina, al puente lo llaman *pontem*[180]. Pero dado que el

176 Actual Kostolatz.

177 La explicación de este sistema defensivo se da ya al comienzo del capítulo anterior, donde se habla de las «monotorres».

178 «Cabeza de buey». Recuérdese, curiosamente, que en España, en la provincia de Badajos, hay una ciudad con este nombre.

179 Hace referencia a un tratado de este maestro constructor que se conservó poco tiempo. En Roma intervino en la construcción del foro de Trajano y en la columna que se le consagró también a este emperador por su campaña del Danubio, en la que se representan los grandes puentes que construyó este arquitecto en ese río, en Debrecen.

180 De ahí se originó el nombre de Pons Traiani.

río no era navegable, a continuación, cuando las naves se encontraban en ese punto, porque se hallaban allí los restos y cimientos del puente, por este motivo sin duda forzaron al río a cambiar su curso y a seguir un desvío en su trayecto, para que incluso el tramo que partía de ese lugar resultara navegable. Pues bien, resultó que estos dos fuertes se deterioraron con el paso del tiempo y quedaron arruinados en gran medida por los ataques de los bárbaros de la zona. Pero el emperador Justiniano restauró el fuerte de Pontes, que se encuentra en la margen derecha del río, con una edificación nueva y convenientemente inexpugnable, y preservó la seguridad de Iliria. Sin embargo, encontrándose al otro lado del río el que llaman Teodora, y estimar que se hallaba expuesto a los bárbaros del lugar, consideró que en modo alguno convenía ocuparse de él. En cambio, por iniciativa personal suya, construyó, como nuevas edificaciones, las fortificaciones que se alzan actualmente a continuación de Pontes, que llevan por nombre Mareburgu, Susíana, Harmata, Timena, Teodorópolis, Estiliburgu y Halicaniburgu.

Había también cerca un poblado, de nombre Acués, que en parte se encontraba derruido y el emperador restauró. A continuación de éste, se encontraba Burgonóbore, Lacóburgo y la fortaleza conocida como Dorticón, que, hallándose en un estado ruinoso por el paso del tiempo, la transformó en el solidísimo bastión actual; y una simple torre, denominada Judío, dispuso que fuera calificada, de nombre y de hecho, como una fortaleza de la más bella factura. [Igualmente, también hizo otro tanto con] la fortificación que llevaba por nombre Burgualto, que con anterioridad se hallaba desierta y totalmente deshabitada, pero incluso amuralló con un recinto defensivo nuevo otra plaza que llaman Gombes. También reedificó la línea defensiva de Crispas que con el paso del tiempo se había venido abajo; incluso Longiniana y Ponteserio[181], obra de especial relevancia. En Bononia y Novo restauró sus baluartes defensivos que se habían derrumbado; y las partes de la ciudad de Ratiara[182] que se habían venido abajo las reconstruyó. Levantó otros muchos puestos atendiendo a la necesidad, o bien, por ser muy pequeños, los hizo grandes o, por otro lado, los redujo quitándoles el exceso, a fin de que no fueran accesibles a los enemigos, bien por su excesiva pequeñez, bien por su desproporción. Así, por ejemplo, Mocatiana que antiguamente era una torre que se encontraba sola, la convirtió en la completísima fortaleza actual. Y la fortificación de Almo, que abarca defensivamente un extenso territorio, la redujo a un pequeño espacio y logró que, con la seguridad que ello suponía, fuera inexpugnable para los enemigos. Y habiendo encontrado que en muchas partes había una única torre aislada y que por ello resultaba despreciable para los atacantes, las transformó en una solidísima fortaleza. Esto, en concreto, lo llevó a cabo en Tricesa y en Putedis. Igualmente, las fortalezas de Cebro, que se hallaban derruidas, las restauró en esa línea, de un modo admirable. Y construyó en Bigranae una fortaleza que anteriormente no existía y, muy cerca de ella, otra, de nombre Ono, en un lugar sobre el que anteriormente existía tan sólo una torre. Y no muy lejos quedaban solamente los cimientos de una ciudad que se había denominado en tiempos pasados Augustes. Conserva en la actualidad su antiguo nombre, pero ha surgido una nueva y pujante por obra del emperador Justiniano y cuenta, en consonancia, con una población numerosa. Por otra parte, restauró también los desperfectos de las defensas de Edabe y levantó también la ciudad de Variana que se hallaba en ruinas desde antiguo. Amuralló también Valeriana, porque anteriormente no tenía defensas algunas.

181 Quizá moderna Pontresina

182 Moderna Azar Palanka, en Bulgaria.

Además de ello, se ocupó también de las poblaciones que no se hallaban a la orilla del río sino a mucha distancia de él, por encontrarse deterioradas en su mayor parte, y las cercó con fortificaciones que resultaban inexpugnables. Las plazas en cuestión se denominan Castra Martis, Zetnucorto e Isco. Y a la orilla del río, estimó digna de atención, en todos sus aspectos, una antigua fortaleza, de nombre Hunon, y especialmente por su recinto defensivo. Hay un lugar no muy lejos de esta fortaleza de Hunon, donde había dos reductos defensivos, a uno y otro lado del río: uno, de nombre Palaciolo, en Iliria, y, al otro lado, el denominado Sicíbida. El emperador Justiniano, al encontrarse muy deteriorados por el paso del tiempo, los restauró, y contuvo las incursiones de los bárbaros de la zona, y más allá construyó una fortaleza en lo que había sido una antigua defensa denominada Utos. En lo más apartado del territorio de Iliria, levantó una fortaleza denominada Lapidaria, y una única torre, por nombre Lucernarioburgo, que se hallaba aislada, la transformó en una defensa digna de verse. Éstas son las obras que llevó a cabo el emperador Justiniano en Iliria. Pero no ya fortificó con esas solas edificaciones ese territorio, sino también estableció importantes contingentes de tropas en todas las defensas y contuvo las incursiones bárbaras.

VII. Éstas son, pues, las fortificaciones de Iliria a lo largo del río Istro. Debemos encaminarnos ahora a las fortalezas de Tracia que el emperador Justiniano llevó a cabo a lo largo de aquella costa. Pues no me pareció que fuera impropio, tras haber descrito anteriormente toda esa costa, abordar también de esta manera las realizaciones que llevó a cabo en el interior. En primer lugar, pues, vayamos desde aquí a Misia[183], que los poetas denominan la patria de los luchadores a brazo partido[184]. Porque también son limítrofes con los ilirios. Pues bien, tras esa plaza que llaman Lucernarioburgo, el emperador Justiniano construyó la fortaleza de Securisca, llevando él mismo la iniciativa de la nueva construcción. A continuación, restauró las construcciones deterioradas de Cintodemo. Después edificó una ciudad que no existía anteriormente, y le dio el nombre de Teodorópolis en honor de la emperatriz. Sin embargo, incluso preservó con una edificación nueva las partes deterioradas de las fortalezas conocidas como Jatrón y Tigas, y levantó, en las fortificaciones de Majencio, una torre porque pensó que les era necesaria. También edificó la fortaleza de Cinton que anteriormente no existía. A continuación de ésta se encuentra la plaza fuerte de Trasmariscas. Frente a ésta, en la orilla opuesta, el emperador romano Constantino construyó en tiempos una fortaleza con todo esmero, de nombre Dafne, por haber estimado que no era cosa inútil vigilar el río en esa zona por una y otra orilla. Con el paso del tiempo, como es sabido, los bárbaros la destruyen por entero, y el emperador Justiniano la reconstruyó desde sus cimientos. Y después de Trasmariscas se encuentra la fortificación de Altenón y la que denominan Candidiana, que se hallaba derruida mucho antes por los mismos enemigos y le prestó su atención en razón a su necesidad. Hay tres fortificaciones en serie a lo largo de la ribera del Istro, Saltupirgo, Doróstolo y Sicidaba. El emperador restauró con cuidado las partes deterioradas de cada una ellas. Idéntico cuidado consagró a propósito de Cuestris que se enuentra fuera de la costa. También Palmatis, que se halla en un lugar estrecho, la dejó de mayor tamaño y especialmente de mayor amplitud, aunque no está junto a la orilla del río. Muy cerca de ésta, como es sabido, edificó, como nueva construcción, la fortaleza de Adina, porque continuamente los bárbaros esclavenos pasaban desapercibidos cuando aquí tendían emboscadas, siempre en la

183 Se trata de Mesia, pero el autor la confunde con Misia, en el Asia Menor.

184 Homero *Il.* XIII 5.

clandestinidad, a los viajeros y hacían intransitables los lugares de la zona. También edificó la fortaleza de Tilición, y una fortificación que se encuentra en su margen izquierda.

Tal eran las fortificaciones de Misia[185] en la costa del río Istro y en sus aledaños. A continuación me encaminaré a Escitia. La primera fortaleza de la zona se denomina de San Cirilo, cuyas partes dañadas por el paso del tiempo las reconstruyó con esmero el emperador Justiniano. Más allá de ella había desde antiguo una fortaleza, Ulmitón de nombre, que los bárbaros esclavenos habían atacado, con el transcurso de los años, y allí habían permanecido por mucho tiempo, por lo que había quedado enteramente desierta, y nada de ella había quedado ya salvo el nombre. En consecuencia, la edificó entera desde sus cimientos y consiguió que los lugares de la zona quedaran libres de los ataques y acechanzas de los esclavenos. Tras ésta se encuentra la ciudad de Ibida, cuyo recinto defensivo, en su mayor parte, se había deteriorado. Restauró sin demora alguna los desperfectos y logró que fuera una ciudad muy sólida. A continuación de ella, dejó construida, por su propia iniciativa, una nueva fortaleza que llaman Egiso. Y también, en el extremo de Escitia se halla otra fortaleza, de nombre Halmiris, que, en su mayor parte, se hallaba manifiestamente estropeada; la reconstruyó y recuperó.También merece la pena hablar de otras fortificaciones que se encuentran en la parte de Europa.

VIII. Ya he expuesto anteriormente todas las edificaciones que llevó a cabo el emperador Justiniano en Dardania, en Epiro, en Macedonia[186] y en otros puntos de Iliria, incluso también las de Grecia y las que hay a lo largo del río Istro. Vayamos a continuación a Tracia, ajustando la base más importante, en cierto modo, de nuestro relato a los lugares de Bizancio, porque la ciudad no sólo destaca en Tracia por su fortaleza, sino también por la índole de sus parajes, imponiéndose sobre Europa como una acrópolis, mas ejerciendo finalmente la defensa sobre un mar que la separa de Asia. En los libros anteriores he mostrado ya todos los demás edificios de la ciudad que ha construido, y todo lo que tiene que ver con los templos en el interior y el exterior del recinto de Constantinopla. Me dispongo a hablar ahora desde este punto.

En un barrio de la ciudad hay una fortaleza que denominan Estróngilo, en razón a la estructura de la fortificación[187]. El camino que conduce desde allí a Regio[188] resultaba desigual en la mayor parte de su trayecto, porque, si se daba la circunstancia de que sobrevenían lluvias, se volvía fangoso e impracticable para los que por allí transitaban. Pero ahora este emperador lo ha pavimentado con bloques de piedra que precisan una carreta para su transporte y lo ha dejado enteramente fácil y cómodo. La longitud de este camino comprende hasta Regio y su anchura es suficiente como para que dos carretas que se crucen de frente no tengan dificultades de espacio. Las piedras son especialmente toscas: se podría suponer que son parecidas a las muelas de molino. Son de muy buen tamaño, de manera que cada una cubre mucho terreno y se elevan a una gran altura. Trabajadas cuidadosamente para conseguir su igualdad y suavidad, parecen no ya amoldarse a la estructura, ni en cierto modo ajustarse con rigor, sino haberse desarrollado entre sí de un modo natural. Tales son, pues, estos hechos.

Resulta que muy próxima al llamado Regio hay una laguna, en la que desembocan los ríos que fluyen desde las tierras altas. Esta laguna, a su vez, se extiende hasta el mar, de manera que tienen ambos una costa común en una parte estrecha de tierra. Ambos bañan esta costa, batiendo

---

185 Es decir, Mesia.

186 Considera estas regiones como pertenecientes al territorio ilírico. V. *Supra*, cap. IV de este libro y n. 164.

187 «Redonda»

188 Se trata de la Via Egnatia, que llevaba al Adriático y terminaba cerca de la moderna Valona.

sus aguas entre sí, se lanzan mutuos bramidos y se arrojan uno sobre el otro al contar con una costa común. Pero cuando llegan muy cerca, frenan su corriente y giran sobre sí mismos, como si fijaran en ese punto sus límites. Existe también entre ellas un espacio en donde mezclan sus aguas, teniendo en medio una especie de estrecho, y resulta incierto a cuál de ellos se le atribuye el agua del estrecho. Porque ni la corriente del mar fluye constantemente a la laguna ni ésta desemboca continuamente en el mar, sino que cuando caen abundantes lluvias y sopla viento sur, la corriente del estrecho parece que viene de la laguna. En cambio, si el viento viene del norte, el mar parece verter sus aguas en la laguna. Sin embargo, en este lugar el mar es poco profundo en una considerable extensión, pero queda en medio un pequeño espacio de tierra cuyas aguas son muy profundas. Pero tan estrecho resultaba que se le llamaba Hormiga. Y este estrecho que une el mar y la laguna, como he dicho, era transitable antiguamente por medio de un puente de madera, con gran peligro para los que por allí pasaban, porque podían sucumbir juntamente con las maderas, si se daba un percance. Pero ahora el emperador Justiniano lo levantó con sillares escogidos, dándole la estructura de un gran arco, con lo que ha dejado sin peligro el paso por el puente.

Más allá de Regio, hay una ciudad, de nombre Atira, cuyos habitantes encontró que se hallaban atormentados por una sed terrible; les eliminó el problema, al construir allí un aljibe que recogía muy oportunamente el exceso innecesario de agua, y lo suministraba en el momento oportuno a sus habitantes. Reconstruyó también las partes de su recinto que estaban deterioradas.

A continuación de Atira, hay una plaza que los lugareños llaman Episcopia. El emperador Justiniano se dio cuenta de que se hallaba expuesto a las incursiones de los enemigos, y al estar aquel territorio totalmente desguarnecido en una gran extensión, puesto que no existía en parte alguna una fortificación, edificó en el lugar una fortaleza. Hizo, por lo demás, allí las torres no como era costumbre, sino de la siguiente manera. Fuera del recinto defensivo, destacaba una edificación, que era muy estrecha al principio pero acababa en una gran anchura. Sobre esa estructura se había construido cada torre. Y les es imposible a los enemigos aproximarse mucho a la muralla por allí, porque cuando se encuentran en medio de las torres expuestos por todas partes, se les dispara desde arriba por los defensores y caen abatidos. Y no situaron allí las puertas, como se acostumbraba, en medio de las torres, sino en ángulo, en la parte estrecha que sobresale de la muralla, invisibles a los enemigos, pero se disimulaban por detrás. Aquí Teodoro, persona muy inteligente, prestó sus servicios al emperador, desempeñando el cargo de silentiario[189]. Pues bien, esta fortificación se hizo aquí. Y saliendo de allí hacia los muros largos[190], es digno mencionar unos detalles.

IX. El mar[191], partiendo de Océano y España, se extiende por un mismo sitio, en concreto, hacia el sol naciente, manteniendo Europa a su izquierda hasta Tracia, pero desde allí se divide, y una parte la dirige a oriente y, por otro lado, se configura en ángulo oblicuo[192] y forma el llamado Ponto Euxino. Pero una vez que alcanza.Bizancio, hace una inflexión hacia la parte de la ciudad que da a levante, como si lo hiciera en torno a una meta de un estadio, y, configurándose mucho más oblicuo todavía, se conforma en estrecho[193] y moldea una parte de Tracia, por

189 Consejero privado.
190 De Constantinopla.
191 El Mediterráneo.
192 Hacia el noreste.
193 El Bósforo.

su frente y por detrás, como es de esperar, en un istmo. Y no sólo ocurre que el mar se divide allí en dos brazos, como acontece en los demás istmos, sino que envuelve así de una manera admirable, rodeando por una y otra parte al resto de Tracia, y especialmente a todos los arrabales de Bizancio. La población construye y adorna allí sus arrabales, no sólo en orden a una necesidad, sino para presunción y demostración de un lujo sin límites, y de todo aquello que la abundancia de riqueza, cuando acompaña a los seres humanos, proporciona. Y guardan, en esos lugares de residencia, abundante mobiliario y se dedican, sin cesar, a laboriosas actividades. En consecuencia, cada vez que acontecía que algunos enemigos invadían inopinadamente el territorio romano, resultaba que aquí en modo alguno se padecía un perjuicio semejante al de los demás territorios, sino que aquellos parajes se veían agobiados por unos males en demasía intolerables. Pues bien, el emperador Anastasio se aplicó con empeño a poner fin a esto y construyó unos muros largos, a una distancia no menor de cuarenta millas de Bizancio, uniendo ambas orillas del mar en el punto en que distan entre sí, más o menos, un trayecto de dos días; y pensó que aquí todo lo que se encontraba dentro se hallaba a buen recaudo. Pero esto fue, por lo visto, una fuente de mayores desdichas. En efecto, ni fue posible construir una edificación de un tamaño suficiente como para darle seguridad ni mantener sobre ella una vigilancia efectiva. Y cada vez que los enemigos caían sobre alguna parte de estos muros largos, hacían prisioneros a todos sus guardianes sin esfuerzo alguno, y cayendo sobre otros residentes inesperadamente causaban indecibles males.

Pero el emperador reconstruyó las partes dañadas de estos muros, robusteció, para darles mucha más solidez, las partes débiles en consideración a los guardianes, e ideó además lo siguiente. Cerró todas las salidas que conducían desde cada torre hasta las que iban a continuación de ella. Y para cada una, desde su base, construyó un único ascenso por el interior, que al cerrarlo en el momento oportuno los guardianes del lugar se desentendían entonces de los enemigos que hubieran penetrado en el interior del recinto defensivo. Porque cada torre por sí misma se bastaba para dar seguridad a sus guardianes. Y consiguió entonces con suma diligencia que la parte interior de estos muros ofreciera seguridad, y llevando a cabo otras medidas, como también he mencionado, reconstruyó igualmente las partes que encontró dañadas del recinto defensivo de la ciudad de Selimbria. Pues bien, sobre los muros largos estas son las obras que realizó el emperador Justiniano.

La famosa ciudad de Heraclea[194], que está situada en la costa próxima, la que se llamó Perinto (antaño la consideraron la primera ciudad de Europa, y ahora le otorgan el segundo lugar después de Constantinopla), padecía, hasta hace poco, escasez de agua y una pertinaz sequía, y no porque en su entorno no había agua, ni tampoco porque los que construyeron la ciudad en tiempos pasados se habían desentendido de este problema (porque Europa abundaba en manantiales y los hombres de pasadas épocas se habían preocupado de construir acueductos), pero el tiempo, que impone su rutina, había destruido el acueducto de la ciudad, bien porque menospreciaba[195] una edificación anticuada, bien porque, dado el desinterés de los heraclitanos por aquél, los inducía a su destrucción. A causa de esto faltó poco para que Heraclea se despoblara. Y el tiempo tuvo esta misma consecuencia respecto al palacio del lugar, que era una construcción digna de consideración. Pero cuando el emperador Justiniano contempló la ciudad,

194 Moderna Silivri, en la costa norte de la Propóntide (Mar de Mármara).

195 Puede entenderse que el decurso del tiempo destruya cualquier edificación, pero es absurda la facultad de desprecio que el autor atribuye al tiempo .

no a la ligera, sino más bien del modo que corresponde a un emperador, la dotó en abundancia de agua potable cristalina, y de ningún modo permitió que la ciudad desdijera de la dignidad del palacio, emprendiendo su reconstrucción total.

Había una población en la costa, a un día de camino de Heraclea, llamada Redesto[196], bien situada en la ruta del Helesponto, con un buen puerto que ofrecía comodidad para los negocios por mar, porque, a los que navegaban para comerciar, les permitía atracar, descargar muy adecuadamente y, a su vez, zarpar sin ningún esfuerzo, tras haber llenado sus naves de mercancías. Pero se hallaba expuesta a los bárbaros que, a veces, irrumpían inopinadamente sobre aquellos lugares, por no estar protegida con defensas ni ser de difícil acceso por su naturaleza. En consecuencia, por temor al peligro fue desechada por los comerciantes y se despreció. Y ahora el emperador Justiniano no sólo le proporcionó seguridad a la población, sino también salvó a todos los habitantes del entorno. En efecto, sobre Redesto levantó una ciudad, protegida por un muro y, por su tamaño, especialmente grandiosa. Todos los vecinos del lugar, como es natural, cuando les amenazaban los bárbaros se acogían huyendo oportunamente y se salvaban juntamente con sus pertenencias.

X. Así, pues, estas realizaciones tuvieron lugar, más o menos, en Redesto por obra del emperador Justiniano. Me dispongo a contar ahora aquellas que llevó a cabo por el Quersoneso[197]. El territorio del Quersoneso se extiende desde toda la parte de Tracia. En efecto, se echa sobre el mar y, como si fuera por delante, ofrece la impresión de que avanza hacia Asia. Tiene un punto extremo que sobresale en la ciudad de Eleunte, divide el mar en dos partes y ese punto, por efecto del oleaje, se separa del resto del continente y, adelantándose, supera en su avance al mar y forma el llamado golfo de Mélana[198]. El resto casi forma una isla, adquiriendo un nombre que se acomoda a su configuración. Pues se llama Quersoneso, como es evidente, porque se ve impedida por un pequeño istmo de ser totalmente una isla. Los hombres de antaño construyeron en este istmo, a la ligera y con un excesivo desinterés, un muro defensivo que se podía expugnar con una escala. Porque creyendo sin duda que vallaban una especie de huerto, que se hallaba allí de casualidad, con una cerca de piedra, levantaron un muro endeble que sobresalía un poco del terreno. Mas también, dando a las aguas de ambos lados del istmo, construyeron unos diques pequeños de escasa relevancia, que suelen denominar *moles*, y así protegieron la tierra existente entre el agua y el recinto defensivo, no para rechazar a los que atacaran por allí, sino más bien para invitarlos a entrar. Así, pues, lo hicieron desdeñable y expugnable para aquellos que intentaran un ataque. Pero considerando que habían hecho una defensa invencible para los enemigos, pensaron que todo el espacio interior del recinto defensivo no merecía vigilancia alguna, puesto que resultaba que ni había una fortaleza ni una línea defensiva alguna en el Quersoneso, aunque casi había una distancia de unos tres días de marcha[199]. Pues bien, ciertamente los enemigos, al irrumpir poco en los territorios de Tracia, actuaban con la intención de intentar el acceso por la costa y, temiendo a las guarniciones de la zona, saltaban dentro como si fuera un juego de niños y se encontraban en el interior del recinto defensivo sin ningún riesgo.

Consecuentemente, el emperador Justiniano, poniendo un gran interés en la salvación de sus súbditos, llevó a cabo las siguientes acciones. En primer lugar, demolió la antigua muralla sin

196 Moderna Rodosto, al este de Heraclea y en la costa norte del Mar de Mármara
197 Hoy, península de Galípoli.
198 Hoy, golfo de Saros.
199 Unos 95 kilómetros.

que quedara huella alguna. Y al punto, sobre el mismo terreno, levantó otra que, de un ancho conveniente, destacaba en altura. Por encima de los parapetos, se levantó una bóveda, a modo de un pórtico, y se hizo una techumbre, ocultando con ello a los defensores del recinto. Otros baluartes, que se apoyaban también en la bóveda, duplicaban la pelea a los que en este punto asediaban el muro. Y además, en cada terminal del recinto defensivo, especialmente en los mismos rompientes del mar, construyó unos baluartes defensivos, que se extendían en una gran extensión de agua y se enlazaban a la muralla, resultando equiparables en altura a la defensa levantada. Pero también limpió y excavó, en todo su perímetro, la fosa existente en el exterior del recinto defensivo, con lo que le completó una considerable dimensión de anchura y profundidad. En estos muros largos situó contingentes de tropas con capacidad suficiente para hacer frente a todos los bárbaros, en el caso de que intentaran atacar el Quersoneso. De este modo, una vez que adoptó estas medidas para consolidar la seguridad, construyó también, adicionalmente, unas defensas de la misma entidad para los del interior. De manera que si en los muros largos ocurría algún desastre (que no se diga), los habitantes del Quersoneso no perdían por eso su seguridad. En efecto, cercó con unas defensas muy sólidas la ciudad de Afrodisias, que anteriormente estaba, en su mayor parte, sin murallas, y la ciudad de Cíberis, que se hallaba desmantelada, la amuralló y repobló. También construyó allí baños, hospederías, innumerables viviendas y todo lo que, por su propia índole, hace que una ciudad se evidencie como insigne. Igualmente, fortificó con una sólida defensa la llamada ciudad de Calípolis[200], pues, con su esperanza de unos muros largos, se había dejado por las generaciones anteriores sin fortificar. Precisamente en este lugar edificó graneros y bodegas que resultaban suficientes para todo el gasto de las tropas del Quersoneso.

Hay, enfrente de Ábido, una antigua ciudad, de nombre Sesto[201], que se había trazado en tiempos pasados descuidadamente, y no tenía fortificación alguna. Y una colina muy abrupta se alzaba sobre ella. Precisamente en ésta construyó un puesto de vigilancia, totalmente inaccesible e imposible de conquistar, si se le atacaba. Y no lejos de Sesto se encontraba casualmente Eleunte. Se alzaba allí una roca, desprendida del mar, que se levantaba puntiaguda hacia lo alto como si de una fortificación se tratara. Pues bien, también aquí este emperador construyó una fortaleza, difícil de superar y totalmente inexpugnable para los que la atacaran. Igualmente, en el otro lado de la muralla larga, erigió la fortaleza de Tesco, que se había robustecido especialmente por un recinto defensivo poderoso. De este modo proporcionó por todas partes seguridad a los habitantes del Quersoneso.

XI. A continuación del Quersoneso, se encuentra la ciudad de Eno[202], que recibió el nombre de su fundador. Porque fue Eneas, como dicen, el hijo de Anquises. El recinto defensivo de esta ciudad era fácil de conquistar porque escasamente se levantaba del suelo, ya que ni siquiera llegaba a una altura necesaria. Y ofrecía la proximidad de un acceso cara al mar, ya que, en cierto modo, su agua lo tocaba. Pero el emperador Justiniano elevó el recinto en altura, para evitar no ya que fuera imposible capturarlo, sino incluso intentarlo. Y extendiendo el recinto y cerrándolo en todos sus puntos hizo Eno enteramente inexpugnable, y de este modo la ciudad resultó segura. Pero el territorio siguió cómodo de invadir para los bárbaros, porque Rodope

200 Moderna Galípoli.

201 Ábido se encuentra en la costa asiática del Helesponto (hoy, estrecho de los Dardanelos) y Sesto en el Quersoneso. Son, por otra parte, las ciudades famosas del mito de Hero y Leandro, cantado por el poeta Museo.

202 Moderna Enos, cerca de la desembocadura del río Hebro (hoy, Maritza).

desde antaño carecía de fortificaciones. Y había una aldea en el interior, de nombre Veluro, que por la importancia de sus recursos y de su población era como una ciudad; sin embargo, al no estar fortificada en sitio alguno se hallaba expuesta continuamente a los bárbaros en sus saqueos, y lo mismo le ocurría a los muchos campos de su entorno. Pero nuestro emperador también la hizo una ciudad, la fortificó, y la dejó digna de sí misma. Igualmente, las partes de las ciudades de Rodope[203] que vinieron a tener deficiencias o a deteriorarse por el tiempo, las levantó con todo su esfuerzo. Entre ellas se encuentran Trajanópolis[204] y Maximianópolis, a las que reconstruyó las secciones de sus recintos defensivos que se habían perdido. Éstas fueron, pues, las realizaciones que aquí llevó a cabo.

Anastasiópolis, ciudad de esta zona, se encontraba amurallada incluso en épocas pasadas, pero, estando situada junto al mar, tenía su costa desguarnecida. Las embarcaciones, ciertamente, cuando aquí arribaban, resultaban inopinadamente presa de los bárbaros hunos, hasta el punto de que incluso hostigaban, valiéndose de aquéllas, las islas que se hallaban próximas a tierra. El emperador Justiniano cercó toda la costa con una fortificación y restableció la seguridad para las naves y los isleños. Y también levantó, a considerable altura, un acueducto desde los montes que allí se alzan hasta la ciudad. Y en Rodope hay una ciudad antigua, de nombre Tópero, que, en su mayor parte, se ve rodeada por la corriente de un río, pero tenía un empinada colina que se alzaba sobre ella. Como consecuencia de ello, no hacía mucho tiempo, había sido conquistada por los bárbaros esclavenos. Pero el emperador Justiniano le añadió una gran altura al recinto defensivo, de tal modo que superaba a la colina en la misma medida en que anteriormente se encontraba por debajo de ella. Levantó también un pórtico en la parte abovedada del muro, desde donde justamente los defensores de la ciudad luchaban con seguridad contra los atacantes de la muralla, y equipó cada una de las torres para que fuera una fortificación segura. También cercó la parte exterior del recinto defensivo hasta el río y la aseguró con una defensa amurallada. Éstos fueron, pues, los hechos que llevó a cabo aquí el emperador Justiniano.

Pero también expondré todas las fortificaciones que realizó en el resto de Tracia y en la actualmente llamada Hemimonto[205]. En primer lugar, reconstruyó con todo su esfuerzo las deficiencias y deterioros de Filipópolis[206], Berea[207], e incluso de Adrianópolis[208] y Plotinópolis[209] (pues resultaba que eran muy vulnerables), a pesar de su vecindad con muchas tribus bárbaras. Y levantó innumerables fortificaciones en toda Tracia, por medio de las cuales dejó ahora totalmente inviolable el territorio que anteriormente había estado expuesto a las incursiones enemigas. Y éstas son las fortalezas que recuerdo por su nombre:

En Europa: Lidices y Eleas.

En Rodope, de nueva creación: Caseera, Teodorópolis, Trasu, Sudanel, Mundepa, Tarsándala, Dénizo, Tóparo, Dalátarba, Bré, Cuscábiri y Cúsculis.

De Tracia: Bóspara, Besúparon, Capisturia, Berípara, Isgípera, Ozorme, Bereyaro, Tamonbarí, Escemnas, Carástira, Pinzo, Tuleunte, Arzon, Castrázarba, Zosíterson, Bérgison, Dingion, Sáciso, Curtuxura, Potamucastelo, Isdicea, el mercado marítimo de Taurocéfalos, Belaidípara, Escita-

203 Comarca occidental de Tracia.
204 Próxima a la desembocadura del Hebro.
205 Hoy, Cordillera de los Balcanes.
206 Prácticamente, hoy, conserva su nombre, Filipópoli.
207 Moderna Stara Zagora
208 Hoy, Adrianople.
209 Junto al río Hebro.

ces, Bépara, Pusino, Himaupárubri, Escariotasalucra, Augusta, Urdaus, San Trajano, Dértalo, Solbanu, Basco y Zínciro.

De Hemimonto: Zemarcu, Ceriparon, Casibonon, Ucu, Antoinon, Gesilafosaton, Querenon, Probinu, San Teodoro, Burdepto, Racule, San Julián, Zitetus, Belastiras, Getrinas, Breda, Veros, Tociodis, Bía, Anagoncli, Suras, Autiparu, Dordas, Sarmatonte, Clisura, Hilasiane, Trasaricu, Beca, Crisanto, Marcerota, Zebrén, San Teodoro, Asgarzo, Burtugiz, Taurocomon, Nice, Cabotumba, Dixas, Getristaus, Debre, Probinu, Cárberos, Tesimonte, Asgizus, Dalátarba, Teodorópolis, Ziidonte, Zonpolegon, Basíbunon, Anquíalos, Marcianon, Cirídana y Beculi.

Las restantes fortalezas de Tracia, las existentes a lo largo del Ponto Euxino, del río Istro, y las del interior, son como siguen:

En Misia[210], a lo largo del río Istro: Erculente, Escatrina, Apíara, Exentáprista, Deoniana, Limo, Odiso[211], Bídigis, Arina, Nicópolis, Zicídeba, Espíburo, Ciudad Castelo, Cistídizo, Basternas, Métalos, Berípara, Espatizo, Marcerota, Bodas, Zisnúdeba, Turules, Justinianópolis, Terma, Gemelomuntes, Asilba, Cuscauri, Cusculi, Fosaton, Bisdina, Marcianópolis, Escitias, Grapso, Nono, Trosmés, Neayoduno, Residina, Constantiana, Calatis, Basidina, Beledina, Ábrito, Rubusta, Diniscarta, Monterregine, Becis, Altina, Manrobale, Tigra, Escedeba y Novas.

Y en el interior:

Copústoro, Birginaso, Tilito, Anciriana, Murideba, Itses, Castelonovo, Padisara, Bismafa, Valentiniana, Zaldapa, Axíopa, Carso, Graciana, Preídis, Argamo, Paulimandra, Tsasclis, Pulcra Teodora, Tomis[212], Creas, Catasu, Nísconis, Novejustiniana, Presidio y Ergamia.

210 Mesia.

211 Moderna Varna.

212 Tomi, el lugar del destierro de Ovidio.

LIBRO V

I. Las edificaciones que llevó a cabo el emperador Justiniano en toda Europa fueron expuestas, en la medida en que fue posible, en el libro anterior. Y ahora debemos encaminarnos a las partes que nos quedan de Asia. En efecto, creo que ya han quedado expuestas anteriormente por mí cuántas defensas de ciudades[213], fortificaciones y de otro tipo de edificación se han llevado a cabo de algún modo en la región oriental, desde la frontera persa hasta la ciudad de Palmira, que casualmente se encuentra en la Fenicia del Líbano[214]. Y en el momento presente voy a contar también cuánto llevó a cabo en el resto de Asia y Libia, partiendo de las siguientes actuaciones, a saber, bien fortificando, bien reparando, en los caminos, los tramos de difícil paso y los que estaban plagados de peligros (ya porque, al estar próximos unos montes, se trataba de zonas escarpadas, ya porque esos tramos, por la vecindad de un río, importunaban a los que los recorrían), bien también remediando todos los padecimientos de las ciudades.

Resulta que había, antes de la ciudad de Éfeso, una localidad que se hallaba en un terreno empinado, sobre una colina sin terreno blando y, en consecuencia, no apta para producir frutos, si se intentaba cultivarla, sino dura y pedregosa enteramente. Allí levantaron los lugareños, en tiempos pasados, un templo al apóstol Juan; este apóstol ha recibido la denominación de teólogo, porque los temas divinos fueron tratados por él de un modo que supera a la naturaleza humana. El emperador Justiniano derruyó hasta sus cimientos este templo, que era insignificante y se hallaba deteriorado por el transcurso del tiempo, y lo dejó tan grandioso y bello, que, para decirlo en una palabra, es muy parecido y enteramente rivaliza con el templo que en la ciudad imperial levantó en honor de todos los apóstoles, como he expuesto en mis anteriores libros.

Esto es lo que se llevó a cabo por este emperador en Éfeso. Y en la cercana isla de Ténedo adoptó una medida salvadora para la ciudad imperial y para los que trabajan en la mar, como al punto mostraré, aduciendo lo siguiente. El mar fluye en el Helesponto en un canal muy estrecho porque, encontrándose allí muy próximas unas de otras, las tierras firmes, dan lugar al origen

213 En los libros II y III.

214 Esto es, la Fenicia Libanesa.

de aquél en Sesto y Ábido, y siempre que las naves alcanzan ese punto, atracan allí todas las embarcaciones que se encaminan directamente a Constantinopla. Y les resulta imposible zarpar desde aquí, a no ser que les sople viento del sur. En efecto, cada vez que llega allí una flota de aprovisionamiento de cereales procedente de la ciudad de Alejandría, si les sobreviene un viento favorable, los que practican este comercio arriban con sus naves en un corto espacio de tiempo a los puertos de Bizancio[215] y, descargando su mercancía, todos se retiran al punto con suma prontitud, con la intención de llevar a cabo un segundo y tercer viaje antes de la estación del invierno. Y cuantos así lo desean, cargan también, a su vez, mercancías del lugar en su viaje de vuelta. Sin embargo, si el viento sopla de contra en el Helesponto, entonces resulta que se estropean los cereales y las naves. El emperador Justiniano, actuando con previsión, demostró claramente que nada hay imposible para el hombre, ni siquiera aunque se vea enfrentado a una situación muy difícil. En efecto, en la isla de Ténedo, que está muy próxima al estrecho, ideó un silo que podía recoger suficientemente la carga de toda una expedición, de no menos de noventa pies de ancho por doscientos ochenta de largo, que se alzaba convenientemente a una gran altura. Y una vez que llevó a cabo el emperador esta edificación, cada vez que llegaban aquí expediciones de cereales adquiridos por el estado y se veían entorpecidas por vientos contrarios, depositaban su carga en este silo y decían adiós repetidas veces al bóreas y al céfiro, incluso a cualquier otro viento que les soplara de contra, y se preparaban para su siguiente singladura. E inmediatamente se dedicaban a sus asuntos particulares, y a continuación, con el tiempo, una vez que la partida desde este punto a Bizancio resultaba posible, los que tenían encomendado este cometido transportaban desde Ténedo el cereal en otras embarcaciones.

II. Hay en Bitinia una ciudad, que lleva el nombre Helena[216], la madre del emperador Constantino, porque dicen que Helena procedía de esta ciudad, que antiguamente había sido una aldea insignificante. Constantino, como pago de su crianza en ellla, obsequió a este lugar con un nombre y una dignidad de ciudad, sin que se le hiciera edificación alguna que denotara su grandiosidad imperial; antes bien, permaneció externamente como en su anterior estado, y la ciudad se enorgullece únicamente con recibir el apelativo de tal y se gloría por la denominación de la nutricia Helena. Pero nuestro emperador, como si tratara de justificar la equivocación de su antepasado imperial, cuando vio, en primer lugar, que la ciudad estaba agobiada por la escasez de agua y dominada totalmente por una sed terrible, improvisó un acueducto un tanto admirable, con una dotación de agua que no se esperaba ver, suficiente no sólo para que bebiera la población, sino incluso para que se lavara, y para todo aquello con que los hombres se deleitan cuando tienen en exceso abundancia de agua. También hizo, además, para ellos un baño público, que antes no existía, y reconstruyó otro que se hallaba ruinoso y yacía abandonado, y que estaba ya deteriorado por la escasez de agua, como he dicho, y por el descuido. Mas también construyó aquí templos, un palacio, paseos porticados y residencias para los cargos públicos, y en los demás aspectos la dio a conocer como una ciudad próspera.

Muy cerca de esta ciudad fluye un río, al que los lugareños por la semejanza con su curso llaman Dragón. En efecto, se enrosca y gira de un lado a otro, se revuelve contra sí provocando remolinos y prosigue su curso, desviando sus aguas ya a la derecha, ya a la izquierda. De tal

215 La actividad comercial, en el reinado de Justiniano, mediante tratados y acuerdos, ha sido puesta de relieve por OSTROGORSKY, pág. 50, quien supone incluso un establecimiento de acuerdo con China, para comerciar a través de Crimea, y Lacica, en el Cáucaso. Por su parte, A-W HAUSSIG (*Supra*, pág. 130 y sigs. de su obra ya citada en n. 45, pág. 41) resalta el comercio que se entabla en este período con países tan alejados como la India y Sudán.

216 Helenópolis; originariamente, Drepanon. Hoy, Hersek.

modo que, para los que visitan esta zona, forzoso es pasarlo más de veinte veces, y al desbordarse el río, inopinada e inusualmente, a muchos les aconteció perder su vida sin más. Y además, también, una densa maleza y una ingente cantidad de caña que allí crece, dificultando la salida del río al mar, provocaban que fuera muy molesto para aquellos lugares. En efecto, no hace mucho, cuando sobrevenían abundantes lluvias, se estancaba, y se desbordaba esparciéndose por un amplísimo territorio y causaba males irreparables. Pues arruinó muchísimas zonas, arrancando de raíz vides, incluso también olivos e innumerables troncos de otros árboles de todo tipo, y además también las casas que casualmente se encontraban fuera del recinto defensivo de la ciudad, y atormentó con otros padecimientos enormes a sus habitantes. El emperador Justiniano compadeciéndose de ellos ideó lo siguiente. Limpió la maleza y cortó todas las cañas, con lo que permitió al río tener libres sus salidas al mar, a fin de que ya no le fuera necesario dispersarse. Escindió por la mitad los montes que se alzaban en aquellos parajes e hizo un camino transitable para carros en las zonas que anteriormente eran abruptas y escarpadas. Y logró que el paso del río, para los del lugar, no fuera necesario efectuarlo por muchos puntos. Levantó sobre este río dos puentes de sobrada anchura y, a partir de ese momento, todos lo vienen pasando en lo sucesivo sin peligro.

III. Merece la pena hablar también de las mejoras que llevó a cabo en Nicea de Bitinia. En primer lugar, restauró en su totalidad el acueducto, que se hallaba enteramente destruido y en modo alguno ofrecía utilidad, con lo que consiguió que la ciudad tuviera agua en abundancia. En segundo lugar, edificó iglesias y monasterios tanto para las mujeres como para los hombres. También reconstruyó prestamente por entero el palacio del lugar, que se hallaba ya derruido en parte; incluso también restauró un baño, en la hospedería de los llamados *veredarii*[217], que se hallaba deteriorado desde hacía tiempo. Al poniente de esta ciudad, muy próximo a ella, un torrente suele afligirla con muchísima frecuencia, haciendo enteramente intransitable el camino de la zona. Se había hecho allí, por hombres de otras épocas, un puente que, con el paso del tiempo, en modo alguno soportaba la corriente del arroyo cuando se venía encima (porque no había sido trazado convenientemente) y acabó cediendo a las aguas cuando se embravecían y con ellas desapareció perdiéndose, y ni siquiera quedó huella suya en el lugar donde antes había estado. El emperador Justiniano construyó allí otro puente de tal altura y anchura, que el anterior ni siquiera, en una mínima parte suya, parecía constituir [lo que era el nuevo]; y éste puente, que se elevaba con mucho sobre el torrente, cuando experimentaba una crecida, salvaguardaba en condiciones de seguridad a los que por allí pasaban.

En Nicomedia[218] restauró el baño Antonino. Porque una parte de él, muy significativa, se había derrumbado, y por el tamaño de la edificación no era de esperar que llegara a ser restaurado. Este gran río, que ahora llaman Ságaris[219], bajaba con una corriente impetuosa en exceso, que en su punto medio era muy profunda y cuando se ensanchaba se asemejaba al mar, y había permanecido siempre sin que lo tocara un puente, desde que existió el hombre. Entonces, uniendo una multitud de barcas, las ajustaron entre sí formando una plataforma, y se arriesgaban a pasarlo a pie por allí, tal como en una ocasión el ejército persa, por temor a Jerjes[220], cruzó el Helesponto. Pero también esto resultaba peligroso para ellos. Porque muchas veces el río,

217 Los encargados del correo oficial.

218 En Bitinia; hoy, Izmit, en un pequeño golfo que forma el mar de Mármara hacia levante.

219 Más conocido por Sangario; hoy, Sakaria.

220 Quizá porque pasaron a golpes de látigo, Heródoto VII 56.

cogiendo a un tiempo todas las embarcaciones, juntamente con sus cables, les echaba abajo el puente de barcas a los por allí transitaban. Pero el emperador Justiniano se propuso, en el momento presente, construir un puente sobre el río. Y habiendo comenzado ya la obra, está muy ocupado en ello[221]. Sé bien esto, que no tardará mucho en culminarla, porque demostraré que, por supuesto, Dios coopera con él en todas sus obras. Pues, hasta el momento presente, ninguna resolución suya quedó sin realizar, aunque en muchísimos casos pareció acometer, en un principio, empresas imposibles.

Hay en Bitinia un camino que parte de allí hacia territorio frigio, donde, en período invernal, suelen encontrar la muerte innumerables personas y animales también. En efecto, se trataba de una región extraordinariamente arenosa, y no sólo cuando descargaban repentinas lluvias y abundantes precipitaciones de nieve que, al final, se derretía, sino también cuando caía una lluvia fina, si llegaba el caso, se convertía el suelo en un lodazal profundo e intransitable, enfangando los caminos, y los caminantes, con mucha frecuencia, se ahogaban. Pero también él mismo y la emperatriz Teodora por su grandeza de alma eliminaron este peligro a los caminantes. Pues afirmaron con enormes bloques de piedra la calzada, de un trayecto de medio día, para una persona sin impedimenta, y así consiguieron que los viandantes transitaran sobre un camino sólido. Esto es lo que allí llevó a cabo el emperador Justiniano.

En Bitinia, en el lugar que denominan Pitia[222], brotan unas fuentes de agua natural termal. Muchos las consideran un remedio, especialmente los bizantinos, y en concreto cuantos padecen enfermedades. Aquí se puso de manifiesto, por un emperador, una adecuada magnificencia. Porque edificó un palacio que anteriormente no existía y construyó unos baños públicos de las aguas termales que allí manaban. Y con un acueducto canalizó hasta este lugar unas fuentes de aguas potables que manaban muy lejos, con lo que eliminó la sequía que era habitual en el lugar. Mas también hizo más grandes y famosos el santuario del Arcángel y el sanatorio.

IV. Hay un río en Galacia, al que los lugareños llaman Síberis[223], muy cerca del lugar llamado Siceas, y a diez millas, hacia levante, de la ciudad de Juliópolis[224]. Éste muchas veces cuando repentinamente se salía de su cauce, a una gran altura, causaba la muerte de muchos de los que transitaban por esta ruta. El emperador, alterado por estas cosas que se le comunicaban, se dispuso, en lo sucesivo, a eliminar la contrariedad, cubriendo el río con una obra sólida, capaz de hacer frente a las crecidas, y construyendo otra muralla en forma de dique por la parte este del puente. Los expertos llaman a esta muralla *prómacon*[225]. Y, al oeste del puente, construyeron un templo para que sirviera a los viandantes de refugio en la estación del invierno. El recinto defensivo de esta ciudad de Juliópolis lo perturbaba y erosionaba un río que fluía por su parte de poniente. También este emperador le puso impedimentos a éste, situando frente al recinto defensivo, a no menos de quinientos pies, un muro. Y preservó en este punto las defensas de la ciudad, que ya no sufrían los embates de las aguas.

En Capadocia hizo lo siguiente. Allí se encontraba la ciudad de Cesarea, muy grande y populosa desde antaño. La rodeaba una muralla que resultaba expugnable y enteramente inde-

221 La obra, según Teófanes, I, pág. 234, de la edic. de C. Boor (v. n. 6 INTROD., pág. 10), se había iniciado en el año 559-60, lo que ciertamente nos lleva a plantearnos el problema de la fecha de la redacción y composición de *Los edificios*. Para una documentación más amplia sobre el tema, v. AV. CAMERON, págs. 9-10.

222 Moderna Yalova.

223 Quizá el Hiero.

224 Llamada Gordiucome, en un principio.

225 Vendría a significar algo así como «defensa delantera» o «avanzada».

fendible por el hecho de su desmesurada extensión. En efecto, comprendía una gran extensión de territorio, en nada necesario, para la ciudad y resultaba muy asequible, por su excesiva dimensión, para los que maquinaran atacarla. Porque allí se levantaban unas elevadas colinas, no muy próximas entre sí, pero muy distantes. El fundador de la ciudad puso su esfuerzo en incluirlas en el recinto defensivo, a fin de que no supusieran un baluarte ofensivo contra ella y, en aras de la seguridad, llevó a cabo una medida muy peligrosa. Pues en el amurallamiento cercó campos, huertos, roquedales y pastizales para los ganados. Y ni siquiera con el paso del tiempo los hombres del lugar decidieron edificar aquí, sino que se mantuvo la situación existente. Y si resultaba también que en algún lugar [del recinto amurallado] había casas, se quedaron aisladas, sin vecindad, hasta el momento presente. Y ni los puestos de vigilancia pudieron ser suficientes, dadas las características del recinto defensivo, para su defensa, ni fue posible para los lugareños preocuparse de él por su considerable tamaño. Y como parecían encontrarse sin muros defensivos, estaban continuamente asustados. Pero el emperador Justiniano derribó las partes innecesarias del recinto defensivo y, cercando la ciudad con unas defensas realmente seguras, dejó una fortaleza inexpugnable, en el caso de que hubiera un ataque, y la aseguró con una guarnición suficiente. Así, pues, a los habitantes de Cesarea, en Capadocia, les garantizó de este modo su seguridad.

Había en Capadocia una fortaleza, de nombre Moceso, situada en una zona llana, y se encontraba tan deteriorada, que parte de ella estaba en ruinas y parte en ruina inminente. El emperador Justiniano la derribó y construyó una muralla muy grande, hacia la parte de la antigua fortaleza que daba a poniente, en un lugar abrupto, muy empinado e inaccesible, si se producía un ataque. También edificó allí muchas iglesias, hospederías, baños públicos y todo cuanto evidencia la prosperidad de una ciudad. Como consecuencia de ello, alcanzó la categoría de una metrópoli[226], que es así como llaman los romanos a la primera ciudad de una provincia. Estas cosas, pues, tuvieron lugar en Capadocia.

V. Desde la ciudad de Antioquía, que ahora se llama Teópolis, en dirección a Cilicia, se encuentra un arrabal, por nombre Platanon, junto al mismo camino. No muy lejos de esta ciudad había una senda que, desde antaño, a causa de unos montes que se alzaban a los lados, se estrechaba hasta quedar en un sendero muy angosto, y cuando las lluvias lo anegaban por un largo espacio de tiempo, desaparecía en un gran tramo y motivaba que el tránsito se llevara a cabo con riesgos para los que por allí pasaban. Cuando el emperador se enteró de oídas de estos hechos, con toda atención lo tomó en consideración y encontró inmediatamente un remedio al problema. En efecto, concedió incalculables recursos, hendió todos los montes que allí se alzaban en un largo trecho, superando las dificultades, y acondicionó un camino para carros, fuera de lo normal y de lo que cabía esperarse, y las escarpaduras anteriores quedaron en terreno llano y liso, demostrando claramente que no existía dificultad alguna para un ser humano de una mente previsora que no reparaba en gastos. Esto es, pues, lo que allí se hizo.

Hay una ciudad en Cilicia, Mopsovestia, obra, según dicen, de aquel famoso adivino antiguo[227]. Junto a ella, fluye el río Píramo, que constituye un bello ornato para la ciudad, y se puede cruzar por un solo puente. Como consecuencia del mucho tiempo transcurrido, resultó que la mayor parte del puente se hallaba deteriorada y parecía que de un momento a otro se iba a venir abajo y los que lo pasaban, a causa de eso, se reflejaba la muerte en sus miradas. Una estructura que

226 Llegó a obtener el rango de capital de Capadocia Tertia.

227 Mopso.

había sido diseñada por los hombres de antaño para su salvación, por la incuria de sus dirigentes se convirtió en un motivo de gran peligro y temor. Pero nuestro emperador restauró con presteza todo lo que se había derruido, y al puente y a sus viandantes les recobró su seguridad, con lo que motivó que la ciudad se adornara de nuevo, y sin riesgo, con la belleza de su río.

A continuación de ésta hay una ciudad, Adana[228], por cuyo lado de levante fluye el río Saro[229], que desciende de los montes de Armenia. El Saro es navegable y en modo alguno es vadeable a pie para los hombres. Pues desde antiguo se había construido aquí un puente de gran entidad y digno de consideración. Pero se había llevado a cabo de la siguiente manera. En muchas partes se habían levantado, desde el lecho del río, bloques de enormes piedras que alcanzaban un gran grosor, y que daban un ancho coincidente con el cauce del río y, en altura, lo sobrepasaban con mucho en sus crecidas. Por encima de cada dos bloques se alzaban unos arcos hasta una gran altura que cubrían el espacio aéreo que mediaba entre aquéllos. Pero la parte de esta estructura de piedra, que se encontraba bajo el agua, al estar batida por la abundante corriente, resultó que se deterioró muchísimo por el espacio tan enorme de tiempo. Era probable que todo el puente, en no mucho tiempo, se vendría abajo sobre el río. Y siempre, cada uno de los que lo pasaban rezaba por que el puente permaneciera seguro tan solo un momento, mientras lo pasaba. Pero el emperador Justiniano excavó otro cauce al río y obligó a que temporalmente se encuzara hacia allí, y sin agua emprendió una edificación, de la que hice mención recientemente, y derribando las partes dañadas, sin demora alguna lo reconstruyó y de nuevo encauzó al río por su anterior curso, que llaman «lecho». Estos son, pues, los hechos que acaecieron.

El río Cidno discurre por el centro de la ciudad de Tarso. Y en general parece que jamás había causado daño alguno, pero en una sola ocasión sucedió que fue el causante de unos males irreparables por el siguiente motivo. Tuvo lugar en la época del equinocio de primavera. Sopló repentinamente un poderoso viento del sur que derritió toda la nieve, que había caído en el período invernal y casí enteramente había cubierto el monte Tauro. Pues bien, aguas torrenciales de las cumbres confluían por todas partes, y todas las gargantas emitían torrentes, y tanto las cumbres como los pies de los montes Tauros se encontraban encharcados por los abundantes manantiales. En consecuencia, por estas aguas el Cidno experimentaba una tempestuosa crecida[230], ya que desembocaban en él, al encontrarse justamente en la vecindad de aquellas cumbres, y coincidentes con él, cuando se producían lluvias abundantes; también todos los arrabales de Tarso, que se ubicaban a mediodía de la ciudad de Tarso, los inundaba el río y quedaban enteramente arruinados. Discurría estruendosamente por la ciudad, derribando los puentes, de reducidas dimensiones, cubría los mercados, anegaba las vías públicas y pasaba causando importantes estragos en las viviendas y sus plantas superiores. Noche y día, la ciudad entera se encontraba en semejante peligro e inquietud y, apenas este río se normalizaba al fin en un momento, se convertía de nuevo en lo que habitualmente era. Cuando el emperador Justiniano se enteró de esto, proyectó lo siguiente. En primer lugar, preparó al río otro lecho antes de alcanzar la ciudad, para que, dividiéndose allí, repartiera, por uno y otro lecho, su caudal y discurriera precisamente en su mitad hacia la ciudad de Tarso. Después, hizo los puentes bastante más anchos, y logró que fueran tan seguros como para resistir la violencia de las avenidas del Cidno. Y consiguió de ese modo que la ciudad viviera para siempre libre de temor y peligro.

---

228 Hoy conserva este mismo nombre. Importante localidad entre la ciudad de Tarso y el río Seyhan, en Turquía.

229 También Sagro; hoy, Sangro.

230 Esta crecida se menciona también en la *Historia secreta*, XVIII 40.

VI. Pues bien, las edificaciones de Cilicia así tuvieron lugar por obra del emperador Justiniano. Y en Jerusalén levantó un templo[231] a la Madre de Dios, al que no es posible que se le pueda comparar ningún otro. Los lugareños llaman al templo la Iglesia Nueva. Y yo mostraré de qué tipo es, precisando tan sólo, que esta ciudad, en su mayor parte, se encuentra situada sobre colinas, pero las colinas no son suaves, sino que se alzan en medio de un terreno abrupto y escarpado, configurando las calles en forma de escalinata, empinadas y en pendiente. En consecuencia, todas las demás edificaciones de la ciudad resulta que se encontraban sobre una misma área, bien construidas sobre una colina, bien en un terreno llano en una zona extensa del suelo, pero solamente este templo no se encuentra en estas circunstancias. Porque, el emperador Justiniano había ordenado que estuviera en la parte prominente de las colinas, dando a entender, entre otras cosas, qué anchura y longitud debería tener. Por otra parte, no se ajustó la colina, de acuerdo con la instrucción del emperador, a la exigencia de la empresa proyectada, sino que una cuarta parte del templo, orientada hacia mediodía y levante, donde los sacerdotes suelen celebrar sus rituales, se había quedado sin completar. Por lo cual, los que habían recibido el encargo de este trabajo proyectaron lo siguiente. Desecharon cimientos hasta el límite de la tierra llana, y levantaron una estructura que se elevaba hasta la altura de la roca. Y una vez que se alzaron hasta la cima, colocaron unas bóvedas sobre los muros de protección y ajustaron la edificación al resto de la cimentación del santuario. Así, el templo se situó sobre una sólida roca y, en cierto modo, quedó suspendido en el aire, con lo que el poder del emperador diseñó otra expansión para la colina. Pero, por otro lado, las piedras de esta edificación no son, en su tamaño, como las que conocemos. En efecto, los constructores de esta obra, pugnando con la naturaleza del lugar y afanándose por lograr una altura que rivalizara con el nivel de la roca, renunciaron a todo lo habitual y abordaron aspectos extraños y enteramente desconocidos de la práctica profesional. En consecuencia, cortaron unas rocas enormes de los montes que se levantaban altísimos en terrenos de fuera de la ciudad, las pulieron diestramente y las trajeron alli de la siguiente manera. Construyeron unos carros adecuados al tamaño de las piedras, y en cada uno de ellos colocaron una sola piedra, y unos bueyes, selecionados por sus buenas cualidades por el emperador, a cuarenta por carro, transportaban la piedra. Pero como era imposible, por los caminos que llevaban a la ciudad, conducir estos carros, cortaron en un gran espacio los montes y los hicieron accesibles a las carros que acudían al lugar, y de este modo edificaron el templo de una gran longitud, como era el deseo del emperador. Pero cuando, proporcionalmente, le trazaron su anchura, en modo alguno pudieron montarle al templo su techumbre. Entonces, recorrieron bosques y toda clase de selvas, y todo lugar que tenía fama de que en el que crecían árboles de gran tamaño, y dieron con un bosque espeso, que contaba con unos cedros que llegaban a una altura extraordinaria, y con éstos precisamente le pusieron la cubierta al templo, haciéndole una altura adecuada, en la medida en que se adaptaba a su anchura y comprendía su largo.

Esto es, pues, lo que el emperador Justiniano llevó a cabo merced al poder humano y a la técnica. Pero también su piadosa fe le recompensó por añadidura, con honor, al cooperar igualmente en esta empresa suya. Pues de todas partes necesitaba columnas para el templo, que no desdijeran en apariencia de la belleza que poseía el santuario y de una condición tal en su tamaño que fueran capaces de resistir el peso de lo que se les vendría encima. Pero el territorio, que se hallaba en el interior, distaba mucho del mar, y se encontraba cercado por unos montes escarpados, como he dicho, y resultaba imposible, para los que construyeran la cimentación,

231 No se ha identificado con certeza el lugar en que estuvo este templo.

traer columnas de otra parte. Y sintiéndose molesto el emperador con la dificultad de la empresa, Dios le mostró la calidad de una piedra, en unos montes muy próximos, que era muy apropiada para esta obra, bien porque esa condición se había mantenido oculta hasta entonces, bien porque ahora se había originado. En ambos casos, merece crédito la explicación para los que atribuyen a Dios la causa de ello. Porque nosotros, como lo ajustamos todo al poder humano, creemos que muchas cosas se acaban en la imposibilidad, pero para Dios, de todas las cosas, ninguna puede ser difícil ni imposible. Ciertamente, desde aquí, una gran serie de columnas extraordinarias que imitan un color parecido a la llama del fuego, por todas partes sustentan el templo: unas, por abajo; otras, por arriba, y otras circundan todo el templo, en columnata, salvo por el lateral que da a levante. Dos de ellas, extraordinariamente grandiosas, se han quedado fijas delante de la puerta del templo, y quizás, en todo el mundo, no son inferiores a columna alguna. Desde aquí se añadió otro pórtico de columnas, llamado del *nartex,* creo yo, por el hecho de no ser ancho. Acontinuación de éste, se levantaba un patio rectangular con columnas semejantes; unas majestuosas puertas daban paso al interior de tal modo, que indicaban a los que transitaban por fuera con qué espectáculo se iban a encontrar. A continuación, había un admirable vestíbulo de acceso, y sobre dos de las columnas, a una altura indecible, se alzaba un arco. Pero, según se penetraba, había dos hemiciclos, uno frente al otro, y se hallaban a cada lado del camino que llevaba al templo. Y, a cada lado de la otra parte, había dos hospederías, obra del emperador Justiniano. Una era un albergue para los extranjeros que se encontraban de viaje; la otra era un asilo para los mendigos enfermos. Pero el emperador Justiniano también honró este templo de la Madre de Dios con la aportación de grandes sumas de dinero. Así, pues, estas fueron las acciones llevadas a cabo aquí, en Jerusalén, por el emperador Justiniano.

VII. Hay una ciudad en Palestina llamada Neápolis[232]. Sobre ella se alza un monte altísimo llamado Garizin. Este monte lo ocupaban al principio los samaritanos. Subían, éstos, en cualquier ocasión, a la cima del monte a rezar, no porque hubieran edificado allí un templo alguna vez, sino porque reverenciaban con asombro esa cumbre por encima de todo. Y cuando Jesús, el Hijo de Dios, se trataba en vida, de niño, con estas gentes, tuvo una conversación con una mujer oriunda de este lugar. Cuando ésta Le preguntaba por la montaña, replicó que en lo sucesivo no serían los samaritanos los que Lo adorarían en este monte, sino que allí Lo adorarían los auténticos adoradores (aludiendo a los cristianos). Y la predicción fue un hecho con el paso del tiempo. Porque no era posible que no fuera veraz El que era Dios. Y tuvo lugar de la siguiente manera. En tiempos del emperador Zenón[233], se reunieron repentinamente los samaritanos e irrumpieron en Neápolis contra los cristianos, cuando celebraban en su iglesia la fiesta llamada de Pentecostés, y dieron muerte a muchos de ellos, incluso al que entonces era su obispo, de nombre Terebinto, lo sorprendieron en la sagrada mesa y lo golpearon con sus espadas en el momento en que oficiaba el ritual, y además de acuchillarlo, le amputaron también los dedos de sus manos, y se enfurecieron contra los ritos, tal como es propio que hagan los samaritanos, así como que nosotros, en cambio, guardemos un respetuoso silencio ante aquéllos. Este sacerdote se presentó al punto en Bizancio y, cuando se encontró ante el emperador que reinaba a la sazón, le explicó lo que había sufrido, le enseñó lo que le había ocurrido y, recordándole la predicción de Cristo, le pidió que se erigiera en vengador de todos los atropellos cometidos. Y el emperador Zenón alterado por todo lo que había acontecido, aplicó del modo debido el castigo, sin vacilación

232 La Nablus actual.
233 474-491, d. C.

alguna, a los que habían cometido las fechorías. Expulsó del monte Garizin a los samaritanos, confiándoselo inmediatamente a los cristianos, y edificó, en lo alto, una iglesia que ofrendó a la Madre de Dios, amurallando este templo, en teoría, pero en realidad amontonó a la ligera unas piedras. Y fijó una guarnición de soldados, que eran muchos en la parte baja, en la ciudad, pero en la fortificación y en la iglesia eran diez, a lo sumo. Los samaritanos, disgustados por estos hechos, fueron a más en su irritación y, enojados, consideraron indigna la situación en que se encontraban, pero por temor al emperador se mantuvieron molestos en silencio. Pero con el paso del tiempo, cuando Anastasio[234] asumió el cargo de emperador, tuvo lugar el siguiente suceso. Algunos samaritanos, persuadidos por el consejo de una mujer, ascendieron inesperadamente por la parte escarpada del monte, porque, dado que estaba rigurosamente vigilado el camino de ascenso que llevaba desde la ciudad al monte, les era imposible intentar la ascensión desde allí. Presentándose repentinamente en la iglesia, dieron muerte a los guardias que la vigilaban y convocaron a grandes voces a los samaritanos de la ciudad. Pero éstos, por temor a los soldados, no quisieron cooperar en modo alguno con los agresores. Al poco tiempo, el gobernador de la región (se trataba de Procopio de Edesa, varón docto) apresó a los asesinos y les dio muerte. Sin embargo, en aquel momento no se produjo, ni siquiera en esas circunstancias, resolución o previsión sobre la fortificación por parte del emperador. Pero en el momento actual el emperador Justiniano, aunque convirtió a los samaritanos, en su mayor parte, a una actitud más piadosa y los hizo cristianos, consintió que la antigua fortificación de la iglesia del monte Garizin quedara como un cercado en la forma en que estaba, como he dicho. Pero la rodeó por fuera con otro muro y consiguió que fuera totalmente inexpugnable. Restauró también allí cinco templos de los cristianos que habían sido incendiados por los samaritanos. Éstas fueron, pues, las realizaciones que allí se llevaron a cabo.

VIII. En la llamada antiguamente Arabia, y ahora *Tercera Palestina*[235] se extiende en un gran espacio una zona desértica, carente de frutos, de agua y de toda utilidad provechosa. Y un monte escarpado y tremendamente agreste, de nombre Sina[236], se alza muy próximo al llamado Mar Rojo. Pero no tengo necesidad alguna de dar una explicación sobre aquellos lugares, puesto que, en mi **Historia de las guerras***,* fue descrito por mí detalladamente todo lo que se refiere al Mar Rojo[237], al llamado Golfo de Arabia, a los etíopes, a los auxomitas y a las tribus sarracenas homeritas. En ellos también, como es sabido, expuse de qué modo el emperador Justiniano anexionó los Bosques de Palmeras[238] al Imperio Romano. En consecuencia, por este motivo renuncio a hablar de estos hechos, para no ganarme una fama de mal gusto. En este monte Sina viven unos monjes cuya vida es un ejercicio práctico de la muerte, pues disfrutan sin temor

234 Sucesor de Zenón, 491-518.

235 La división terrotorial de Palestina se llevó a cabo en la época del emperador Constantino. La Palestina Prima correspondió al centro, la Palestina Secunda al norte y la Tertia al sur.

236 Más conocido por Sinaí; su altura alcanza los 2837 metros. Con relación al monte y a la iglesia-monasterio que Justiniano construyó a los monjes que allí vivían, P. MEYERSON, en un artículo que lleva por título «Procopius or Eutychius on the construction of the monastery of Mount Sinai. Which is the mor reliable source» *Bulletin of the American Schools of Oriental Research in Jerusalem and Baghdad,* Cambridge, Massachussetts, nº 230 , 1978, págs. 33-38, hace ver que Procopio fue un ignorante de la geografía y de los habitantes de la península del Sinaí. Por otra parte, según este mismo autor, la afirmación de Procopio de que al pie del monte se construyó una «sólida fortaleza» con un destacamento de tropas puede ser falsa. Más concorde con la realidad geográfica y el proceso de construcción de la iglesia resulta la descripción de Eutiquio.

237 I, XIX 8.

238 Oasis habitados por sarracenos.

de una soledad que les es muy querida. El emperador Justiniano a estos monjes (dado que no tenían deseo alguno; al contrario, están por encima de todo lo humano, y no tienen interés por adquirir bienes, ni por cuidar sus cuerpos, ni tampoco por disfrutar de cualquier otra cosa) les construyó una iglesia, que consagró a la Madre de Dios, para que les fuera posible pasar su vida allí rezando y ejerciendo su ministerio. Pero esta iglesia no se edificó en la cima del monte, sino muy abajo. Porque es imposible para un hombre pasar la noche en su cumbre, ya que durante la noche se escuchan constantemente truenos y algunas otras manifestaciones divinas, que pueden asustar a la capacidad e inteligencia humana. Dicen que allí Moisés recibió las leyes de Dios y las divulgó. Pero también, a los pies del monte, este emperador edificó una sólida fortaleza, y estableció una considerable guarnición de tropas, para que los bárbaros sarracenos, dado que el territorio estaba desierto, como he dicho, no pudieran invadir, a escondidas del todo, las tierras de Palestina.

Esto es, pues, lo que aquí se hizo. Y todo cuanto se realizó en los monasterios del lugar y en los que están en el resto de oriente, lo resumiré al punto por escrito.

IX. Estos monasterios restauró en Jerusalén:

Monasterio de San Taleleo.

Monasterio de San Gregorio.

El de San Pantelemón, en el desierto del Jordán.

Un hospicio en Jericó.

Iglesia de la la Madre de Dios, en Jericó.

El monasterio de los íberos, en Jerusalén.

El monasterio de los lazos, en el desierto de Jerusalén.

El de Santa María, en el Monte de los Olivos.

El de la Fuente de San Eliseo, en Jerusalén.

El monasterio de San Sileteo.

El monasterio del Abad Romano.

En Belén, restauró la muralla.

El monasterio del Abad Juan, en Belén

Construyó también las fuentes y cisternas siguientes:

En el monasterio de San Samuel, una fuente y una muralla.

En el monasterio del Abad Zacarías, una fuente.

En el de Susana, una fuente.

En el monasterio de Afelio, una fuente.

En el de San Juan, en el Jordán, una fuente.

En el de San Sergio, en el monte llamado Ciserón, una fuente.

La muralla de Tiberiades.

Una casa de indigentes en Bostra.

En Fenicia, los siguientes:

La casa de la Madre de Dios, en Porfireon.

El monasterio de San Focas del Monte.

La casa de San Sergio, en Ptolomais.

En Damasco, la casa de San Leoncio.

Cerca de Apamea[239], restauró la casa de indigentes de San Romano.

239 Moderna Famieh.

La muralla del beato Marón.

Cerca de Teópolis, restauró la iglesia de Dafne.

En Laodicea, restauró la casa de San Juan.

En Mesopotamia:

Restauró un monasterio de San Juan.

Los monasterios de Delfraquis, Zebino, Teodoto, Juan, Sarmate, Cireno y Begadeo.

Un monasterio de Apadnas, en Isauria.

En la ciudad de Curico, restauró un baño y una casa de indigentes.

La casa de indigentes de San Conón.

En Chipre, restauró su acueducto.

La casa de San Cosme y Damián, en Panfilia

La casa de indigentes de San Miguel, en el llamado Emporio de la ciudad portuaria de Perga, en Panfilia.

LIBRO VI

I. Éstas fueron las realizaciones del emperador Justiniano en aquellos lugares. Y en Alejandría se llevaron a cabo las siguientes. El río Nilo no dirige su curso hasta Alejandría, sino que fluye hacia una ciudad, que se denomina Quereo, y a continuación gira a la izquierda, una vez que ha dejado los límites de Alejandría. Por lo cual, los hombres de antaño, para que la ciudad no se quedara enteramente privada del río, abrieron un profundo canal desde Quereo y lograron, con un pequeño caudal del río, que pudiera acercarse a la ciudad. También aquí acontece, como es sabido, que llegan algunas aportaciones del lago María[240]. Pero de ningún modo tiene lugar la navegación por este canal para grandes embarcaciones, y el trigo de Egipto lo transportan desde Quereo en barcas que suelen denominar *diarémata* y lo llevan a la ciudad, a la que se puede llegar por el canal del río, y lo almacenan en el lugar que los alejandrinos llaman Fiale. Pero dado que con frecuencia sucedía que el grano, aquí almacenado, era destruido por el pueblo que se amotinaba, el emperador Justiniano rodeó este lugar con una muralla y acabó con el peligro que acechaba al grano. Estos hechos llevó a cabo aquí el emperador Justiniano.

Pero una vez que nuestro relato nos llevó a Egipto, limítrofe con Libia, mostremos, pues, cuántas cosas llevó a cabo aquí, puesto que este emperador encontró también que toda Libia estaba sometida a los bárbaros y la anexionó al resto del Imperio romano.

El río Nilo fluye de la India hasta Egipto y divide aquel territorio en dos hasta el mar. El territorio escindido por el curso del río también se distingue por dos denominaciones a partir del punto en que se produce la escisión[241]. En efecto, la margen derecha del río se conoce por el nombre de Asia hasta el Fasis de la Cólquide, que separa Asia del territorio europeo o bien se entiende también hasta el estrecho cimerio y el río Tanais[242]. Los entendidos en la materia disputan entre sí por estos temas, como expuse en mi **Historia de las Guerras**[243], cuando me

240 Antiguo lago Mareotis y moderno Mariut.

241 En la *Historia de las guerras*, VIII, VI 2, Procopio manifiesta que las opiniones disienten al definir los límites entre Asia y Europa.

242 El actual Don.

243 VIII, VI.

refiero al llamado Ponto Euxino. La margen izquierda del Nilo se denominó Libia hasta el océano que, a occidente, marca el límite de cada continente, al derivar un ramal[244] y dar lugar a este mar nuestro. Pues bien, todo el resto de Libia recibe algunas otras denominaciones, según cada región, recibiendo el nombre, como es natural, de los habitantes que en ellas residen. No obstante, la que se extiende desde los límites de Alejandría hasta la ciudad de Cirene comprende la Pentápolis, y actualmente la zona se denomina Libia contando con este único nombre. Hay allí una ciudad, de nombre Tafósiris, que dista un día de camino de Alejandría, donde dicen que está enterrado el dios egipcio Osiris. También llevó a cabo otras muchas edificaciones en esta ciudad el emperador Justiniano, en concreto, residencias de magistrados y baños públicos.

II. Resulta casualmente que la mayor parte de este territorio de Libia es un desierto, abandonado en una gran extensión[245]. Pero nuestro emperador, preocupado por ella, con la previsora idea de que no se diera el caso de que sufriera algún daño por la incursión de sus vecinos los mauritanos, fundó dos fortalezas con sus guarniciones; a una de ellas, la llaman Paratonio[246] y a la otra, que se encuentra no lejos de la Pentápolis, recibe el nombre de Antipirgo. La Pentápolis dista de Alejandría un trayecto de veinte días[247], para un hombre sin impedimenta. En esta región de Pentápolis el emperador Justiniano también amuralló la ciudad de Teuquira[248] con una sólida fortificación. Igualmente, el recinto defensivo de Bernice[249] lo reconstruyó desde lo más profundo de sus cimientos. En este lugar también construyó un baño que ofreció para uso público a la ciudad. Pero incluso en los lugares extremos del territorio de Pentápolis, que dan al sur, edificó unas fortalezas en dos monasterios, que tienen por nombre Agriolode y Dinartiso. Éstas tienen la misión de hacer de baluartes contra los bárbaros de la zona, para que, en sus correrías, no se lancen a escondidas e inopinadamente contra el territorio romano.

Hay también allí una ciudad, de nombre Ptolemais[250], que antiguamente fue próspera y populosa, pero con el paso del tiempo, a causa de la gran escasez de agua, se mermó su población. La gran mayoría de los habitantes, dominados por una gran sed, se movieron de allí y se retiraron a donde a cada uno le fue posible. Pero actualmente este emperador le restauró a la ciudad su acueducto y le devolvió su anterior estado de prosperidad. La ciudad más retirada de la Pentápolis se encuentra al sol poniente, su nombre es Borio[251]. Allí unos montes se presionan entre sí y establecen una barrera a causa de la estrechez que allí se origina, y ocasionan que los enemigos se vean bloqueados en su acceso al territorio. El emperador cercó esta ciudad, que estaba desprovista de murallas, con una fortificación muy sólida y, en lo sucesivo, logró que se encontrara en una situación segura y muy estable al par que toda la región circundante.

---

244 El Estrecho de Gibraltar.

245 Véase D. ROQUES, «Procope de Césarée et la Cyrénaïque du Vie s. ap. J.C. (*De aedificis*, VI, 2, 1-23)» *Rendiconti dell'Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli.* Nápoles 1993-1994 64, págs. 393-434. Sostiene este autor que, con el análisis riguroso del texto de Procopio y su confrontación con los hallazgos arqueológicos, se demuestra lo infundada que está la vieja teoría de que la Cirenaica pasó por un período de franca decadencia en el bajo imperio romano y en los primeros años del período bizantino. Por otro lado, AV. CAMERON, pág. 221, pone de relieve la omisión, por parte de Procopio, de ciertas plazas africanas cuya existencia esta documentada por testimonios epigráficos.

246 Llamada también Ammonia.

247 Unas cuatrocientas millas; a veinte millas por día, o sea, unos 35 kilómetros. Véase *supra*, n. 114, pág. 69.

248 Moderna Tokra.

249 Llamado también Hespero; moderno Bengasi.

250 Actual Tolometa.

251 Quizá la actual Tabilbé.

Existen dos poblaciones que se las conoce por un solo nombre. El nombre de ambas es Augila. Distan de Borio cuatro días de camino, para un hombre sin impedimenta, y están orientadas al sur, pero son antiguas y conservan los hábitos arcaicos de sus moradores. Pues todos adolecen, hasta mis días, de la práctica del politeismo. Desde antiguo, allí se erigieron templos a Amón y a Alejandro el Macedonio. Y hasta el reinado de Justiniano, los lugareños les ofrendaban sacrificios. También tenían una gran multitud de los llamados servidores de los templos. Pero ahora nuestro emperador no sólo proporciona la seguridad personal de sus súbditos, sino también se cuida de que preserven sus almas y, por todos los medios, se ha preocupado de todas las personas que viven en la región. Pues, en general, no rehusó en modo alguno preocuparse de ellos de una manera especial y les enseñó la doctrina de la fe, haciéndolos en masa cristianos y transformándoles sus tradicionales hábitos contaminados. También les edificó un templo de la Madre de Dios como salvaguarda de la seguridad para las ciudades y de la verdadera fe. Estas cosas, pues, tuvieron lugar aquí.

La ciudad de Borio, que se encuentra próxima a los bárbaros mauritanos, no estaba sujeta a tributos hasta el momento actual. Jamás habían llegado a ella, desde que el mundo existía, recaudadores de tributos o de impuestos. Desde antiguo, los judios vivían muy próximos a ellos. También tenían allí un templo antiguo que reverenciaban y respetaban en especial, por haberlo construido Salomón, como afirman, cuando reinaba en el pueblo hebreo. Pero también el emperador Justiniano consiguió que todos ellos cambiaran sus tradicionales cultos y se hicieran cristianos, y transformó este templo suyo en una iglesia.

III. A continuación de éstos, se encuentran las llamadas Grandes Sirtes. Mostraré su estructura y por qué razón reciben este nombre. Delante se encuentra una especie de playa, pero está escindida por una entrada del mar, y se halla desfigurada por el agua, con lo que parece perderse y retroceder sobre sí misma. Y en su mayor parte, se conforma como un golfo en forma de media luna[252]. Y el trayecto del tramo que aquél comprende alcanza una distancia de cuatrocientos estadios[253]; y el perímetro de esa media luna supone un recorrido de seis días de viaje. Porque el mar, al estrecharse en el interior de este tramo de tierra firme, forma el golfo. Y cada vez que una nave, forzada por el viento o el oleaje, se encuentra en el tramo abierto y al otro lado de lo que comprende la media luna, le es imposible regresar; al contrario, parece quedar arrastrada a partir de ahí y ser remolcada claramente en adelante. Y por ello, supongo, los hombres de antaño llamaron Sirtes a este lugar a causa del padecimiento de las naves. Desde luego, a las barcos ni siquiera les ha sido posible poner rumbo hasta la costa, porque unas rocas ocultas bajo el agua distribuidas por la mayor parte del golfo no permiten que las embarcaciones faenen por allí, sino que destrozan las naves en los bajíos. Únicamente a las chalupas son capaces de salvarlas los pilotos de tales embarcaciones, si llega el caso, buscándole salidas en medio de los peligros.

Aquí se encuentran también los límites de la llamada Trípoli[254]. Residen allí unos mauritanos bárbaros de origen fenicio. También hay allí una ciudad, de nombre Cidama[255]. Viven allí mauritanos que guardan tratados con los romanos desde tiempos antiguos. Todos éstos se sometieron al emperador Justiniano y aceptaron voluntariamente la fe de Cristo. Estos mauri-

252 Actual golfo de Sidra.
253 Unos 74 kilómetros.
254 Tripolitania.
255 Actual Gadames.

tanos se denominan pacatos porque mantienen permanentes tratados de paz con los romanos. Porque en lengua latina llaman *pacem* a la paz. Trípolpi dista de la Pentápolis, para un hombre sin impedimenta, un trayecto de veinte días.

IV. A continuación, viene la ciudad de Leptis Magna[256], que antaño era grande y populosa, pero después, con el paso del tiempo, quedó desierta en su mayor parte, cubierta ampliamente por cantidad de arena a causa del abandono. Nuestro emperador construyó su recinto defensivo desde sus cimientos, pero sin alcanzar el tamaño que había tenido antes, sino mucho menor, para que la ciudad no fuera de nuevo débil por su tamaño y expugnable para los enemigos, y expuesta a la arena. Mas ahora la parte de la ciudad, que ha quedado cubierta sobre la estructura urbana que había, la dejó así oculta por la arena que se había acumulado en montones, y fortificó el resto con una edificación que ofrece especial seguridad. Y levantó allí un templo digno de verse a la Madre de Dios, y edificó otras cuatro iglesias. Reconstruyó, además, el palacio que hubo aquí en tiempos pasados que se hallaba derruido, obra del antiguo emperador Severo[257], que era oriundo de este lugar y había dejado este palacio como recuerdo de su prosperidad.

Pues bien, encontrándome en este punto de mi relato, en modo alguno silenciaré lo acaecido en mi época en Leptis Magna. Cuando Justiniano ya había asumido el poder, pero aún no había emprendido la guerra contra los vándalos, los bárbaros mauritanos, llamados levates, sometieron por la fuerza a los vándalos, dueños a la sazón de Libia, y despoblaron enteramente la ciudad de Leptis Magna. Pero estando ocupados en cierto momento con sus jefes en unos lugares elevados, no muy lejos de Leptis Magna, divisaron de pronto el resplandor de un fuego en el centro de la ciudad. Y sospechando que los enemigos del lugar se encontraban allí, acudieron en su ayuda a toda prisa. Y al no encontrar a persona alguna, trataron el asunto con los adivinos, que, apoyándose en lo sucedido, predijeron que Leptis Magna sería pronto habitada. No mucho después llegó el ejército del emperador y ocupó el resto de Libia y Trípoli, con lo que dominó a vándalos y mauritanos en la guerra. Por mi parte, volveré al punto de donde efectué la digresión de mi relato.

En esta ciudad el emperador Justiniano también hizo unos baños públicos, y construyó el recinto defensivo de la ciudad desde lo más profundo de sus cimientos. Y por los baños y por todas las demás realizaciones la dejó configurada como una ciudad. Y los bárbaros vecinos que se denominan gadavitanos, y que en ese preciso momento practicaban el llamado ateismo griego[258] logró entonces que se convirtieran al cristianismo con todo entusiasmo. Mas también fortificó la ciudad de Sabratan[259], donde construyó una valiosa iglesia.

Existen dos ciudades en el confín de esta región, Tacapa[260] y Girgis, entre las cuales resulta que se encuentran las Pequeñas Sirtes. Allí se origina cada día una cosa un tanto admirable. El mar, al comprimirse en un punto estrecho, causa un golfo en forma de media luna, tal como

256 Moderna Lebida.

257 Lucio Septimio Severo.

258 El paganismo clásico. Que el paganismo estaba todavía muy arraigado en pleno siglo sexto lo demuestra el hecho de que Juan de Éfeso, en el año 542, fue encargado de evangelizar, con un grupo de sacerdotes y diáconos, en las provincias de Caria, Lidia y Frigia. Y según su testimonio, después de varios años de demoler templos y destruir altares, bautizaron a 80.000 personas. El hecho lo refiere JONES, II, pág. 939, y por cierto se contradice en el número de conversos, porque mencionando la misma labor de Juan de Éfeso, en I 285, allí son 70.000 los bautizados. Hay que precisar, no obstante, que el paganismo de este momento no se refiere exclusivamente a la religión tradicional. Se trata, más bien, de un sincretismo de mitos, cultos y creencias filosóficas, sobre todo.

259 Moderna Trípoli Vechia.

260 Moderna Cabes.

fue dicho que ocurría también en las otras Sirtes. El mar penetra en tierra firme más de lo que supone un día de camino para un hombre sin impedimenta, pero a la tarde regresa de nuevo, dejando en seco esta costa del mismo modo que sucede con las otras playas. Y los marineros, cuando arriban al mar que ocasionalmente se ha metido en tierra firme, faenan en el día mucho más de lo acostumbrado, y en torno al pleno atardecer se preparan para acampar como si se encontraran en tierra, utilizando unas grandes pértigas. Pero inmediatamente que perciben que la corriente sospechosamente se dispone a retroceder, cogen las pértigas, hacen uso de ellas y saltan de la nave sin ninguna vacilación. En un principio, a nado; después, a pie, cuando el agua no les cubre las caras. Y dejan las pértigas derechas, tras haberlas clavado por sus puntas en la tierra, cuando se ha secado, o está a punto de secarse, para que sirvan de ayuda a la nave por uno y otro lado y la mantengan derecha, a fin de que no se produzca un golpe sobre uno u otro costado, en el caso de que se incline. Pero al día siguiente, muy al alba, la tierra firme se cambiaba en mar y se ondulaba agitándose, y las embarcaciones se elevaban y flotaban. Y los marineros, recogiendo muy oportunamente las pértigas, navegaban de nuevo. Y no tenía lugar cambio alguno de actividad, pero cada día acontecía la alternativa de los elementos.

V. Mas después de Trípoli y las Sirtes, encaminémosnos al resto de Libia. Empecemos por Cartago, que casualmente es la más grande e importante de las ciudades de esa zona, dejando sentado previamente, que cuando Gizerico y los vándalos ocuparon Libia, sobrevino una decisión perniciosa y a la vez conveniente para los bárbaros. Porque consideraron que su situación mejoraría, si las poblaciones de la zona estaban desguarnecidas, para que los romanos no pudieran causar daño a los vándalos, si se apoderaban de alguna de aquéllas. En efecto, todas las murallas las derruyeron hasta sus cimientos. Pues todos los bárbaros, en su mayoría, traman muy acerbas maquinaciones para perjuicio de los romanos, y llevan a término lo más rápidamente posible todas las decisiones que aprueban. Y sólo la plaza de Cartago y algunas localidades se quedaron como estaban, porque no estimaron digno ocuparse de ellas, y dejaron con el tiempo que se perdieran. Pero el emperador Justiniano (aunque ningún hombre elogie su actuación, y todos se hayan estremecido ante ella, y únicamente Dios se la haya propuesto y le haya anunciado su colaboración) envió a Belisario y su ejército a Libia y acabó con Gelimer y el poder de los vándalos, dando muerte a la mayoría y haciendo prisioneros al resto, como he explicado en mis **Libros sobre las Guerrras**[261]. Y reconstruyó todas las partes derruidas de las fortificaciones de Libia, y otras, personalmente, las edifcó enteramente nuevas.

En primer lugar, pues, se ocupó de Cartago, que, como es lógico, también se la conoce ahora por Justiniana, reconstruyendo todo su recinto defensivo que estaba derrumbado y cavando en su derredor un foso que anteriormente no existía. Levantó también recintos sagrados: a la Madre de Dios, en la zona de palacio y, fuera de éste, a Santa Prima, una santa local. Incluso, a uno y otro lado del llamado Foro Marítimo, edificó unos paseos porticados y un baño público digno de verse, que denominaron Teodorianas, en honor al nombre de la emperatriz. Construyó también, dentro del recinto defensivo, un monasterio en la costa, muy cerca del puerto que llaman Mandracio y, al rodearlo de una sólida defensa, logró una fortaleza inexpugnable. Éstas fueron, pues, las realizaciones que llevó a cabo Justiniano en la nueva Cartago. Y en la región circundante que se denomina Proconsular, había una ciudad sin fortificar, Vaga de nombre, que no sólo podía ser conquistada por los bárbaros en sus ataques, sino incluso cuando, por una casualidad, pasaran por allí. El emperador Justiniano la rodeó con una sólida defensa y consiguió

261 Libro III.

que fuera una ciudad y que tuviera la capacidad de ofrecer seguridad a sus habitantes. Y éstos, habiendo recibido el favor, denominan a la ciudad Teodoriada, en honor de la emperatriz. En esta región edificó una fortaleza que llaman Tuca.

VI. En Bizancio, se encuentra una ciudad en la costa, de nombre Adramito[262], que desde antiguo fue grande y populosa, y por ello le cupo en suerte la denominación y dignidad de metrópolis en esta región, porque resultaba que era la primera por su tamaño y, en general, por su prosperidad. Los vándalos derribaron su recinto defensivo hasta sus cimientos, para que jamás los romanos pudieran apoderarse de ella. Y se mantuvo convenientemente expuesta a los mauritanos cuando irrumpían en este territorio. En cuanto a los pobladores libios de esa ciudad, en la medida de sus posibilidades, se ocuparon de su propia salvación, amontonando las partes derribadas de las murallas, y enlazaron unas casas con otras. Desde ellas, pues, combatían contra sus asaltantes y se defendían con una débil esperanza y en medio del peligro. Siempre tenían la salvación pendiente de un cabello y de uno u otro pie: por un lado, se veían acosados por los mauritanos; por otro, no merecían la atención de los vándalos. Pero cuando el emperador Justiniano se hizo dueño de Libia por las armas, cercó la ciudad con un muro de excesivo tamaño, y le asignó una guarnición importante de soldados y logró que los habitantes del lugar tuvieran confianza en su seguridad y que se despreocuparan de todos los enemigos. Por lo cual, también la llaman ahora Justiniana, recompensando al emperador por esas medidas salvadoras, y proclamando su benevolencia con la adopción del nombre, porque ni tenían otros medios con los que pudieran compensar la bondad del emperador ni éste tampoco lo quería.

Había también otra localidad en la costa de Bizancio que los lugareños llamaban Caputvada[263]. Hacia allí se dirigió por mar por primera vez la expedición del emperador y por allí invadió el territorio libio, cuando dirigió sus tropas contra Gelimer y los vándalos. Allí, precisamente, Dios reveló al emperador aquel admirable e indescriptible regalo que ya he descrito en mi **Historia de las Guerras.** En efecto, tratándose de un lugar especialmente seco y hallándose el ejército romano agobiado por la gran escasez de agua, el suelo, que se encontraba con anterioridad totalmente seco, dejó brotar un manantial donde los soldados construían la empalizada. En efecto, según cavaban, brotó el agua. Y la tierra, que exhalaba el ambiente seco del lugar, transformó su naturaleza y se empapó de agua potable. A continuación acamparon allí adecuadamente y pernoctaron, y al día siguiente, se dispusieron a entrar en combate y, para prescindir de los hechos que mediaron, se apoderaron de Libia. Pues bien, el emperador Justiniano dio fe del don de Dios (para quien lo más difícil, si Él quiere, resulta fácil), por medio de un testimonio permanente, y concibió la idea de transformar al punto este lugar en una ciudad, que quedara bien defendida por su muralla y diseñada con el resto de los equipamientos que contribuyen a la dimensión de una ciudad próspera, y la decisión del emperador se hizo realidad. Pues se proyectó para su realización una muralla y una ciudad, y repentinamente se cambia el carácter rural de la zona. Y los campesinos desechan el arado y adoptan un modo de vida urbano, no practicando ya hábitos rurales, sino de ciudad. Porque pasaban el día allí, en el ágora, y se reunían para tratar de los temas que les concernían, se ofertaban entre sí mercancías y, en general, practicaban todo cuanto atañe a la categoría de una ciudad.

262 La Hadrumetum romana; moderna Susa.

263 Moderna Ras Kabudia. Fue en este lugar donde las tropas expedicionarias romanas, en número de 18.000, al mando de Belisario, se situaron, en el año 533, a finales de agosto. Los combates se entablaron en Décimo (noviembre) y Tricamaro (diciembre), con el resultado de la derrota del rey vándalo Gelimer. Belisario entró en Bizancio con los clásicos honores de un «triunfo», al año siguiente, en el 534. Véase G. OSTROGORSKY, págs. 45-46.

Éstas son las realizaciones que llevó a cabo en la costa de Bizancio. Y en el interior, en la parte extrema de la región donde residen muy cerca los bárbaros moros, construyó unas poderosas fortificaciones contra ellos, por lo que ya no son capaces de hacer incursiones contra el Imperio romano. Porque rodeó con muy sólidas murallas todas las ciudades, a cada una en particular, que están en el confín de la región, en concreto, las que se denominan Mames, Telepte y Cululis[264]. Y construyó una fortaleza que los del lugar llaman Aumetra y dejó en la zona guarniciones de soldados de confianza.

VII. Del mismo modo, proporcionó seguridad al país de los númidas con fortificaciones y guarniciones de soldados, que describiré una a una. Hay en Numidia un monte, que se denomina Aurasio[265], de tales características, que en modo alguno se encuentra en una zona habitable. Porque este monte, de una extraordinaria altura, se levanta en medio de un lugar abrupto y su perímetro se recorre con un trayecto de unos de tres días. Su acceso es inabordable, porque no tiene subida alguna, salvo entre riscos. Pero al llegar arriba, el suelo es blando y liso: llanuras y senderos agradables, prados amenos, jardines donde crecen árboles y por doquier tierras aptas para el cultivo. Brotan también manantiales de las rocas del lugar, y las aguas son tranquilas y los arroyos fluyen ondulantes con abundante estrépito, y lo más sorprendente de todo, las mieses y los árboles en este monte producen frutos de doble de tamaño de lo que normalmente suele darse en el resto de Libia. Pues bien, estas son las características del monte Aurasio. Y los vándalos lo ocuparon al principio juntamente con el resto de Libia, y los mauritanos los quitaron de allí y se establecieron ellos. Y a los mauritanos y a Jauda, su jefe, los echó del lugar Justiniano, y lo anexionó al resto del Imperio romano. Y procurando que los bárbaros no se presentaran de nuevo allí y causaran daño, amuralló las ciudades que había encontrado aisladas y enteramente desprotegidas, en concreto, me refiero a Pentebagae, Florenciana, Bade, Méleon y Tamugade, incluso también a las dos fortalezas de Dabusis y Geana; en ellas estableció unas guarniciones suficientes de soldados, con lo que ninguna esperanza dejó a los bárbaros del lugar de atacar el Aurasio. Y la región del otro lado del Aurasio que no había estado bajo dominio vándalo se la quitó a los mauritanos. Fortificó allí dos ciudades, Frice y Sítifi[266]. Y en las ciudades que se encontraban en el resto de Numidia construyó unas defensas inexpugnables. Éstas son sus denominaciones: Laribuzuduón, Paraturonte, Cilana, Sicaveneria[267], Tigrisis, Lamfuaomba, Calamaa, Médara[268] y Médela. Hay también incluso dos fortalezas: Sicile y Fósala. Así fueron estos hechos.

En la isla de Sardo, que ahora se llama Cerdeña, hay una ciudad que los romanos denominan Foro de Trajano. Justiniano la dejó fortificada, porque antes no lo estaba; al contrario, se hallaba al alcance de los mauritanos isleños, que se llaman barbaricinos, cada vez que éstos querían saquearla.

Y en Cadira[269], al otro lado de las Columnas de Hércules, que se encuentra a la derecha del estrecho, en la costa de Libia, hubo una fortaleza, de nombre Septo[270], que edificaron en tiem-

---

264 También llamada Collops Magna; hoy Colo.

265 Actual Jebel Auress.

266 Moderno Setif.

267 También Sicca Veneris; moderna Keff.

268 También llamada Admedera.

269 La Gades romana; moderna Cádiz.

270 Moderna Ceuta. En esta plaza el duque de Mauritania situó un regimiento, como puesto avanzado del Imperio en occidente, el único conservado de Tingitania (v. JONES, I, 274).

pos pasados los romanos, y el tiempo arruinó, al no ocuparse de ella los vándalos. Y nuestro emperador Justiniano la hizo fuerte por su muralla y sólida por su guarnición. También levantó allí un estimable templo a la Madre de Dios, vinculando a ella el umbral del Imperio y haciendo inexpugnable esta fortaleza para todo el género humano.

Tales son estos hechos. Y nada ha sido cuestionado, sino que resulta evidente, con trasparencia para todo el mundo, que el emperador Justiniano, desde los límites de oriente hasta donde se pone el sol (lo que constituye los límites del Imperio romano), ha consolidado el Imperio no sólo con fortificaciones, sino también con guarniciones de soldados. Pues bien, todo cuanto pude aprender de las edificios de Justiniano, ya como testigo ocular, ya por oírlo de los que los contemplaron, con los medios que pude lo abordé en mi obra. Pero he comprendido que también otros muchos se me pasó decirlos, bien porque por su multitud me pasaron desapercibidos, bien porque me quedaron enteramente desconocidos. De modo que, si alguno se toma el trabajo de investigarlos en su totalidad e incluirlos en mi obra, tendrá en su haber el haber llevado a cabo una labor necesaria y el haber ganado la fama de una buena acción.

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Se incluyen nombres propios, geográficos, gentilicios y los que puedan ofrecer interés dentro de la obra. Los números romanos remiten, sucesivamente, al libro y al capítulo; los arábigos, a la página. Deliberadamente, se omiten los parágrafos o secciones del texto griego original, por entender que es suficiente la mención de la página. No se registra más de dos veces (bis) la aparición de un nombre en un capítulo, con una sola referencia a página cuando aparece las dos veces en la misma. De ciertos términos no se da aclaración o explicación alguna por ser de sobra conocidos. P. e., India, España, Egipto, etc..